

BERNARDO PONCE Y FONT.

RECREOS LITERARIOS

CON UN PRÓLOGO

DE

D. RODOLFO MENÉNDEZ.



MÉRIDA
TIPOGRAFIA DE G. CANTO,
Calle 63 letra B del núm. 510

1900

REGREOS LITERARIOS.

BERNARDO PONCE Y FONT.

RECREOS LITERARIOS

CON UN PRÓLOGO

DE

D. RODOLFO MENÉNDEZ.



MÉRIDA
TIPOGRAFIA DE G. CANTO,
Calle 63 letra B, del núm. 510.

1900

PRÓLOGO.

ASERTO reconocido es que el hombre se complace en oir la narración de los sucesos tradicionales ó maravillosos. Las aventuras de míticos ó misteriosos personajes, las creaciones en que la fantasía es sorprendida á cada paso con inesperados episodios, las consejas ó invenciones forjadas para herir la imaginación ó excitar el sentimiento de la muchedumbre, han tenido su lugar en todos los países y en todas las literaturas.

La ficción literaria, que tanto seduce al ser sensible, recorre una serie de formas, desde la más simple y primitiva, hasta la más compleja y hermoseada por el arte. El himno, la balada, la canción, el romance, el apólogo, la alegoría, la leyenda y la novela, tienen acaso su arranque inicial en los cuentos referidos á las gentes sencillas, al amor de la lumbre, ó en circunstancias favorables para producir una impresión duradera

por personas caracterizadas de la familia ó la tribu.

El cuento, que va de boca en boca al través de los siglos, recogiendo á su paso las exageraciones, inverosimilitudes y creencias fabulosas de los pueblos; que se apropia los temores y fantaseos, las conjeturas é idealismos de las generaciones, y aun ciertas realidades de la vida histórica, acaba por transformarse en leyenda y da origen, en la labor primorosa de los poetas noveladores, á las más bellas creaciones del espíritu. Sirva de ejemplo el *Fausto*, de Goethe, en Alemania, y *El Trovador* y *D. Juan Tenorio*, en la literatura española.

Tradicional, clásico, más ó menos alegórico, rústico á veces, ó de un realismo y naturalismo verdaderamente populares, el cuento propiamente tal, para asimilarnos las palabras del erudito Estévanez, es aquel en que figuran los dioses ó los frailes, los astros ó los elementos, ó bien pigmeos ó gigantes, piratas ó bandoleros, guerreros y trovadores, princesas y dueñas, genios y hadas, ó con más frecuencia, brujas, duendes, fantasmas, endriagos, zahoríes, muertos, resucitados y ánimas del purgatorio. «El cuento, añade, es personificación, símil ó imagen del bien y del mal, del espíritu y la materia, de la virtud y el vicio, del amor y los celos, del valor, la destreza, la astucia, la piedad, la fe, la esperanza ó la inspiración.»

La leyenda no es otra cosa que un cuento, en prosa ó en verso, una narración que se inspira en las tradiciones ó anales de un pueblo, en sus antiguas luchas ó creencias, en sus evoluciones de una civilización á otra, tomando siempre el colorido de lo extraordinario ó sobrenatural, vistiendo el ropaje de lo sorprendente y mágico, y ajustándose también, en ocasiones, á la pura inventiva, ó tomando, en parte, algunos tintes ó rasgos históricos. Su enseñanza siempre resulta provechosa ó trascendental, y aun de una extrema sabiduría, como acontece con no pocos cuentos orientales.

No nos detendremos á deslindar las diferencias que existen entre la leyenda y la novela: basta decir que la primera se caracteriza por su relativamente corto desarrollo, por el sello esencialmente regional de sus personajes, pinturas y descripciones, y por sus tendencias más circunscritas, las cuales nunca llevan á la inmoralidad ni á la exaltación de las pasiones, como á veces ocurre con la novela. En la leyenda nacional, el placer estético viene no sólo del interés de la acción, de la pintura de los sitios ó sucesos, de las pasiones que se ponen en juego; sino de que todo aquello que en sus páginas leemos, es un reflejo de los lugares y de los hombres de nuestro país, es una parte de algo que conocemos y amamos íntimamente; es un producto de nuestras relaciones ó recuerdos personales, y una manera

de ser propia de nuestra sociedad antigua ó moderna en alguno de sus órdenes históricos, ó en alguna de sus manifestaciones de progreso y cultura.

La leyenda histórica particularmente tiene el privilegio de excitar y conmover los corazones: ¡cuántos símbolos de amor patrio y cuántos melancólicos recuerdos; cuántos preciosos fragmentos de la existencia nacional; cuántos vestigios del sentimiento religioso, de las costumbres y usos de otros siglos, del idioma, del arte, de los anhelos y dolores de nuestos antepasados, palpitan en las narraciones populares, estrofas vivientes del gran himno de las naciones en el tardo proceso de su civilización y su engrandecimiento!

Pudiera creerse, á primera vista, que el género de literatura á que van dedicadas estas líneas, ha sido poco ó nada cultivado en la parte de la República Mexicana en que escribimos; mas teniendo en cuenta que nuestra literatura es de ayer, y que á Yucatán le ha tocado en suerte vivir durante medio siglo con el fusil al hombro, sin tiempo apenas para ofrendar las flores de su privilegiado ingenio en el glorioso templo de las Bellas Artes, la leyenda en nuestro Estado tiene manifestaciones muy dignas ciertamente de ser conocidas y estudiadas por los amantes de las letras y de que algún bibliógrafo haga de ellas un estudio completo.

Desde que, realizada la independencia en 1821,

el pensamiento pudo desplegarse, difundirse libremente la instrucción y establecerse Sociedades literarias y científicas, comenzáronse á notar las felices disposiciones de los yucatecos para las letras humanas y los nobles ideales que alimentaban los más ilustres de ellos para cimentar las bases de una futura grandeza intelectual y artística, y no pasaron muchos años sin que el país pudiera enorgullecerse de escritores tan eximios como D. Justo Sierra, con razón considerado como el padre de la literatura yucateca.

Y el que se distinguió tanto y tan magistralmente en otros géneros de las bellas letras, nos dejó también gallardas muestras de su preclaro ingenio en cuatro leyendas en prosa: *El Secreto del Ajusticiado*, *Da Felipa de Zanabria*, *D. Pablo de Vergara* y *la Tía Mariana*, las cuatro en prosa y de exquisito mérito; sin contar con que puede ser autor de *Los Bandos de Valladolid*, leyenda del siglo XVII, en prosa, empezada á publicar y no concluída en *El Registro Yucateco.*

Con el pseudónimo de *Adolfo Ecarrea de Bollra*, escribió en Campeche y dió á la estampa, en el periódico citado, D. Rafael Carvajal (escritor que, según creemos, velaba su nombre con el expresado pseudónimo) las leyendas *María*, *la hija del Sublevado*, *Xtabay y El Ánima en pena*, todas en prosa.

D. José Antonio Cisneros, fundador del teatro

yucateco, literato de gran nombradía, escribió y publicó la leyenda en verso *Doña Leonor de Zanabria.*

Sin que nos sea posible seguir un orden cronólogico estricto, citaremos: *La Carta Misteriosa* de D. Vicente Calero Quintana, en prosa; *Alberto Cerda*, en verso, obra del malogrado poeta D. Wenceslao Rivas; *Mancha Negra*, de J. M. G. M., iniciales que suponemos nombre del autor, en prosa; *El Duende de Valladolid*, del insigne D. Antonio García Gutierrez, que tanto impulso dió á la literatura en las dos veces que estuvo en Yucátán.

Algunos años después escribió D. Ramón Aldana Puerto la leyenda bíblica titulada *Judit*, en prosa.

En los primeros años de la séptima década del siglo que finaliza, se verificó un vasto despertamiento literario. A la generación, viril y patriótica, sufrida y ejemplar, que, en los momentos más aciagos de la rebelión indígena, fundó la famosa *Academia de Ciencias y Literatura*, sucedía otra generación que empuñaba á su vez, con noble y generoso entusiasmo, el cetro de la literatura yucateca.

Y así como anteriormente habían descollado varones tan ilustres como D. Justo Sierra, D. Vicente Calero Quintana, D. Gerónimo Castillo, D. José Antonio Cisneros, Fr. Estanislao Carrillo, D. Juan Pío Pérez, D. Fabián Carrillo Suas-

te, D. Pedro Ildefonso Pérez, D. Manuel Barbachano (D. Gil de las Calzas Verdes) y otros de fama imperecedera; ahora brillaban como estrellas de primera magnitud, en el cielo del arte, algunos de los nombrados, y florecían, ó empezaban á florecer, no pocos literatos y poetas, que han dejado estela luminosa en los anales del país.

Los Aldana, D. Ramón y D. Manuel, D. Crescencio Carrillo y Ancona (Obispo más tarde de la Diócesis yucateca), D. Fabián Carrillo Suaste, D. José Antonio Cisneros, D. Eligio Ancona, el esclarecido autor de la *Historia de Yucatán*, D. Santiago y D. Justo Sierra, hijos de aquel prócer del ingenio humano de quien pudo decirse: «apenas hubo género literario que no cultivase;» D. José Peón y Contreras, que tan célebre se ha hecho después, dentro y fuera de México; D. Manuel R. Castellanos, D. Joaquín Castillo Peraza, hijo del benemérito publicista D. Gerónimo Castillo; los hermanos D. Juan y D. José Patricio Nicoli; D. Olegario y D. Juan Francisco Molina Solís; D. Serapio Baqueiro, que acaba de pagar su tributo á la naturaleza, autor del inapreciable *Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de Yucatán;* D. Yanuario Manzanilla, el clásico D. Ovidio Zorrilla y su hermano D. Octavio S., D. Manuel Nicolín y Echánove, D. Néstor Rubio Alpuche, el periodista D. Pablo Oviedo, D. José García Montero, D.

Francisco Sosa, D. Genaro González, D. José Correa Canto, D. Diego Bencomo, D. Fernando Peraza, D. Apolinar García y García (*El Mus*), D. Servelión Domínguez Lara, y varios más que han muerto sin haber alcanzado la fama que hubieran podido conquistar, otros que han figurado, en mayor ó menor escala, en Mérida ó en México, ó en ambas capitales, no faltando en esta pléyade de ilustres propagadores de la literatura en Yucatán, el concurso de inspiradas poetisas, como Rita Cetina Gutiérrez, Gertrudris Tenorio Zavala y Cristina Farfán.

D. José Peón y Contreras, que había de enriquecer más tarde el parnaso nacional, con sus Romances históricos y dramáticos, con sus dramas y poesías líricas, dió á la estampa *La Cruz del Paredón de Monjas*, leyenda en verso; D. Manuel R. Castellanos, *Fernando*, en verso; D. Eligio Ancona, *María*, en prosa, con argumento debido á la guerra social. El propio D. Eligio Ancona, en su monumental Historia de Yucatán, insertó años después, la preciosa leyenda *El Enano de Uxmal*, la misma que por su carácter genuinamente yucateco y por la maestría con que está escrita, es digna de figurar en la más adelantada literatura.

D. Yanuario Manzanilla publicó *Tul y Chac*, interesante episodio de la conquista; D. Ramón Aldana Puerto, *La Aventurera* (una de las mejores del repertorio que forman las leyendas

que mencionamos) y *¡Error funesto!;* D. Néstor Rubio Alpuche, Zazilná (Luz del hogar); D. Francisco Sosa, *El Privado y Magdalena*; D. Santiago Sierra, *Flor de Fuego;* D. Genaro González, *La Cruz del Martirio*; D. Manuel Nicolín y Echánove, *Una Página y Espinas y Flores*, las diez últimas, en prosa.

D. Crescencio Carrillo y Ancona, á quien tanto deben las letras peninsulares, escribió en diferentes épocas dos notables leyendas: *El Guerrero Azteca y Welina*, ambas en prosa.

Posteriormente, se han venido publicando las siguientes leyendas: *D. Suero Gómez de Lara*, de D. Antonio Cisneros Cámara; *El Marqués de Santo Floro*, de D. Miguel Rivero Trava; *La Paloma Torcaz*, de D. Eulogio Palma; *El Infante de Orellana*, de D. Fernando Juanes G. Gutierrez; *La Corrida*, de D. Delio Moreno Cantón; *Idilio de Amor*, del inolvidable D. Arcadio Urcelay; *La Huérfana de la Playa*, de D. Fernando Cantón Frexas, unas en verso, otras en prosa. La última leyenda regional publicada en 1897, en "La Ilustración Yucateca," se titula *Las Sombras de la Cueva de Xamankán* y es original del ilustrado joven D. Francisco Colomé.

Los cuentos, que tan en boga están actualmente en Europa, no han carecido de cultivadores, más ó menos afortunados, entre los yucatecos; aunque en muchísimo menor número que las leyendas. Desde *María*, de D. Justo Sierra, á *Ofe-*

lia y Juanita de D. Felipe Pérez Alcalá; desde la tradición maya de la *Paloma y la Ardilla*, presentada por el Sr. Carrillo y Ancona, hasta *El Alazán del Padre Moreno* y *¡Maldito Pañuelo!*, que publicaron en *El Salón Literario* D. Delio Moreno Cantón y D. Ramón Aldana y Santa María, cabría citar algunos cuentos de no escaso mérito literario.

Circunscribiéndonos ahora á la tarea que nos hemos impuesto de emitir algunos conceptos acerca de la presente colección, haremos constar, ante todo, que su autor, el Sr. Lic. D. Bernardo Ponce y Font, como todos los que entre nosotros rinden los tributos de su ingenio, ó consagran sus esfuerzos á los afanes del estudio y de la publicidad, aprovecha sólo, en sus labores literarias, aquellos breves momentos que le dejan libres las ocupaciones del foro y sus asuntos particulares. ¡La lucha por la vida en un campo arduo y erizado de dificultades, marchita pronto el generoso anhelo de la juventud, seca las flores del entusiasmo, esteriliza los impulsos artísticos: destempla las cuerdas de la lira, empobrece las fuentes de la estética y acaba por agotar los espíritus más ardientes y vigorosos! Digno es, pues, de vivo aplauso el autor de este ramillete de leyendas, las cuales, á nuestro juicio, han de ser recibidas del público con el aprecio que en justicia se merecen.

Antes de pasar adelante, hagamos una obser-

vación, que consideramos pertinente: no faltan personas que creen que las leyendas y cuentos son, en rigor, producciones de escaso valer y limitada trascendencia, al mismo tiempo que de una labor simple y elemental, circunstancias que rebajan mucho el mérito literario de esta clase de producciones. Escritor tan autorizado como D. Eligio Ancona, si bien no trata con desdén á los que cultivan la novela y la leyenda, como que él mismo tuvo "*la debilidad* de cultivar el género" (palabra que acaso usa por su extremada modestia), lo considera, sin embargo, como "el más fácil de la literatura," y á esto atribuye, ó "á otro motivo cualquiera," la publicación de novelas de mayor ó menor extensión en los periódicos del país.

Quizás desde un elevado punto de vista, como el de una historia general, que escribía el Sr. Ancona cuando estampó las palabras referidas, haya razón para expresarse en términos tales; pero no cabe duda que la novela y la leyenda constituyen un género de obras literarias que tiene su peculiar manera de ser, su manifestación propia, y que, si bien, en lo general, obedecen á reglas más sencillas, á una factura menos laboriosa que las de otras creaciones más serias del espíritu, no por ello dejan de suponer un trabajo en extremo plausible y de reflejar las costumbres é idiosincracia y aun los episodios históricos de un pueblo, suministrando á la vez

un valioso contingente artístico á la literatura de todos los países.

D. Bernardo Ponce y Font, desde la década siguiente á la que hemos citado, es uno de los que mantienen el fuego sagrado de las letras en Yucatán. Sus aficiones literarias le llevan á la leyenda y á la poesía lírica, y respecto de leyendas, ha escrito las que ahora compila en el tomo que tenemos á la vista.

Alguna vez hemos dicho que si todos nuestros poetas y literatos tuvieran la costumbre, ó el buen acuerdo, de coleccionar los productos de su ingenio, no sólo se daría un buen ejemplo á la juventud, sino se aumentaría la herencia ó el caudal literario del país. El Sr. Ponce y Font, obedeciendo á este propósito, y sin mira personal ó de lucro, determinó reunir en un volumen las labores que modestamente titula *Recreos literarios*, y que constituyen, en la primera parte de la obra, el conjunto de leyendas, episodios y tradiciones titulados: *Doña Inés de Saldaña*, *Don Juan de Montejo*, *El Viejo Núñez Melián* (episodio histórico), *La Cruz del Callejón*, *Las Almohadas prodigiosas* (tradición popular), *Sic Semper*, *La Cita Misteriosa*, *Idilio fúnebre* (episodio vulgar), *Doña Luz*, (tradición popular) y las dos leyendas en prosa *Los héroes de Tihosuco* y *La Realidad de un Sueño.*

Respecto de la idea que despiertan en el áni-

mo de quien las lee, y respecto de sus cualidades y mérito como obras de arte, diremos, con ingenuidad, que estas leyendas, ó casi todas ellas, reunen el típico carácter de reflejar tradiciones, costumbres y aun pasajes históricos de Yucatán : son páginas que nos hablan de personajes de la colonia y que ponen de relieve la vida de aquellos tiempos, con sus creencias y modos especiales de ser : ó bien nos pintan lugares y edificios que conocemos y acariciamos en nuestra mente : ó como en *Los Héroes de Tihosuco*, nos traen á la memoria recuerdos de la épica lucha mantenida durante tantos años entre la raza blanca, dominadora, y los descendientes de la que, en otro tiempo, fué honor y gloria de nuestro continente occidental. Estas circunstancias imprimen un sello particular á las leyendas del Sr. Ponce y Font y les dan un valor altísimo á los ojos de cuantos, como nosotros, se precien de amar todo lo que comunica impulso á nuestra literatura y la realza gallardamente.

En las leyendas del Sr. Ponce y Font, puede notarse, desde luego, la unidad que se exige en esta clase de obras : á una gallarda exposición, sigue un bien tramado desarrollo, y á éste sucede un lógico desenlace : por el interés dramático del argumento, por la hermosura y fluidez de la versificación, así como por el realce y bien sostenido carácter de los protagonistas, se dis-

tinguen *D. Juan de Montejo*, *Doña Inés de Saldaña*, *El Viejo Nuñez Melián* y *La Cita Misteriosa*, así como las escritas en prosa *Los Héroes de Tihosuco* y *La Realidad de un Sueño;* sin que esto menoscabe el mérito de las que figuran con los nombres de *La Cruz del Callejón* y *Las Almohadas prodigiosas.*

Tarea grata sería para nosotros trasladar aquí, á guisa de muestra, varios fragmentos de los versos y de la prosa del autor de estas leyendas, con objeto de que quedase comprobado lo que hemos expuesto anteriormente acerca del valer artístico de las mismas; pero prescindimos de hacerlo, ya por no extender demasiado estas líneas, ya por no tratarse de un juicio crítico y por querer apartarnos un tanto de lo que, en casos análogos, acostumbran los prologuistas. Quede reservado á los discretos é ilustrados lectores el saborear las muchas bellezas que esmaltan estas leyendas.

No obstante, según acabamos de decir, y aun cuando no formulamos un juicio crítico, ni mucho menos, creemos pertinente manifestar que el Sr. Ponce y Font no se tiene por impecable en materia literaria, ni abriga la presunción de suponer que los versos y cláusulas salgan del molde de su ingenio con el sello de las cosas perfectas. Habrá, pues, olvidos ó deficiencias en sus producciones; pero tales ligerezas son perdonables, puesto que casi siempre su rima es

fácil, sonora, florida, ajustada á los asuntos que describe y desprovista de galas decadentes y ornamentaciones superfluas.

Su pensamiento tiene arranques y elevaciones que despiertan el más vivo interés y la más viva emoción en el espíritu de los lectores: el estilo, claro y preciso, reune naturalmente á una agradable sencillez, la corrección posible en tan larga tirada de versos y en el desarrollo de tan disímbolas escenas: en éstas hay variedad y movimiento: los detalles placen, en lo general, y la acción entera, el conjunto produce realmente el sentimiento que el poeta se propuso despertar en los corazones sensibles.

Por todo ello, conceptuamos que el nuevo libro tendrá la benévola acogida reservada á los productos de la inteligencia que se presentan, como éste, escudados por su misma modestia y con intención honrada, sin arrogantes vanidades, ni pretensiones de conquistadores literarios. Aun juzgado con todo rigor, el Sr. Ponce y Font resulta siempre un amigo de las letras, un cultivador sincero y afortunado, que nos trae las flores de su jardín espiritual para que nos deleitemos con los perfumes que exhalan y con los ricos matices de sus brillantes corolas. Demos, por tanto, á esas flores el distinguido lugar que se merecen.

Posteriormente al propósito de coleccionar sus *Leyendas*, concibió el Sr. Ponce y Font la idea de añadir á este volumen, con el título de *Ensayos Líricos*, las composiciones poéticas que ha podido reunir de las muchas que ha publicado ó conserva inéditas. Como de esta plausible resolución tuvimos conocimiento cuando ya habíamos escrito el prólogo de las *Leyendas*, y siendo éste de considerables dimensiones, nos vemos privados del placer de referirnos á los versos del Sr. Ponce, con la extensión que desearíamos.

Léense en la colección versos tan acabados como los que constituyen el siguiente soneto:

«Y te lanzas al mar: tus carabelas
en las ondas movibles se deslizan,
y el glorioso pendón que en ellas izan,
en mundos nuevos desplegar anhelas.
Hinchan los vientos prósperos las velas
que los cristales de las ondas rizan,
y tu fe y tu valor se vigorizan
en la espuma fugaz de las estelas.
Alza la rebelión su adusta frente;
crece tu fe; tu genio soberano
la rebelión domina, y de repente,
del fondo del Atlántico profundo,
se levanta ante ti, resplandeciente,
sol de tu gloria, el anhelado mundo.»

Y décimas tan sentidas como las que apare-

cen en las páginas 220 y 221, en las cuales el poeta recuerda felizmente «la tierra idolatrada en que se meció su cuna."

Heredia, ante el Niágara, se acuerda de pronto de las *palmas deliciosas* de su queridísima patria. Ponce y Font, en presencia de la portentosa naturaleza de la falda oriental de la Sierra Madre, exclama:

"¡ Cuán gentil y primorosa
te hizo Dios, oh patria mía !
¡ Jamás loca fantasía
soñó mansión tan hermosa !
¿ Mas por qué en el alma ansiosa,
al contemplar tu hermosura,
surgir vi la imagen pura
de otra apartada región,
que adora mi corazón
con frenesí, con locura ?

¿ Por qué á mi mente acudió
la memoria no borrada
de la tierra idolatrada
do mi cuna se meció ?
¿Por qué el alma suspiró,
con tristeza y desconsuelo,
por contemplar otro cielo,
do entre nubes de arrebol,
más brillante luce el Sol
sobre el infecundo suelo ?

¿ Por qué vi mecerse ufana
sobre la playa arenosa,
la palma gentil y airosa
que mi verjel engalana ?
¡ No lo sé, patria itzalana !
mas tú brotaste á mi mente
cual visión resplandeciente ;
y mi inquieta fantasía,
con las galas te vestía
de esta tierra sorprendente.

Envidiaba sus colinas
para ti, sus altos montes,
sus lejanos horizontes
y sus nieblas opalinas.
¡ Cómo las manos divinas,
¡ oh México !, te adornaron,
y en tu seno derramaron,
colmándote de ventura,
los dones de la hermosura
que otras tierras te envidiaron !
. . . .
. . . .

Mucho tiempo ya ha pasado,
y aún grabada está en la mente
tu hermosura sorprendente,
tu encanto nunca soñado.
Pretendo hoy, loco y osado,

mis canciones entonarte,
y en mis versos retratarte . . . .
¡ vano esfuerzo que me abruma !
¡ Rompo ya la tosca pluma
que no ha podido pintarte !"

Puedan otros, con más tiempo ú oportunidad, hacer resaltar las bellezas y defectos de *Ensayos Líricos;* mientras nosotros nos vemos constreñidos á presentar simplemente á nuestro ilustrado público las hermosas flores del ingenio que las regó con los efluvios de su sensible corazón.

Abril de 1900.

RODOLFO MENÉNDEZ.

PRIMERA PARTE



LEYENDAS, EPISODIOS Y TRADICIONES.



DOÑA INÉS DE SALDAÑA.

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

UN anciano respetable
me contó la triste historia
que he guardado en la memoria
cual reliquia venerable.
Hoy repetiros me es dable
sus palabras una á una:
es la lección oportuna
y oportuna la ocasión,
que hay quienes el corazón
confían á la fortuna.

Poco aficionado á cuentos,
elijo la realidad,
porque es siempre la verdad
más útil que los inventos.

El año mil setecientos
y nueve, que del olvido
en la sima ya ha caído,
la triste historia pasó
que el anciano relató
con acento conmovido.

«En una noche sombría
como las dudas del alma,
Campeche en profunda calma
tranquilamente dormía.
Ni un leve rumor venía
aquella calma á turbar,
y ni al proceloso mar,
gigante entonces dormido
en blando lecho mullido,
se escuchaba murmurar.

Sólo en un alto balcón
de un edificio espacioso,
que era hogar de un generoso
hidalgo, de gran blasón,
mirábase á la sazón
cómo indecisa brillaba
una luz, y se ocultaba,
y luego á brillar volvía
detrás de la celosía
que la ancha puerta adornaba.

En este rico aposento,
devorando pena extraña,
estaba Inés de Saldaña,
la heroína de mi cuento.
Fijaba su pensamiento,
lleno de cruel amargura,
en su inmensa desventura,
y poseída de espanto,
dejaba correr del llanto
la fuente abundosa y pura.

Sus grandes azules ojos,
que antes la dicha albergaban,
tristes sombras hoy velaban,
fruto de crueles enojos.
De sus labios siempre rojos,
como la flor del granado,
el carmín se había ausentado,
y la cruel melancolía
ya con sus tintes había
los rojos labios sombreado.

Era su frente serena,
virginal y sin mancilla,
como la luna que brilla
en noche de encantos llena;
visión que el alma enajena,
sueño de gratos amores,
cuando libre de dolores
un tiempo noble se erguía,

y allí la virtud lucía
sus fulgentes resplandores.

Mustia y pálida hacia el suelo
ahora triste se inclinaba,
como flor á que faltaba
la apacible luz del cielo.
¡ Pobre niña ! el desconsuelo
su frente hirió con el ala ;
desvanecióse la gala
de su espléndida belleza,
y en brazos de la tristeza,
del dolor subió la escala.

II.

Los restos de una bujía,
de la muerte entre las ansias,
sus moribundos reflejos
de vez en cuando lanzaba.
Las sombras sus negras tocas
extendían en la sala,
y las sombras unas veces
y otras la luz dominaban.
Fué el silencio interrumpido
por dos graves campanadas
que sonaron en la torre
de la iglesia más cercana.
—¡ Las dos, y Arturo no viene,
exclamó la triste dama,
y á las doce de la noche

me ofreció venir sin falta!
Arturo me ha prometido
ser mi esposo . . ¡ oh Dios! me engaña.
¡ Vanos son sus juramentos
y sus promesas livianas,
que el viento del desengaño
como á la niebla desgarra!
¡ Héme aquí, triste y á solas!
¡Héme aquí ya abandonada,
marchita de la inocencia
la flor de suave fragancia!
Así dijo, y á sus ojos
surgieron fuentes de lágrimas,
y á sus labios contraídos
por la pena más amarga,
quejas, reproches, sollozos,
tristes lamentos del alma.
Dobló ante el dolor la frente,
que es el dolor grave carga,
y cayó desfallecida
la mujer infortunada . . .
. . . .
Por el balcón más cercano,
un hombre envuelto en su capa
deslizóse cautamente,
como si fuera un fantasma.
Llegóse á Inés, levantóla,
y mirándola con ansia,
partir quiso presuroso
llevando tan dulce carga.

Abrióse una puerta entonces,
dejando libre la entrada,
á un caballero embozado,
como el otro, en negra capa.
—Por fin te encuentro, le dijo,
con ronca voz, alterada
por la cólera y el odio,
al fin te encuentro, pirata.
Lavaré en tu sangre impura
mi honra por ti mancillada.
—Tened la lengua, Don Jorge,
que ya mi cólera estalla.
¿ Mi sangre, decís, mi vida,
á la honra vuestra hacen falta ?
¡ Vive Dios, venid por ellas,
¿ qué esperáis ? venid, Saldaña !
Así replicó aquel hombre,
y requiriendo la espada,
esperó ya apercibido
para la cruenta batalla.
Al escuchar estas voces,
que hondamente agitan su alma,
Inés volvió del letargo
en que el dolor la embargaba,
y un grito lanzó diciendo :
—Mi padre ! . . Arturo ! . . Salvada
mi honra será, padre mío :
arroja lejos el arma,
que me ha prometido Arturo

ser mi esposo . . no me engaña,
que ha venido á conducirme
hacia el altar . . . . . .
— ¡ Desdichada !
tú sueñas ó desvarías.
¿ Esposa Inés de Saldaña
del audaz filibustero
que roba, que incendia y mata,
y es el terror de las gentes
y el azote de las playas ?
¿ Esposa ser, no de Arturo,
que ese hombre así no se llama,
sino del fiero Barbillas,
el desalmado pirata?
¡ Antes muerta yo te mire !
—¡ Barbillas ! gritó la dama;
y el terror y la vergüenza,
y la duda y la venganza,
y mil pasiones se vieron
reflejar en su mirada.
Otra vez dobló la frente
ante el dolor, su esperanza
mirando desvanecida,
cual copo de nieve blanca
que el sol con sus rayos besa
en la fragosa montaña.
Los dos hombres encubiertos,
los ojos lanzando llamas,
se acometieron valientes,
lleno el corazón de rabia.

Fué terrible aquella lucha,
horrenda fué la batalla:
indecisa la victoria
por largo tiempo, la palma
á otorgar no se atrevía;
mas Don Jorge, al fin, la espada
de su contrario, en el pecho
sintió cómo penetraba.
Lanzó dolorosa queja,
miró á Inés, miró al pirata,
soltó su mano el acero
y en tierra cayó sin alma.
Loca de dolor y espanto,
sueltas las crenchas doradas
de su hermosa cabellera
en las ebúrneas espaldas,
hacia su padre lanzóse,
y al cuerpo inerte abrazada,
Doña Inés entre congojas
sus lamentos exhalaba.
Besó mil veces el rostro
en que ya la muerte airada
su faz adusta y sombría
ante sus ojos mostraba.
Entre sus manos convulsas,
como flores azotadas
por el turbión, las del muerto
con ansiedad estrechaba.
Y alzó la voz conmovida,
por el llanto entrecortada,

y ¡ padre ! gritó llorando,
perdona ¡ oh padre ! mi falta.
¡ Tú me diste la existencia !
¡ Yo de tu muerte soy causa !
¡ Tú me diste amor sublime,
y yo el corazón, liviana,
entregué á un desconocido
que mi candor engañaba!
¿ Me perdonas ? ¡ oh, responde !
¡responde á tu Inés amada,
que la razón me abandona . . . !
Mas el silencio sellaba
los labios, yertos y mudos,
de Don Jorge de Saldaña.
La verdad rasgó su velo :
la huérfana desdichada
sintió desplomarse un mundo
de pena horrible en el alma :
sus labios se contrajeron,
se extraviaron sus miradas,
y turbó el silencio grave
su convulsa carcajada.
¡ Loca ! murmuró Barbillas,
mojó su faz una lágrima,
¡que era tal vez la primera
que á sus ojos asomaba!
Vaciló . . miró su mano
por roja sangre manchada,
y el terror y la zozobra
contrajeron su faz pálida.

¡Loca! repitió de nuevo,
pasó la diestra crispada
por su frente sudorosa . . . .
se embozó, al fin, en su capa,
miró á Inés y miró al muerto,
y se alejó de la estancia.

DON JUAN DE MONTEJO.

LEYENDA YUCATECA. (1)

I

CABALLERO va en cerril
soberbio alazán tostado,
Juan Montejo y Maldonado,
apuesto mozo y gentil.
De su rostro varonil
la torva y agria expresión,
demuestra que á la sazón,

(1) Los personajes que figuran en esta leyenda son todos históricos. D. Juan de Montejo y Maldonado, hijo de D. Juan y nieto de D. Francisco de Montejo, quien llevó á término la conquista de Yucatán, nació el 1º de Enero de 1557 y casó con Doña María de Velasco. El Mariscal D. Carlos de Luna y Arellano, señor de las Villas de Siria y Borovia, (España), gobernó la Península, según Cogolludo, desde el 11 de Agosto de 1604 hasta el 29 de Marzo de 1612. Su hijo D. Tristán de Luna, sólo es conocido en la historia por haber pretendido, apoyado por su padre, obtener la facultad de emprender la conquista de los Itzáez, lo cual no pudo lograr.

tras la nube del semblante,
vibra en el alma gigante
el rayo de una pasión.

Fijo tiene el pensamiento
y absorto en terrible idea:
ella sola enseñorea
su angustiado entendimiento
Ni un fugitivo momento
concede al dulce reposo,
ni al grato sueño ni al gozo;
que el volcán del corazón
arroja de una pasión
el mar de fuego espantoso.

Calado el ancho sombrero
y en negra capa embozado,
el camino dilatado
venciendo va el caballero.
Ya al instante postrimero
de su largo viaje el sol,
entre nubes de arrebol
y de grana, está llegando ;
y va su frente inclinando
hacia el suelo el girasol.

Las aves buscan el nido
que entre las ramas colgaron,

y solícitas cuidaron
mantener allí escondido.
Se oye del buho el graznido,
deja el león su cueva oscura;
y en la revuelta espesura,
que oculta en sombras sus galas,
levanta el eco en sus alas
el concierto de natura.

El haz de leña llevando
sobre sus hombros robustos,
entre malezas y arbustos
va el labrador caminando.
Un aire maya entonando
de monótona cadencia,
sin terrores de conciencia
y sin cuidados prolijos,
va á aspirar entre sus hijos
del amor la pura esencia.

El cazador satisfecho
cruza del monte la falda,
con el morral á la espalda
y la alegría en el pecho.
Con firme paso al estrecho
sendero oscuro se lanza;
que aun abriga la esperanza,
empeño que, á fe, no es raro,
de hacer su postrer disparo
mientras á su choza avanza.

Surgen en lánguido abrazo
luz y sombra; el Sol se oculta,
y su ígnea frente sepulta
de la noche en el regazo.
Espiraba el breve plazo
de la vida de aquel día,
para Don Juan de agonía
y de quebranto profundo;
y una noche más al mundo
en las sombras envolvía.

II

«¡Ultraje tal no devora
ni el más ínfimo pechero . . . !
¡Cuál pudiera un caballero
que honra y valor atesora!
Impaciente espero la hora
solemne de mi venganza:
esta es mi sola esperanza
y esta la única ilusión,
tras la cual el corazón
con sed de muerte se lanza.

¡A un Montejo y Maldonado
tal ultraje ¡vive Dios!
que basto para los dos
esos hombres no han pensado!
Con paciencia he soportado,
disimulando mi enojo,

de mi encomienda el despojo . . (1)
mas los ultrajes del hijo,
sólo se lavan de fijo
con sangre, y verterla escojo!

«Hay quien—la carta decía—
«mientras vuestra ausencia dura,
«mancha con pasión impura
«la inocencia de María.»
—La duda en el alma mía
despierta este laconismo.
¡Se abre para mí un abismo
de dolor, de angustia horrible!—
«Venid, Don Jnan, si es posible;
«si podéis, venid hoy mismo.»

«El honor de vuestro nombre
«así lo exige y demanda,
«que en lenguas de todos anda
«por las infamias de un hombre.»
—Yo haré que el mundo se asombre
ante mi venganza fiera . . .
al mismo infierno acudiera

(1) **El año de 1605 ordenó D. Carlos de Luna que todos los encomenderos exhibiesen los títulos de sus encomiendas, y del examen practicado resultó que declarase vacante la de D. Juan de Montejo y Maldonado; pero su auto fué revocado por la Real Audiencia de México, y la resolución de este elevado Tribunal, confirmada por el Real Consejo de Indias.**

por todo su poderío,
si no me bastara el mío
para una legión entera.—

¿Quién el menguado será?
la esquela su nombre calla,
y ante el cruel silencio estalla
el furor que me ahoga ya.
Mas indicándome está
quién es el villano aleve
que á ultrajar mi honor se atreve,
del corazón el instinto,
que un recuerdo, nunca extinto,
á hallar la verdad le mueve.

El es, no hay duda, el villano
que en las calles y paseos
anda sólo en devaneos,
artero siempre y liviano.
Hijo de un Luna Arellano
que á nuestra colonia oprime,
y el jugo del pueblo exprime
para colmar su ambición,
es fruto de maldición
que do quier su huella imprime. (1)

1 D. Carlos de Luna y Arellano es contado en el número de los buenos gobernantes que rigieron los destinos de la

Mas de ese reptil inmundo
quebrantaré la cabeza . . .
Su maldad y mi fiereza
espanto serán del mundo.»
Así, con odio profundo,
que el alma en infierno trueca,
haciendo una horrible mueca,
que espanto diera á Satán,
iba diciendo Don Juan
con voz cavernosa y hueca.

II

Pronto á las puertas llegó
de la muy noble y leal
ciudad: la calle real
de la Villa recorrió. (2)
En breve tiempo llegó
á la plaza, en que orgullosa

Península de Yucatán durante la época colonial; pero la pasión que agitaba en aquellos instantes el alma de D. Juan y su natural resentimiento por el despojo de su encomienda, le conducían á expresarse en tales términos.

2 *Calle Real de la Villa* se llamaba entonces en Mérida, á la que conducía al camino que se dirije á la que era todavía en aquel tiempo villa de Valladolid. Esta calle no es la misma que la que fué conocida con los nombres de Izamal ó de los Hidalgos, sino la que se llamaba de *Dragones*, después *Central Oriente* y hoy calle 61.

su casa-solar hermosa
se alzaba, y aun representa
fiel monumento que ostenta,
recuerdos de edad gloriosa. (1)

En silencio y soledad
la extensa plaza yacía;
nadie entonces se atrevía
á mostrarse en la ciudad.
Envuelto en la oscuridad,
y con paso cauteloso,
lento avanzó y sigiloso
cruzando la extensa plaza,
hasta acercarse á su casa,
angustiado y afanoso.

De un álamo corpulento
al pié robusto llegó;
del caballo desmontó
que dió allí el postrer aliento.
Sin detenerse un momento,
el paso rápido guiaba
hacia su mansión que estaba

(1) Esta casa es la que fabricó el conquistador D. Francisco de Montejo (hijo) en la plaza de armas de Mérida, en donde todavía se levanta ostentando su extraña fachada, cubierta de alegorías históricas relativas al hecho glorioso de la conquista de la tierra de los Mayas para la fe y civilización cristianas.

de aquel lugar no distante;
porque á ella, presto, anhelante
llegar tan sólo deseaba.

Mas una sombra indecisa
muy cerca de allí surgió,
y á Montejo preguntó:
—¿ Sois vos, Don Juan?
—¿ Quién me nombra?
—¿ Por qué el hallarme os asombra?
soy el celoso guardián
que os ha informado, Don Juan,
del peligro que María
sin auxilio correría
hostigada por Tristán.

—¡ Tristán de Luna! ¿ no es cierto?
dijo con voz concentrada
y por la rabia embargada
Montejo—¡ contadle muerto
si á llegar hasta él acierto!
Mas ¿ quién sois vos, quién? hablad!
y ante mi enojo temblad
si sois vil calumniador,
que jugando con mi honor . . . . . .
—Tal sospecha desechad.

En vano queréis mi nombre
en este instante saber . . . . . .

os espera una mujer
asediada por un hombre.
—No me importa, y no os asombre;
saber vuestro nombre quiero,
que juzgo no es caballero
quien en la sombra se oculta,
y en un corazón sepulta
del cruel dolor el acero.

Vuestro nombre ¡voto al diablo!
—Con amenazas es mengua . . .
—Yo os arrancaré la lengua,
si es preciso. ¡Con quién hablo?
—Pues lo queréis, soy Fray Pablo
de Navarrete y Navedo:
no á vanos temores cedo,
me conduelo de su afán.
En nombre de Dios, Don Juan,
id, que aquí esperándoos quedo.

—Mas no puedo comprender
qué oculto interés os guía . . .
—Sois desconfiado, á fe mía.
¿Y cual otro puede ser
que salvar á una mujer
del deshonor, y á vos mismo
de caer en el abismo
insondable de la duda?
Prestar al prójimo ayuda,
esto enseña el Cristianismo.

Ya el vulgo comienza á hablar
de la pasión del de Luna,
y esta noticia importuna
podía hasta vos llegar.
Pudo alguno verle entrar
en vuestra casa á deshora,
y juzgar á la señora
cómplice de tal delito ;
y los celos ¡ Dios bendito !
vuestro infierno fueran ahora.

¿ Qué entonces de vos sería ?
¡ Y hasta dónde y hasta dónde,
alma que celos esconde
en su furor llegaría !
El crimen pronto vendría
á manchar su noble frente;
y la víctima inocente
de una venganza horrorosa,
tal vez sólo vuestra esposa
sería ; no el delincuente.

Si queréis de la inocencia
de María persuadiros,
y del dolor redimiros
de manchar vuestra conciencia,
calma tened y paciencia ;
guardad sigilo al entrar
en vuestra casa-solar :

ved y oid, Don Juan, con calma,
que las dudas de vuestra alma
pronto se han de disipar.

Así habló á Don Juan la sombra,
con queda voz y remisa;
mientras que vaga, indecisa,
como fantasma que asombra,
se deslizaba en la alfombra
de la suave y verde grama.
En vano Montejo clama,
nadie responde á su acento,
que muere en la onda del viento
como la luz de una llama.

—«Y la víctima inocente
de una venganza horrorosa,
tal vez sólo vuestra esposa
sería ; no el delincuente.»
Este fraile está demente.
María traidora ó fiel,
quien ha de morir es él . . . .
Sí ! le mataré, no hay duda,
aunque vengan en su ayuda
las legiones de Luzbel.»

Así Don Juan exclamó
con sordo, apagado acento;

y hacia su casa violento
los pasos encaminó.
Al ancho zaguán llegó,
que es hasta hoy la sola entrada
que se ostenta en su fachada.
Se detuvo allí un instante
anheloso y vacilante . . . .
¡ Sentía el alma angustiada !

Del cinto, al fin, con premura
desató un llavín mohoso,
y lo introdujo, nervioso,
de la chapa en la abertura.
Y cedió la cerradura
de fuerte bronce bruñido,
y en el eje, carcomido
por el frote continuado,
giró el postigo pausado
lanzando bronco chirrido.

En silencio y soledad
la casa-solar yacía,
y en su manto la envolvía
la medrosa oscuridad.
Reprimiendo la ansiedad
que su alma noble tortura,
devorando su amargura,
en la casa penetró . . . .
¡ Cuán feliz de allí salió !
¡ Cuál es hoy su desventura !

¡Ah, cuán distinta es la suerte
que hoy le depara el destino,
que le torna en asesino
que lleva á su hogar la muerte!
Tal idea en su alma fuerte
surgir hace de dolor
un torrente asolador;
y se libran cruel batalla,
el odio que fiero estalla,
y el instinto del honor.

Mientras Don Juan caminando
va por la ancha galería,
una sombra se veía
por el zaguán penetrando.
El patio extenso cruzando,
recatada y misteriosa,
cual fantasma vaporosa,
al interior penetró;
y pronto despareció
tras una ceiba frondosa.

IV.

En sus alas trajo el viento
el sonido acompasado,
melancólico, pausado,
del esquilón del convento.

En apartado aposento,
á la luz de una bujía,
á una dama se veía
de rara y noble hermosura,
y en su rostro y apostura
la indignación se leía.

Sus grandes, rasgados ojos,
que eran negros cual la noche,
de belleza sin reproche,
reflejaban sus enojos.
Sus labios de tintes rojos,
que hoy están descoloridos,
por el desdén contraidos,
expresan la indignación
de su noble corazón
y de su orgullo ofendidos.

Un hombre cuyo semblante
manchaba la sombra oscura
de loca pasión impura,
la contemplaba anhelante.
Y de la dama distante
corto espacio solamente,
así decía :—«¡ Demente !
¡ muy bien decís, estoy loco !
por eso humillado invoco
favor y piedad clemente.

Por eso vengo rendido,
llena de pasión el alma,
á buscar la dulce calma
y el sosiego que he perdido.
Mi corazón dolorido
agonizando palpita;
y aquí en mi pecho se agita
y por vuestro amor reclama,
como el volcán que la llama
por el cráter precipita.

No llaméis á mi razón,
que inútil será este empeño . . .
de mi razón no soy dueño
cuando grita el corazón.
Escuchadme . . . la pasión
que aquí en el pecho batalla,
es la tempestad que estalla;
para ella no hay valladar
ni en la tierra ni en el mar,
cuyo poder avasalla.»—

Erguida la noble frente,
convulsa la blanca mano,
con ademán soberano
y voz nerviosa y potente,
la dama exclamó :—«¡ Demente,
demente estáis, Don Tristán !
Si estuviera aquí Don Juan,

tanta audacia se vería
convertida en cobardía.
¡ Inútil es vuestro afán !

¡ Apartad de mi presencia !
¡ Salid por do habéis entrado !
No sé cómo he soportado
vuestra cínica insolencia !»
—Es inútil resistencia
la que oponéis á mi amor.»
—«En defensa de mi honor
á todo, á todo me atrevo;
y haré, Tristán, lo que debo,
que no conozco el temor.

Daré voces, y en mi ayuda
la servidumbre vendrá,
que de aquí os arrojará.»
—«Nada ya vuestra honra escuda.
Auxilio hallaréis, sin duda ;
mas ved cómo procedéis,
que de esa manera haréis
más pública la deshonra ;
y ya ante el mundo vuestra honra
hecha girones veréis.

¿ Quién al verme en vuestro hogar
y junto á vos á tal hora,
necio juzgará, señora.

que pude hasta aquí llegar
sin vuestra venia alcanzar?
Ese audaz atrevimiento
no cabe en el pensamiento
del vulgo, que juzga mal,
y siente un gozo infernal
si al prójimo da tormento.»—

Esto diciendo el impío
algunos pasos avanza,
y hacia María se lanza;
mas esta con noble brío,
con fiero ademán sombrío
y con semblante sereno,
lleva las manos al seno,
y de una cinta desata
agudo puñal, de plata
guarnecido y piedras lleno.

Del de Luna á gran distancia,
que alcanzarla quizás puede,
con rapidez retrocede
á un extremo de la estancia.
Allí con fiera arrogancia,
con alma serena y fuerte,
blandiendo el puñal, advierte
al vil seductor audaz,
que dar un paso no más
le causaría la muerte.

Súbitamente una puerta
con estrépito se abrió,
y por ella penetró
Montejo. La luz incierta
casi á iluminar no acierta
aquella escena espantosa.
Un grito lanza su esposa
de alegría y de temor;
se apercibe el seductor
para una lucha horrorosa.

Brilla el homicida acero
en las manos de Don Juan,
y se lanza hacia Tristán,
violento, impetuoso y fiero.
—«Ladrón de mi honra, yo espero
que pues valiente os mostráis
con una mujer, lo seáis
con un hombre como vos.
¡Encomendaos á Dios,
que á la muerte os acercáis!»

Así exclama y es su acento
extraño, ronco, profundo,
cual si fuera de otro mundo
eco de infernal concento.
En tan solemne momento,
el silencio interrumpido
era sólo por el ruido

de las vibrantes espadas,
hábilmente manejadas
por agresor y agredido.

De un aposento cercano
súbito entonces se abrió
la puerta, y apareció
la forma de un ser humano.
El sayal del franciscano
con majestad revestía:
la barba y rostro cubría
en su ancho y largo capuz,
y del que murió en la cruz
la santa efigie traía.

—«En nombre de Dios—clamó—
Juan Montejo, dominaos!
y vos, Tristán, reportaos!
lo exijo . . . . ¡lo mando yo!»
Y majestuoso avanzó
con paso lento y pausado
hasta donde, contrariado,
reprimiendo á duras penas
el furor que ardía en sus venas,
se hallaba el de Maldonado.

—«Obra mal el que su afrenta,
olvidando que es cristiano,
castigar con propia mano,

impío, Don Juan, intenta.
Muerte afrentosa y crüenta,
para dar ejemplo al mundo
de humildad y amor profundo,
Jesucristo, vida y luz
del hombre, sufrió en la cruz,
madero santo y fecundo.

Y vos, Tristán, el pecado
que más envilece al hombre,
un negro crimen sin nombre,
horrible, habéis perpetrado.
Y loco, desatentado,
olvidándoos de vos mismo,
todavía hacia el abismo
de otro nuevo crimen vais;
y la enseñanza olvidáis
de la fe del cristianismo.

Juan Montejo, perdonad!
—«Es imposible, imposible . . . .
ha sido el ultraje horrible;
le mataré sin piedad!
—«Los aceros envainad
¡infelices! que es el duelo
crimen que castiga el cielo
con la pena de Caín,
inmensa, eterna, sin fin,
sin descanso y sin consuelo.

Vuestro es, Tristán, el delito
que otro delito provoca:
pues sois caballero, os toca
ceder y á ceder le invito.
De vuestra conciencia al grito,
deponed vuestra pasión;
desterrad del corazón
los deseos seductores,
y los odios y rencores
que turban vuestra razón.»

—¿Quién sois vos? ¿con qué derecho
en este asunto os mezcláis?
si el campo no despejáis
de grado, por fuerza os echo.
—«Es tu corazón estrecho
cueva en que rugiendo están
las pasiones de Satán.
¿Quién soy, pregunta el villano!
¡Carlos Luna y Arellano!
¡De rodillas, Don Tristán!

Así el fraile prorrumpió
con fuerte y vibrante acento,
y tembloroso, violento,
la capucha se arrancó.
Tristán de Luna cayó
de rodillas desplomado,
de vergüenza anonadado

y de angustia y de terror.
—«Mi padre, exclamó, ¡señor!
—«Serás, Tristán, castigado.»

Carlos Luna y Arellano
dijo entonces á Montejo:
—«Matadle, Juan, os lo dejo,
su vida está en vuestra mano.»
—«Caballero soy cristiano
que vuestra conducta admira,
y su venganza retira.
Se ha calmado la pasión
que angustiaba el corazón . . . .
¡sólo á imitaros aspira!

Temiendo que de otra suerte
á mis noticias llegara,
cosa posible y no rara
con que el mundo se divierte,
este ultraje, y que la muerte
diera á Tristán y á María,
á quien cómplice creería,
vos, Don Carlos, acertado,
esta escena provocado
habéis con sabiduría.

La vida á Tristán salváis,
prestáis á María ayuda,

y de mí la horrible duda
para siempre desterráis.
¡Bendito, bendito seáis!
que de su nombre memoria
se guarde siempre en la historia,
por cumplido caballero,
gobernante justiciero,
de su patria honor y gloria!»

EL VIEJO NUÑEZ MELIAN.

EPISODIO HISTÓRICO.

I.

EN un castaño brioso,
con apostura marcial,
sale de las casas reales
Francisco Núñez Melián.
Blanca barba, rostro alegre,
ojos de ardiente mirar;
ropilla de terciopelo
que envidia á la nieve da;
valona y puños de encaje
más blancos que el azahar;
faja de raso y en ella
largo y agudo puñal;
las calzas de fino punto,
borceguíes que á mitad
logran sólo de las piernas
musculosas arribar;
en el sombrero un cintillo
de diamantes que un Bajá

deseado hubiera; en el pecho
se miran la cruz brillar
de la orden de Santiago,
cintas, placas de metal,
escudos y distintivos
del mérito militar.
Cubre las ancas del potro,
que tornos y vueltas da,
purpúrea y rica gualdrapa
con recamos sin rival.
Hiere el pisador el suelo
con sus cascos á compás,
y la blanca espuma cubre
cuello, brazos y pretal.
Rige con suma destreza
Núñez al potro que va
sacando chispas al suelo
enlosado del portal.
Deja el portal y á la plaza,
que de gente henchida está,
sale el viejo, que aunque viejo,
parece mozo y galán.
Coronada está la plaza
por la milicia local,
en cuyas armas brillantes
se ve la luz reflejar.
Estandartes y banderas
luce la tropa que ya
prorrumpe en vivas ruidosos
al Capitán general.

Los balcones y ventanas
cubiertos de gente están.
Allí se ve á la doncella,
como la flor del rosal,
ostentar de su hermosura
el encanto singular.
Allí el rico encomendero,
altivo cual si feudal
señor del Estado fuera,
ostenta con majestad
los terciopelos y galas
que envidia á los pobres dan.
Allí el humilde pechero,
el sacerdote ejemplar,
la dueña de negras tocas,
el pueblo, en fin, todo está.
Atambores y cornetas
se dejan pronto escuchar,
y voltean las campanas
de la augusta catedral.
El júbilo en todas partes
enseña la alegre faz,
y se alboroza y divierte
la muy noble y leal ciudad.

II.

Las tropas de infantería
se mueven aquí y allá,

y diestras evolucionan
con precisión militar.
En cerrados pelotones
de la plaza al centro van,
y allí esperan á pie firme
del combate la señal.
Son los tercios españoles
que al mundo han hecho temblar.
En sus rojos y amarillos
estandartes de percal,
se mira el Leon de Castilla
y las dos torres campar.
¡Salve, tercios indomables,
que pequeño el mundo halláis
para las tremendas lides
de un continuo batallar!
¡Salve, estandarte glorioso
del valor y la lealtad,
que las auras de la gloria
acarician con afán!
Ya Núñez á la cabeza
pronto se va á colocar
del escuadrón de ginetes,
que impaciente la señal
espera del simulacro
para poder avanzar.
El potro inquieto escarcea,
luciendo blanco pretal
y riendas de seda y oro,
que sujeta el de Melián.

Allí está la artillería,
y cerca de ella al pasar,
con la espada toledana
da la esperada señal.
Ruge el cañón ; su estampido
hace el suelo trepidar.
El castaño se encabrita,
lucha Núñez de Melián
por domarlo, lanza un grito,
se ve la angustia en su faz,
y á socorrer va un esclavo
al Capitán General.
Tómale en brazos y al punto,
con vigor y actividad,
puede bajarle y tenderle
á la orilla del portal.
Desmontan los escuderos
que á auxiliarle también van
presurosos . . . . mas en vano!
¡ presa de la muerte es ya !
El apuesto caballero,
el bizarro militar,
es sólo un cuerpo sin vida,
sólo un cadáver no más !
El pueblo maravillado,
y sin poderse explicar
el extraño caso, en torno
se condensa de Melián.
"Ha muerto"—al fin—exclamaron
los más próximos ; rogad

por el descanso del alma
del Capitán General."
La noticia infausta corre,
y con tal celeridad,
que no hubo en la extensa plaza
encomendero ó patán,
que en breve no repitiera
con sorpresa sin igual:
«El gobernador ha muerto,
ha muerto Núñez Melián.»
Dobla con tañido triste
la campana en catedral,
suena con fúnebre acento
la corneta militar,
y los sordos atambores
su redoble al aire dan.
Toman las armas al punto
la posición funeral,
y se inclinan las banderas,
que rasando el suelo van.
Marcha la guerrera hueste
sus cuarteles á ocupar,
tórnase en lúgubre escena
el simulacro marcial,
y las gentes se retiran
con paso tardo, quizás
pensando cuán brevemente
solemos ver acabar,
gloria, poder y riqueza,
fortuna y autoridad.

LA CRUZ DEL CALLEJÓN.

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

FUÉ la histórica Izamal
de este mi cuento escenario,
en el siglo que termina
el año de veinte y cuatro.
A Yucatán gobernaba
Francisco Antonio Tarrazo,
yucateco distinguido,
modesto, prudente y sabio.
Era un callejón estrecho
que de la Cruz fué llamado,
porque una cruz se veía
sobre un pedestal muy alto,
apoyarse de una casa
contra el muro prolongado.
Y no lejos de aquel signo

de redención sacrosanto,
vano estrecho se veía
en el muro practicado.
Era boca de un cenote
que de la casa en el patio,
escondía el ancho seno
de turbias aguas colmado.
Y de la cruz no distante,
del callejón en el cabo,
se alzaba el hogar humilde,
triste, mudo y solitario,
de la hermosa Margarita
y su padre Antonio Castro.
Las doce eran de una noche
del florido mes de Mayo;
noche tibia y aromosa,
llena de rumores vagos.
Se abrió en silencio un postigo,
acercóse un embozado,
y los ecos de dos voces
en el aire se enlazaron.
¡Qué amorosos juramentos
salían de aquellos labios!
¡qué de quejas y suspiros!
¡cuánto cariñoso halago!
—Si, como dices, me adoras,
exclamaba el embozado,
¿por qué dudas, Margarita?
¿por qué vacilas? Huyamos;
grande es el mundo y podemos

hallar asilo ignorado,
que en su sombra bienhechora
nos oculte al mundo vano!
Allí de paz y ventura
gozaremos muchos años.
—Oh, jamás, Fernando mío,
á mi infeliz padre anciano,
¿cómo abandonar podría,
triste, enfermo y solitario?
—¿Por qué á nuestro amor se opone
y es con nosotros tirano?
Miro con dolor profundo
que no me amas . . . . . .
—¿Qué no te amo?
por ti mi sangre, mi vida,
lo que soy y lo que valgo
diera yo . . . . . ¡pero mi padre!
¡cómo puedo abandonarlo!
¡oh, jamás, Fernando mío!
—De Izamal hoy mismo salgo
para no volver ya nunca.
¡Oh qué triste desengaño!
¡Llevo el corazón herido,
llevo el pecho desgarrado! . . . . .
—No, jamás, jamás, dejarme . . . .
si así lo exiges, huyamos . . . .
¿Qué me inporta á mí la vida
sin el amor de Fernando?
¿Qué la deshonra ni el mundo?
espera . . .. espera . . . ya salgo.

Cerróse luego el postigo,
de allí los dos se apartaron,
y después de corto instante
se abrió la puerta. Las manos
enlazadas tiernamente,
Margarita y Don Fernando,
por amor enloquecidos,
rumbo hacia la cruz tomaron.
Y cuando ante ella estuvieron,
quizá el deber recordando,
Margarita se detuvo,
soltó de Fernán la mano
y con voz solemne dijo:
—Ante el Leño sacrosanto
que la Pasión nos recuerda
del Señor de lo creado,
juro, Fernán, que te adoro.
Jura que en vínculo santo
nos uniremos mañana.
—Por mi nombre de cristiano,
te lo juro, Margarita,
y que este Leño sagrado,
testigo de la promesa
sea que de hinojos hago.
—Vamos, pues, Fernán, soy tuya.
Y de la cruz se apartaron
prosiguiendo su camino.
No se habían alejado
de allí mucho, cuando oyeron,
con pavor y sobresalto,

como ruido de cadenas
junto á la cruz que dejaron.
Y una voz grave y profunda,
el aire rasgó exclamando:
—« Ya escuché tu juramento
y en la memoria lo guardo.
¡ Ay de ti si tus promesas
no cumples como cristiano !
¡ Ay de ti, Fernando Rojas ! »
La débil mujer de espanto
sintió el alma poseída:
sus pies á andar se negaron,
y su corazón medroso,
como nunca apresurado,
sintió latir en el pecho.
Tembló, vaciló, cual árbol
que de tempestad airada
sucumbe al terrible estrago,
y al suelo hubiera caído,
á no caer en los brazos
de su amante que á su cuerpo
con premura se estrecharon.
Fernando, menos medroso,
llevó á la espada la mano,
y exclamó con voz sonora:
—No me asusta el mismo diablo,
y si hombre sois ó demonio,
que de mí queréis burlaros,
¡ vive Dios ! que á los infiernos
os lanzaré á cintarazos.

Otra vez de las cadenas
los sonidos se escucharon,
y murmullos y sollozos,
tristes rumores de llanto.
Una luz, al mismo tiempo,
de resplandores extraños,
azules, fosforescentes
y macilentos y vagos,
fué la angosta entrada oscura
del cenote iluminando.
Al fin, un globo de fuego
vió salir de allí el hidalgo;
este arrastra á Margarita,
se va con miedo apartando,
y el globo, cual si impelido
fuera por oculta mano,
lentamente se movía
y se iba hacia él acercando.
A aquel resplandor verdoso
creyó mirar el hidalgo,
que un bulto negro, una sombra
también se iba aproximando.
Y crecieron sus temores,
y creció su sobresalto,
al pensar que el bulto fuera,
tal vez, el cuerpo del diablo.
Ante la visión fatídica
temblar sintió D. Fernando
su corazón noble y fiero
al peligro acostumbrado.

Saltó del puño la espada,
limpio acero toledano
que era terror de los mozos
y envidia de los ancianos.
Presa de mortal congoja,
con el cabello erizado,
el terror, al fin, vencióle,
sus rodillas se doblaron,
y al suelo cayó de hinojos
el amante desdichado.

II.

Pasaron días tras días,
corrieron años tras años,
y Margarita lloraba
las ausencias del hidalgo.
¡Tan grande amor, quién creyera
que se hubiese evaporado
como gota de rocío
del sol ardiente al contacto!
Al viento lanzó sus quejas,
y el viento frívolo y vano,
de sus quejas se burlaba,
de su dolor y su llanto.
¡Cuántos días, cuántas noches
pasó la infeliz llorando,
sepultada en el abismo
de sus recuerdos más caros!
Un día, cual otros muchos,
en que se hallaba esperando

ver arribar de repente
á la ciudad al ingrato,
ruido escuchó y algazara
de tumulto poco usado,
en población que tranquila
deslizarse vió sus años.
Mujer, al fin, el motivo
conocer ansió del caso ;
sale y mira, con sorpresa,
grupos de gente compactos,
que corrían afanosos,
ora á pie y ora á caballo.
Cuál era, inquirió, el motivo
del suceso extraordinario:
que el Gobernador, responden,
en la villa era esperado. (1)
Y en verdad, el pueblo todo
enderezaba los pasos
de la cruz hacia la ermita,
pobre templo y solitario
que se alzaba en el camino
que de Mérida llamaron.
Un impulso irresistible,
un deseo en ella extraño,
á Margarita condujo

(1) Por decreto de 18 de Octubre de 1,823 se concedió á Izamal el título de villa, y por decreto de 4 Diciembre de 1,841, el de ciudad.

al pie del madero santo,
que fué testigo del voto
que de amor prestó Fernando.
Fija ansiosa las miradas
hacia donde, en breve rato,
pasaría el gobernante
por el pueblo acompañado.
Se oyó clamor jubiloso
en todos los campanarios,
y cohetes voladores
hacia las nubes se alzaron,
trazando surcos de fuego
en el anchuroso espacio.
Los vítores entusiastas
oyéronse más cercanos,
y el Gobernador de todas
aquellas gentes rodeado,
á la esquina del cenote
arribó con lento paso.
Rasgó los aires un grito
desgarrador, prolongado;
las gentes se detuvieron
y unas á otras se miraron;
el Gobernador pregunta
qué era lo que había pasado,
y antes de obtener respuesta
miró cómo, el rostro pálido
por la emoción, se encubría
su ayudante Rojas Cano.
Paso Margarita abrióse

entre el concurso, clamando:
—Escuchadme, deteneos,
justicia pido y amparo.
Abrióse anchurosa calle
entre los grupos compactos;
recorrióla Margarita
con breve y seguro paso,
y nadie el grave silencio
acertó á turbar osado.
—Justicia, señor, no gracia,
llego hasta vos implorando,
y pues sois de la justicia
celoso depositario,
benigno escuchad mi queja,
no me neguéis vuestro fallo.
Ante esa cruz bendecida
juróme amor un hidalgo,
que yo inexperta juzgaba
noble, caballero, honrado.
Juróme que el matrimonio
con indisoluble lazo,
nuestro cariño punible
cambiaría en amor santo.
Quebrantó sus juramentos,
que eran juramentos falsos,
y huyó de mí el fementido
abandonándome ingrato.
—¿No hubo nadie que escuchara
las promesas del hidalgo?
—Nadie ¡ay de mí! ¿quién podría

en aquella hora escucharlo,
si la noche era avanzada
y el paraje solitario?
—¿Dónde fué?
—Junto á esa cruz.
—¿A qué hora?
—Si no me engaño,
las doce eran de una noche
inolvidable de Mayo.
—¿Quién fué, decid, el perjuro
autor de tan grave daño?
—Allí junto á vos le miro:
Fernando Rojas y Cano.
—¡Fernando, vos! ¿qué decís
de vuestra culpa en descargo?
—A esta mujer no conozco,
todo lo que dice es falso.
Así dijo el caballero
con procaz desembarazo,
y la triste Margarita
riendas dió á su triste llanto.
Indeciso el gobernante
permaneció grande espacio:
buscaba un modo seguro
que le diera el resultado
de saber lo verdadero
en aquel difícil caso.
—A vos, señora, y á vos,
Fernando Rojas y Cano,
para esta noche á las doce

ante esa cruz os emplazo.
Dijo, al fin, y conmovido
sigió su ruta al Santuario
en que á la Virgen Purísima
venera el pueblo itzalano.

III.

Se oyen doce campanadas
sonar en el campanario
de la Iglesia que en el cerro
alza su nave y sus atrios.
En el callejón sombrío
que se oculta en el sudario
de las sombras de la noche,
se miran dos embozados
y una mujer cuyo cuerpo
envuélvese en negro manto.
Ya de pie junto á la cruz,
dice Francisco Tarrazo:
—Señora, ¿juráis en nombre
del que murió en el Calvario
que os dió palabra de esposo
Fernando Rojas y Cano?
—Juro, Señor, que le dije:
«Ante el signo sacrosanto
que la Pasión nos recuerda
del Señor de lo creado,
juro, Fernán, que te adoro;

jura que en vínculo santo
nos uniremos mañana.»
—« Por mi nombre de cristiano,
respondióme, te lo juro,
y que este Leño sagrado
testigo de la promesa
sea, que de hinojos te hago.»
—Quién escuchó el juramento?
no hay testigos, todo es falso.
Y la voz del Ayudante
no expiraba entre sus labios,
cuando ruido de cadenas
entre la sombra escucharon.
Y de voz profunda y grave,
percibióse el eco extraño:
—Yo escuché tu juramento
y en la memoria lo guardo.
¡ Ay de ti si tus promesas
no cumples como cristiano!
Al oir estas palabras,
helóse Fernán de espanto,
y en tierra cayó de hinojos
¡ perdón, perdón! exclamando.
A su memoria acudieron
los recuerdos, poco gratos,
de la luz fosforescente
y la figura del diablo.
Un bulto negro en las sombras
movióse, y un triste rayo
de luz alumbró la escena.

Un hombre se fué acercando
que burdo sayal vestía,
ataban sus pies y manos
fuertes cadenas, y el rostro
mostraba asaz demacrado.
Cerca ya del grupo dijo
á Francisco de Tarrazo:
—Testigo del juramento
soy que aquí prestó Fernando,
y es la cruz también testigo
y á su nombre lo declaro.
Y pues dos testigos hacen
prueba plena, yo os demando
que pronunciéis aquí mismo,
señor, vuestro justo fallo.
—¿Quién sois vos? el gobernante
preguntóle, desconfiado.
—Fray Martínez Sacramento.
Aquí penitencias hago
por los pecados del mundo
y por mis propios pecados. (1)
—Os conozco, Fray Martínez,
sois en virtudes preclaro
y no puede la mentira
envilecer vuestros labios.

---

(1) **Fray Manuel Martínez del Sacramento, solía hacer penitencia durante las altas horas de la noche, con una fuerte cadena atada á la cintura, ante la cruz del cenote y otros parajes públicos de Izamal.**

¿ Qué objetar podréis ahora ?
¿ Qué osaréis decir Fernando?
—El perdón de Margarita
humilde ante vos reclamo;
lo solicito de hinojos
aquí á sus plantas postrado.
—Con el alma lo concedo,
pues con toda el alma te amo,
susurró la pobre niña
al oido de Fernando.
Y se oyeron dos suspiros
y un sollozo entrecortado,
y dos manos temblorosas
tiernamente se estrecharon.
Con acento conmovido
así sentenció Tarrazo :
—Yo, como Juez, os condeno
mañana mismo á casaros,
y que Fray Manuel Martínez
os una en eterno lazo.

Y aquí termina la historia
verdadera, lector caro,
que escuché cuando era niño,
de boca de los ancianos.

LAS ALMOHADAS PRODIGIOSAS.

TRADICION POPULAR.

I.

EL año de mil seiscientos
y cincuenta y tres, vivía
Miguel Moreno de Andrade
en Valladolid, la villa.—
Moreno era de apellido:
bien el apellido le iba,
que también era moreno
de cutiz su señoría.
Era mulato y la gente,
ó noble ó sólo hidalguilla,
por tal causa, sobre el hombro
desdeñosa le veía.
Mas era rico el de Andrade,
y es verdad muy bien sabida,
que con alas de oro, al cielo
puede subir cualquier *quidam*.
Llegó, pues, á ser Alcalde
de primer voto en la Villa,

8

y por muerte de Peñalva
encomiendas proveía.
Desde que subió Moreno,
se aumentó contra él la inquina,
que mientras más sube el hombre,
más sube el mar de la envidia.
La encomienda de Chemax,
que era provechosa y rica,
vacó también, y los nobles
con afán la pretendían.
Confirióla, al fin, Moreno,
ó por gracia ó por justicia,
á Fernando de Aguilar,
un noble que descendía
de un conquistador valiente
de nuestra vasta Península.
Aumentóse, con tal acto,
el odio, pasión indigna,
que si nació del despecho,
dejóse guiar de la ira.
Y acusaciones y quejas,
calumnias y villanías,
subieron á Martín Robles
que mandaba en la Provincia.
Martín Robles Villafaña,
se presentó cierto día
en la ciudad de improviso,
con afán de hacer justicia.
¡Qué susto para Moreno!
¡Cuánta esperanza fallida

hasta entonces en las almas
de sus émulos nacía!
¡Pobre Moreno! bien pronto
verá su causa vencida,
su fiera altivez domada
y vacante su Alcaldía!
¡Vaivenes de la fortuna,
cuya rueda corre á prisa,
abriendo surcos muy hondos
en los campos de la vida!
Los frailes, encomenderos
y otras gentes de valía,
que á dar fueron cortesanos
á Robles la bienvenida;
los enemigos de Andrade,
llenos de esperanzas vivas;
sus amigos, que miraban
las suyas desvanecidas,
todas las gentes, en fin,
altas y de clases ínfimas,
se retiraron prudentes,
dejando á su Señoría
que hallara en el suave lecho
el descanso á sus fatigas,
que ya el carro de la noche
su ruta emprendido había.
Miguel Moreno de Andrade
hacia su hogar se encamina,
sintiendo herido su orgullo,
viendo su causa perdida.

Alza, empero, con audacia
y desdén la frente altiva,
y murmura por lo bajo:
mañana será otro día.

II.

Váse Robles á la alcoba,
se desnuda, y la ropilla
de terciopelo dejando
sobre cómoda vecina,
en el lecho se introduce
á ver si el sueño concilia.
Siente una almohada más dura
que soldadesca tarima,
toma la otra y . . . lo mismo.
—¿Qué es esto? furioso grita,
¿usan piedras por almohadas
estas gentes maldecidas?
—Señor, un paje responde,
acaba de remitirlas
Miguel Moreno de Andrade
para vuestra señoría.
Que miréis en tal fineza,
dijo, su adhesión más viva,
y que mañana la mano
humilde le besaría.
Retiróse el paje, y solo
quedóse Robles.—¡Por vida,

exclamó, que el raro caso
me suspende y maravilla!
Toma el pnñal, corta, rasga
la tela burda y la fina
de ambas almohadas, y encuentra
mil monedas amarillas,
efigies reales que juntas
seis mil duros sumarían.
¿ Qué noche pasó el de Robles?
¿ Pasóla en sueño ó vigilia?
Prudente calla la crónica;
¡ nadie sabe lo que haría!
mas la frase de Moreno
pronto se miró cumplida,
porque, al fin, miraron todos
que el mañana fué otro día.

III.

Lanza el sol, en áureas flechas,
su clara luz y benigna,
y nobles y encomenderos
al de Robles se aproximan.
Van allí á mirar ansiosos
cómo al mulato castiga,
cómo al orgulloso Alcalde
Moreno, afrenta y humilla.
Gozábanse de antemano,
¡ sólo así goza la envidia!

en ver cómo aquella estatua
del pedestal rodaría.
Llega Moreno de Andrade,
y en su porte se adivina
que ni teme, ni recela,
ni duda, ni desconfía.
A su encuentro sale Robles,
cuyo rostro se ilumina
(¡oh prodigiosas almohadas!)
con placentera sonrisa.
Tiende á Moreno los brazos,
y le estrecha y le acaricia,
llamándole amigo suyo
verdadero á quien estima.
¡Oh sorpresa inesperada!
poco después, todavía
le nombra Teniente suyo,
y se ausenta de la Villa,
dejando á toda la gente
asombrada y confundida.

***

"Dádivas quebrantan peñas,"
nuestros abuelos decían;
y entonces, como hoy, se ha visto,
que la sórdida avaricia,
ha logrado en todo tiempo
la virtud mirar vencida,
triunfante siempre á la audacia,
y en pregón á la justicia.

SIC SEMPER.

TRADICION BIBLICA.

CUANDO del rey Asuero fué ministro
el hijo de Amadati, Amán, el pueblo
hermoso le llamaba y sabio y justo,
rico, gallardo, valeroso y bueno.
Tanta su gloria fué, tan eminentes
sus virtudes y dotes parecieron
á todos, desde el Rey hasta el esclavo,
que del vulgo y la corte fué modelo.
¿Queríase elogiar á algún magnate
ó demostrarle singular aprecio?
sólo á Amán compararsele podía,
que era el tipo de todos más perfecto.
«Es más rico que Amán, que Amán más sabio,
más valiente que Amán, que Amán más bueno,
más hermoso que Amán, hablando de otros
con hipérbole dice el mundo entero.»
Mas como el Sol desciende hacia el ocaso,
así desciende Amán de su apogeo,

y húndese, al fin, en negra desventura
al perder el favor del rey Asuero.
¿Qué entonces fué de su poder y gloria?
¿qué fué de su hermosura y su denuedo?
¿qué la insensata admiración del mundo?
eclipsólos el sabio Mardoqueo.
Y ante la hermosa Ester, que el rey adora,
se eclipsaron los últimos reflejos
de la estrella de Amán, y los elogios
en sarcasmos trocáronse y dicterios.
Ya no es Amán ni rico ni magnánimo,
ni lindo, sabio, ni gentil, ni apuesto,
y el pueblo tornadizo, cuando quiere
comparar de otros hombres los defectos:
«es más malo que Amán, exclama al punto,
«es más pobre que Amán, que Amán mas necio,
y más todo que Amán, y todo malo,
que ya es Amán el tipo de lo feo.»
Pasaron ya los siglos y es costumbre
todavía decir en nuestros tiempos:
«es más pobre que Amán, que Amán más rico,
es más sabio que Amán, que Amán más necio.»
Y esta bíblica historia nos enseña
que el mundo adula á Césares y Cresos
y arroja, sin piedad, á los humildes
el fardo abrumador de su desprecio.

LA CITA MISTERIOSA.

LEYENDA HISTÓRICA.

El pueblo me la contó,
y yo al pueblo se la cuento;
y pues la historia no invento,
responda el pueblo y no yo.

JOSE ZORRILLA.

EN el siglo diez y siete,
año de sesenta y dos,
permitió estos hechos Dios,
cuya verdad nadie objete.
Que esta historia se respete,
pues aunque parece rara,
la refiere el Padre Lara
en crónicas que escribió;
y pues él nos la contó,
su paternidad la ampara.

La sencilla relación,
en hechos graves fecunda,
á veces el Padre funda
tan sólo en la tradición.

Y se nota la omisión
que padeció Cogolludo,
pues referirlos no pudo
ó consignarlos no quiso;
mas el relato conciso
de Lara será mi escudo.

A él y al pueblo me refiero,
y su relación mi guía
será en la historia sombría
de Don José de Campero.
Refieren que al caballero
citaron á Catedral
para una noche fatal.
Lara decir omitió
lo que en el templo pasó,
que es el hecho principal.

Desechando yo el temor,
me aventuro hoy á decir
lo que á Lara referir
causó escrúpulo ó terror.
Lo que allá en el interior
del templo augusto pasó,
el pueblo me lo contó,
y yo al pueblo se lo cuento;
y pues la historia no invento,
responda el pueblo y no yo.

I.

Rasga el sol abrasador
las densas y opacas brumas,
y deja el lecho de plumas
el canoro ruiseñor.
Sale al campo el labrador,
y á través de la espesura,
va á la milpa en derechura,
que gran cosecha promete,
llevando al cinto el machete
con que su pan se procura.

En el campo la alegría
va repartiendo sus galas,
y del ambiente en las alas
derrama su luz el día.
Recoje la noche umbría
su manto de oscuridad,
y la luz, la actividad,
y la vida y el contento,
el ruido y el movimiento
se esparcen en la ciudad.

Las seis son de la mañana;
la servidumbre despierta,
y abre el Palacio su puerta
á la gente cortesana.

En la Catedral cercana
se escucha el agudo són
de enorme y viejo esquilón
que tañe, volteando á prisa,
y se ve acudir á misa
al pueblo con devoción.

Y Don José de Campero,
que es devoto y es cristiano,
deja la cama temprano
y á misa llega el primero.
Jamás ha sido el postrero
en cumplir con el deber,
y por eso vino á ser,
y por su ciencia y valor,
nombrado Gobernador,
y ascendido á Brigadier.

Un austero franciscano,
de gran virtud y entereza,
humilde y devoto reza
el gran misterio cristiano.
Otro fraile, que es su hermano,
de extranjera condición,
pronuncia un largo sermón
que versa sobre el deber
que todos tienen de hacer
del crimen reparación.

Que quien un daño causó,
repare y enmiende el daño,
antes que concluya el año
en que cometerlo osó.
Y tal piedad demostró,
tanto celo y tanta ciencia,
del gran concurso en presencia,
que el Capitán general
salió de la Catedral
pasmado de su elocuencia.

Mas el vulgo, que es curioso,
murmurador y maligno,
hizo un juicio poco digno
de aquel discurso piadoso.
Y en voz baja, temeroso,
decía que en cierto instante,
en el pálido semblante
del Capitán general,
de su inquietud la señal
se veía palpitante.

Y en Yucatán estimado
era el viejo Brigadier,
porque fué su proceder
siempre noble y siempre honrado.
Valiente, como soldado;
altivo, noble y sincero,
cual cumplido caballero;

afable, justo y benigno,
como gobernante digno
era Don José Campero.

Sinembargo, en baja voz,
aunque no con gran rebozo,
decían que cuando mozo,
cometió un delito atroz.
La crónica es porta-voz
de la verdad ó el invento,
y no alega el fundamento
de la grave inculpación;
por eso yo la omisión
aquí reparar intento.

Salió el buen Gobernador
de misa, triste y sombrío,
y abrióle calle el gentío
con respetuoso temor.
Presa de extraño pavor,
llegó Campero á Palacio,
miró hacia el templo despacio,
apretóse el corazón,
y al recordar el sermón
faltábale aire y espacio.

Sus criados y familiares,
que le miraron llegar,

le hicieron pronto olvidar
sus enojos y pesares.
Poco después los manjares
y los sabrosos pasteles,
las frutas de ricas mieles,
el blanco pan esponjoso
y el rico vino espumoso,
estaban en los manteles.

Pasaron al comedor,
del Palacio en el confín,
y allí principió el festín
el mismo Gobernador.
Alegre ya y decidor,
después que devoto reza,
Campero á mostrarse empieza,
sin que un sólo pensamiento
en aquel feliz momento
consagrara á su tristeza.

Toma el plato sin demora,
mas entre plato y mantel,
encuentra impreso un papel
que más que lee, devora.
¿Quién le puso allí? Se ignora.
¿De qué modo, cómo, cuándo?
Todos se quedan pensando
en aquella acción audaz,

y Camperó mucho más,
que está, á su pesar, temblando.

Y pálido, cual difunto,
lee al fin: "José Campero,
en la Catedral te espero
á la media noche en punto."
—¡Es misterioso el asunto!
No atino qué pueda ser.
Pronto, dijo, he de saber,
quién á citarme se atreve.
En vano esperar no debe,
y esta noche le he de ver.

El espanto y el terror
vióse entonces retratado
en el concurso, admirado
de tal audacia y valor.
Y añadió el Gobernador
que juzgaba que era cosa
de él indigna y vergonzosa,
al mismo Diablo temer,
si al Diablo hubiera de ver
en la cita misteriosa.

Todos dieron su opinión
y empezaron á argüir,
conviniendo, al fin, que no ir
prudencia era y precaución.

—Buscan, dicen, la ocasión
para un crimen cometer.
—Yo no tengo á quién temer,
pues carezco de enemigos.
—¡Muchos parecen amigos,
y lo son cual Lucifer!

—Señores, iré á la cita
bien preparado y absuelto,
así lo tengo resuelto
y nada á cejar me incita.
—Mirad, Señor, que no escrita
la carta está, sino impresa,
motivo de la sorpresa
de que todos muestras dan.
No hay imprenta en Yucatán.
¡ Arte diabólica es esa !

—Resuelto á todo y dispuesto,
contestó, á la cita iré,
y al mismo Diablo hablaré,
si obra del Diablo es aquesto.
Y haciendo un supremo gesto
de desdén, se levantó,
y así el almuerzo acabó,
pues nadie se hallaba á gusto,
por la turbación y el susto
que la cita les causó.

II.

Como el faro luminoso
en la derecha atalaya,
que sobresale en la playa,
alumbra el mar proceloso,
así el Obispo virtuoso
la Península ilumina
con luz fulgente y divina;
y modelo de piedad,
de virtud y de humildad,
su grey al cielo encamina.

Era Fray Luis de Cifuentes
dulce, afable y bondadoso,
con los pobres generoso,
padre común de las gentes.
Esparcía las simientes
de la virtud donde quiera
que su acción llegar pudiera,
y en su Palacio y el templo
era siempre vivo ejemplo
de la virtud más austera.

No hay amargura ni llanto
que consolar no procure,
ni dolores que no cure
con celo benigno y santo.

Todos se acogen al manto
de su ardiente caridad,
y él á todos, con bondad,
consuelos y amor envía,
que es la estrella que los guía
á la mística ciudad.

Con lágrimas en los ojos
y mirar atento y fijo,
ante un santo Crucifijo
orando estaba de hinojos.
Y en la corona de abrojos
que la alba frente rodea,
y en la sangre que gotea
del entreabierto costado,
con dulce arrobo el Prelado
miradas tiernas pasea.

Y cuando más abstraído
se hallaba en su devoción,
una puerta del salón
abrióse con leve ruido.
Y por él inadvertido,
un paje por ella entró,
que lentamente llegó
hasta donde estaba orando,
y su abstracción respetando
los labios no desplegó.

Pudo, al fin, el pâje hablar
y dijo que su Excelencia
el Gobernador, audiencia
quería de él alcanzar.
—Hacedle al momento entrar,
que el que aguarde un personaje
de esa importancia y linaje,
de tal rango y calidad,
no es conveniente, en verdad,
dijo con premura al paje.

Breves instantes después
al Capitán General,
el Obispo ancho sitial
ofrece amable y cortés.
Mas el primero á sus piés
dobla humilde la rodilla,
y tal acto no mancilla
su carácter ni blasón,
que en la santa confesión
es á Dios á quien se humilla.

Y gran rato así estuvieron
el Gobernador hablando,
y su Prelado escuchando.
Nadie oyó lo que dijeron.
Once campanadas dieron,
al fin, en la Catedral;
dejó el Obispo el sitial,

y de antiguo y ~~viejo~~ armario, pobre
tomó y dió un escapulario
al Capitán General.

—Tened, le dijo, confianza,
ya que no os falta valor,
y poned, Gobernador,
sólo en Dios vuestra esperanza.
Si es infernal asechanza
la que os tiende Lucifer,
nada de él debéis temer,
que jamás el Diablo pudo
á quien se ampara á este escudo
con su malicia vencer.

Mas si el mandato de Dios
á su Tribunal os llama,
si alguien por justicia clama,
que cumplida la halle en vos.
Id de la justicia en pos:
si sois Juez, haced justicia,
si reo, vuestra malicia
doble su fiera altivez
ante el que es Supremo Juez
de clero, pueblo y milicia.

III.

Solemnes, tristes, pausadas,
oyó dar en Catedral

el Capitán General
doce graves campanadas.
Y sus órdenes ya dadas
de que nadie le siguiera,
so pena de que sufriera
duro castigo, salió
y al templo se encaminó
donde el citador le espera.

La noche era tenebrosa
y la densa oscuridad
envolvía á la ciudad
en la sombra misteriosa.
El mundo duerme y reposa,
tregua dando á sus querellas,
y hasta el cielo sus estrellas
á las miradas oculta,
y en negro crespón sepulta
la luz que despiden ellas.

El silencio pavoroso
sus alas inmensas tiende,
y por doquiera se extiende
su dominio poderoso.
Se escucha sólo el medroso
graznido de mal agüero
de algún pájaro agorero
que en la torre se guarece,
y el corazón extremece
de D. José de Campero.

Su ayudante, silencioso,
y recatándose de él,
á cierta distancia, fiel
le seguía cauteloso.
Así con paso medroso
van caminando los dos,
y del uno el otro en pos,
la distancia devoraron,
y en corto instante llegaron
frente á la casa de Dios.

Junto á la puerta cerrada
se detiene el de Campero;
pronto el otro caballero
llega empuñando la espada.
Gira en sus ejes, pausada,
la enorme y maciza puerta,
que sólo se ve entreabierta,
y el Capitán General
por ella entró en Catedral
con planta medrosa, incierta.

Su ayudante, cauteloso,
temiendo alguna asechanza,
hacia la puerta se lanza
de entrar por ella anheloso.
Mas un brazo vigoroso,
brazo para él invisible,
con esfuerzo irresistible,

violento le arrebató
y con él en tierra dió
dejándole allí insensible.

Y tras de la puerta misma
que por sí sola se abrió,
y que luego se cerró,
Campero en sombras se abisma.
¡Ya no el engañoso prisma
de su altivo pensamiento,
en tan solemne momento
alimenta su valor,
que un invencible terror
da á su corazón tormento!

Se detiene, á su pesar,
presa de mortal congoja,
de sí mismo se sonroja
y no lo sabe evitar.
Quiere y no puede avanzar,
hasta que al fin, vacilante,
y extendidas adelante
las manos, un paso dió,
y otra vez allí volvió
á detenerse anhelante.

La sombra que le rodea
y el silencio pavoroso
que del templo majestuoso

las anchas naves pasea;
la visión que en su alma crea
supersticioso temor,
y el lejano resplandor
del cirio que arde ante un santo,
hacen que crezca el espanto
del señor Gobernador.

Gira la vista doquiera
en busca del que le abrió
la puerta, y á nadie halló
que guiarle allí pudiera.
Piensa, teme, desespera,
vacila, duda y avanza,
concibe luego esperanza
de que acaso salir puede,
y rápido retrocede
y hacia la puerta se lanza.

Mas la puerta está cerrada,
y con ya convulsa mano,
pugna por abrirla en vano
en lucha desesperada.
Siente el alma conturbada
y hacia la nave sombría,
que á su izquierda se veía,
juzgando inútil la empresa
de poder salir, regresa
y ya en Dios tan solo fía.

Le invoca devoto y reza,
y serenarse consigue,
y luego el camino sigue
que hacia el ábside endereza.
Ya con valor y entereza
llega pronto hasta el sillón
que ocupa en toda función,
y con fe dulce y sencilla,
allí dobla la rodilla
y murmura una oración.

En el aire suspendida,
lanzando tenues reflejos,
de Campero está no lejos
una lámpara encendida.
Símbolo es de eterna vida,
promesa de venturanza,
y su blanca luz nos lanza
sus rayos hora tras hora,
como la luz bienhechora
de la risueña esperanza.

En urna rica de plata,
coronada por la Cruz,
el reflejo de esa luz
vagamente se retrata.
Y Campero humilde acata,
con palabra y pensamiento,
el Augusto Sacramento,

y en la luz y en el altar,
no se cansa de fijar
sus miradas un momento.

Súbitamente miró
cómo tenue y vagarosa
una blanca y vaporosa
imagen apareció.
Y lentamente avanzó,
sin que leve ruido hiciera,
cual si blanca nube fuera,
que del cielo desprendida,
por el aire suspendida
en el espacio estuviera.

Y así continuó avanzando
silenciosa, hasta llegar
á apoyarse en el altar
que está la luz alumbrando.
Y esa luz iluminando,
con vagas tintas verdosas,
fué las naves majestuosas,
las bóvedas elevadas
y las columnas cercadas
por las sombras misteriosas.

Los cristales de colores
de las ojivas reflejan

las ondas de luz que dejan
admirar sus resplandores.
Y aquellos vagos fulgores
poco á poco van creciendo,
y el templo todo invadiendo,
cual si fueran ígneo mar,
hasta al nicho y al altar
van sus olas extendiendo.

Súbitamente se oyó
en la torre no lejana,
el clamor de una campana
que estridente resonó.
A aquel tañido se abrió
enorme grieta en el muro,
y de allá del fondo oscuro,
que formaba el ancho vano,
surgió un esqueleto humano
como á la voz de un conjuro.

Sobre sí mismas giraron,
con extraño movimiento,
las losas del pavimento
que unas con otras chocaron.
De los huecos que dejaron,
aquí y allí descubiertos,
fueron saliendo los muertos
en revuelta confusión
y en el fúnebre crespón
de los sudarios cubiertos.

Y los humildes pecheros,
los esclavos y señores,
Obispos, Gobernadores,
los ricos encomenderos,
los altivos caballeros
y los frailes y los curas,
de sus hondas sepulturas
los negros antros dejaron,
y en procesión se alinearon
con sus rotas vestiduras.

Bañado en frío sudor,
con el cabello erizado,
calló en el sillón, sentado
el señor Gobernador.
Y á su garganta el terror
se apretó con fuerte nudo:
quiso gritar, y no pudo,
quiso rezar, y tampoco;
¡y creyó que estaba loco!
¡y creyó que estaba mudo!

De una triste melodía
el melancólico son
se escucha, y la procesión
se encamina á la crujía.
Y silenciosa y sombría,
cual fantasmas infernales,
allí ocupa los sitiales

que en larga hilera se extienden,
en tanto que el aire hienden
los cánticos funerales.

Y con los ojos abiertos,
de una manera espantosa,
Campero ve la horrorosa
procesión de aquellos muertos.
Débiles, vagos, inciertos,
y del coro desprendidos,
se escucharón los sonidos
del órgano cuyas voces,
ó pausadas ó veloces,
semejan tristes gemidos.

Cesa, al fin, el triste canto
y la música se apaga,
cual triste rumor que vaga
por el templo augusto y santo.
Y entre sollozos y llanto,
de aquella salmodia en pos,
se eleva triste una voz,
se oye una queja, un lamento,
junto al santo monumento
en que está presente Dios.

"Alma, dice, en pena soy
á quien Dios cerrarme quiso

las puertas del Paraíso,
que ya abiertas á hallar voy,
Por su mandato aqui estoy.
Escuchad ¡oh potentados!
Gobernadores, Prelados,
que reunidos aquí estais,
y á juzgar delitos vais
en la tierra perpetrados.

Mujer en el mundo fuí
de celebrada belleza;
por mi virtud y riqueza
agasajada me ví.
De padres nobles nací
en la corte vireinal,
y rico y pingüe caudal
al fallecer me legaron,
que á un tutor encomendaron
creyéndolo bueno y leal.

Mas en su pecho traidor
Luzbel encendió un deseo,
y tornóse, entonces, reo
de crimen que causa horror.
Prendóse de mí el tutor;
no hallando correspondencia,
al halago y la violencia
y á mil medios recurrió
por lograrme, mas halló
siempre firme resistencia.

Loco ya, desatentado,
y en su vanidad herido,
el amor que había sentido
miró en odio transformado.
Y al crimen precipitado
por la mano de Satán,
concibió un odioso plan
de que no quiero acordarme . . . .
para luego abandonarme
y venirse á Yucatán.

Y á crimen tan horroroso
otro crimen añadió,
pues con mi fortuna huyó
satisfecho y poderoso.
Un porvenir espantoso
desde entonces me esperaba,
y la suerte preparaba
al hijo inocente mío,
porvenir triste y sombrío,
porvenir que me espantaba.

Juzgad, pues, y sentenciad
al autor de mis dolores.
¡Obispos, Gobernadores,
vuestro fallo hoy mismo dad.
Vive mi hijo en la orfandad,
y no hay nadie que me arguya
que no es justo restituya

quien, sin derecho y razón,
retiene, inicuo ladrón,
la fortuna que no es suya."

Así la voz exclamó
con tono estridente y seco,
que en las bóvedas el eco
vagamente repitió.
Luégo otra voz se escuchó
en el púlpito cercano,
y el acento sobrehumano,
que en las bóvedas retumba,
parece que de la tumba
se alza ronco y soberano.

Del triste Gobernador
el sudor el rostro moja,
y crece más su congoja,
y crece más su terror.
Cruel y nervioso temblor
sus fríos miembros agita,
y se extremece y palpita
su angustiado corazón,
y con ronca voz, "perdón"
y "perdón" dos veces grita.

"Campero, dijo la voz,
oye humilde la sentencia

que te dictan la clemencia
y la justicia de Dios.
Pues fuiste del vicio en pos
y en el crimen te manchaste,
y la virtud ultrajaste
de una indefensa mujer,
vas de tu muerte á saber
el instante que olvidaste.

Que entras hoy en agonía
ya tu alma angustiada advierte.
Dispónte. Será tu muerte
dentro de tercero día.
Hacia Dios tu mente guía
y lo ajeno restituye,
que tal acto disminuye
la pena que has de sufrir;
y pues vas pronto á morir,
el mal que hiciste destruye.

Esto la justicia ordena;
mas la clemencia divina,
que siempre al perdón se inclina,
templa y suaviza tu pena.
Al fin la región serena
de los justos hallarás,
y allí el premio gozarás
de quien, humilde y contrito,
confiesa y purga el delito,
como purgándolo estás.

Cayó la voz y Campero
la vista extraviada gira
hacia el púlpito, en que mira
al sacerdote extranjero.
En aquel semblante austero,
con creciente espanto, advierte
que no hay vida, que está inerte,
que en la mirada sin brillo
que alumbra el rostro amarillo,
se está mostrando la muerte.

¡Oh angustioso y cruel tormento!
¡oh prolongada agonía!
José Campero sentía
apagarse el pensamiento.
Los ojos cerró al momento
recordando la función,
y el espantable sermón
creyó volver á escuchar,
y que iba, luégo, á estallar
en su pecho el corazón.

¿Cuánto tiempo estuvo así?
¿cuánto tiempo, frío, inerte,
entre la vida y la muerte
estuvo sufriendo allí?
Jamás la crónica oí
que tal cosa consignara.
Solo afirma el padre Lara

que tanto tiempo sudó,
que absorto el pueblo miró
que el sillón no se secara.

Largas y mortales horas
duró tan fiera agonía;
vino, al fin, la luz del día
con sus tintas seductoras.
Visiones aterradoras,
voces, músicas y canto,
suspiros, quejas y llanto,
indecisa luz y vaga,
todo cesa, al fin, se apaga
como por obra de encanto.

***

Tres días después bajó
Campero á la sepultura,
que una extraña calentura
la vida le arrebató.
Mas al morir ordenó
que una fuerte cantidad
su albacea á la ciudad
de México remitiera,
y que con ella cumpliera
su secreta voluntad.

IDILIO FUNEBRE.

EPISODIO VULGAR.

EN las torres de la Iglesia
toca á muerto la campana,
y es su fúnebre tañido
triste adios que dice á un alma.
Toca á muerto, y en la aldea
están las puertas cerradas,
y las mujeres reunidas
dan al cielo sus plegarias.
Está el hogar desolado,
el hogar que fué de Marta,
y hay llanto en todos los ojos
y hay pena en todas las almas.
La muerta yace tendida
en el medio de la sala,
y en cuatro hachones de cera
se ven temblar cuatro llamas.
El esposo desolado,
en un rincón de la estancia,
da á su dolor libre curso,
dejando correr sus lágrimas.

Terminan las oraciones,
los cuatro cirios se apagan,
y se acercan cuatro amigos . . . .
¡ Se van á llevar á Marta !
En el ataud la ponen,
y el marido se levanta,
y de su pecho un sollozo,
como la tormenta estalla.
Se arrodilla junto al lecho,
estrecha la mano helada
de la muerta, y en la frente
el beso postrer estampa.
Y se llevan á la muerta
á la parroquia cercana,
y al fin se alejan las gentes
de la fúnebre morada.

Y sigue triste el esposo
llorando á la esposa amada,
y una mano cariñosa
su llanto acerbo enjugaba.
La amiga fiel y constante,
la más querida de Marta . . .
¿ Quién mejor que ella podría
consolarlo en su desgracia ?
El uno junto del otro,
con las manos enlazadas,

recibe el uno consuelos,
prodiga la otra palabras.
—¡ Quién cual ella podrá amarme !
el marido, al fin, exclama,
y las fuentes de sus ojos
como ríos se desatan.
—¡ Quién sabe, replícale ella,
no huya de tí la esperanza,
que eres tan noble y tan bueno
que otras hay que mucho te aman.
Y las manos se estrecharon
más y más, y en las miradas
dos relámpagos surgieron
que se confunden y abrazan.

Tres meses después la amiga,
la amiga mejor de Marta,
al esposo consolado
amor eterno juraba.

DOÑA LUZ.

TRADICION POPULAR.

LA Península un tiempo gobernaba
el ilustre Marqués de Santo Floro,
que D. Diego Zapata se llamaba;
sin sangre de judío ni de moro,
que era limpia la sangre que llevaba,
aunque si azul ó roja, yo lo ignoro,
que nunca he visto más que sangre roja,
ó del color de perfumada aloja.

Este Marqués de levantada cuna
tuvo enemigos, ya por justiciero,
(que jamás abrigué yo duda alguna
de que amar la justicia es desafuero,
para gentes á quienes importuna),
ó quizás porque el noble caballero
buscar solía, al par de la justicia,
lucros también con sórdida avaricia.

Y entre los tales enemigos fueron,
si no los más temibles, los mayores,

los que de él beneficios recibieron;
¡que siempre ha sido así! Los regidores
contra el Marqués tan ruda la emprendieron,
de la salud del pueblo celadores,
que era de verse el fiero ensañamiento
del muy ilustre y noble Ayuntamiento.

Quejas lanzó con implacable saña
contra Zapata, ponderando abusos,
ante el noble Virrey de Nueva España
en memoriales largos y difusos;
mas (y esta es cosa que á ninguno extraña,
pues de las cortes son corrientes usos),
no hizo caso el Virrey de tales quejas
que desdeñó por fútiles consejas.

La Asamblea, mirándose vencida
más por la suerte que le fué contraria
que por Zapata y hueste aborrecida,
se decide en sesión extraordinaria,
á dictar cierta enérgica medida
que la haga del poder depositaria;
dar un golpe de estado que otras veces
colmado había su ambición con creces.

Al efecto, la edílica Asamblea,
no á la luz se congrega, ni en paraje
donde la gente á los ediles vea,
(que quien conspira, teme el espionaje),

sino en ausencia de la luz febea
y en privado y no en público hospedaje.
Son de enredos políticos y amores
el retiro y la sombra protectores.

A las diez de la noche, en el momento
en que dió su postrera campanada
el esquilón sonoro del convento,
un edil de su esposa idolatrada
se despide diciéndole :—Presiento
que será la sesión acalorada
y hasta el alba, quizás, volver no pueda :
no me esperes, mi bien, tranquila queda.—

Se oyó de un beso el tentador sonido,
después el golpe de maciza puerta
que hizo al cerrarse temeroso ruido,
y al fin, la calle se miró desierta.
Cuando ya estaba lejos el marido,
su adorada mitad, sola y despierta,
necesaria creyó una compañera
para hacer la velada llevadera.

Iba en su busca ya, cuando un ruido,
como de algo que cae de una altura,
confuso llega á su azorado oído ;
retrocede á su alcoba con premura,
y el ansia de saber qué causa ha sido
la del rumor, el susto y la pavura

de su medroso corazón domina,
y á la osadía y al valor la inclina.

Llega á la alcoba y con sorpresa mira
junto á su lecho conyugal á un hombre
que no se turba al verla ni retira,
y sereno le dice:—No os asombre
el verme aquí ni os arrebate la ira,
que yo os juro, señora, por mi nombre,
y por el vuestro angelical, divino,
que no soy un ladrón ni un asesino.

Tiempo ha que os conocí: vuestra hermosura
grabóse desde entonces en mi alma,
y vuestra imagen, hechicera y pura,
turbó por siempre mi quietud y calma.
Vine á buscar la dicha y la ternura,
vine á pediros del amor la palma.—
Y bañadas en llanto las mejillas
postróse ante la dama de rodillas.

Serénase la dama, y aun la risa
quiere asomarse entre sus labios rojos;
mas tras ellos detiénese indecisa.
Pronto en la luz de los airados ojos
no sin sorpresa el amador divisa
la cólera brotar y los enojos.
Y la dama prorrumpe en frase breve:
—Al instante salid, villano aleve.

¿Qué queréis, qué buscáis? ¿Creéis acaso
que son tan pobres mi honra y mi hidalguía
que obligarme podáis con este paso?
¿Y es tanta vuestra audacia y villanía
que no teméis sufrir ningún fracaso?
¡Qué vana presunción!—Así decía
cuando escucharon, llenos de pavura,
que una llave crujió en la cerradura.

—¡Mi marido, exclama ella, mi marido!
¡Castigado seréis!
—Señora mía,
si es él, perdida estáis y estoy perdido;
mas á ambos nos valdrá la sangré fría
que siempre en estos casos he tenido.
Vuestra honra salvaré con mi osadía.—
Y así diciendo á la discreta dama,
el hombre se metió bajo la cama.

¿Quién aquel hombre fué? ya me parece
que esta pregunta natural escucho
que el lector ó lectora me enderece
que saberlo, tal vez, le importa mucho.
El buen Lara este punto no esclarece,
que era en materia de sigilo, ducho.
Su nombre calla; mas nos da un indicio:
ser paje del Marqués era su oficio.

¿ Qué hacer, oh Dios! La dama vacilante
no sabe si decir á su marido
que el mismo infierno le abortó un amante
sin que lo hubiera á Satanás pedido,
ó prudente callar, y en el instante
en que viera á su esposo ya dormido,
salir haría al amador impuro,
libertándose así del grave apuro.

Se decide, por fin, y cariñosa
va al encuentro del noble caballero,
y el edil en la frente de la hermosa
un beso deposita placentero,
tributo del amor que hacia su esposa
siempre abrigó su corazón sincero.
Tuvo razón para ser confiado,
que nunca su mujer lo había engañado.

—Mi pronta vuelta extrañarás acaso:
pensé, en efeeto, estar la noche entera
buscando solución al grave caso
que así nos impacienta y desespera.
Harto difícil es y audaz el paso;
mas ya pensado había la manera
un edil talentudo, aunque algo vano,
de acabar de una vez con el tirano.—

Alármase la esposa y le pregunta:
—¿ Y por quién dices eso ?—pues creí
que algo el marido suspicaz barrunta
de lo que bajo el lecho se escondía.

—¿ Y por quién ha de ser ? ¿ Quién hay que junta
á la fiera maldad, la hipocrecía,
y al despilfarro la pasión del oro ?
El indigno Marqués de Santo Floro.

Ese Marqués que juzga que no estamos
hechos aquí á comernos *marquesotes*, (1)
cuando por suerte nuestra los hallamos
al alcance de manos y gañotes.
Mañana lo verás, y á verlo vamos,
de rejas al través y de barrotes,
en un lugar que juzgo ya adivinas,
luciendo sus calcetas vizcaínas. (2)

Desnúdase el edil, se va á la cama
sin suspender la plática sabrosa
que descubre los hilos de la trama
municipal á su angustiada esposa ;
apaga Doña Luz la débil llama
del candil chirriador, y temerosa
de algún caso eventual ó contingencia,
se fué acercando al lecho con prudencia.

. . . .
. . . .

¡ Dormía ya el edil ! Favorecida
Doña Luz por la sombra protectora,

(1) Dulce llamado así, muy usado en aquella época.
(2) Así solía llamarse á los grilletes de los forzados.

facilita al intruso la salida:
corre el galán tras ella sin demora,
llevando el alma de temor transida,
hasta el próximo patio. A la señora,
todavía de amor en el exceso,
la audacia tuvo de pedirle un beso.

Escapóse el amante por el muro,
cual siervo que huye la feroz jauría
de estrecho ojeo en el supremo apuro,
y á la casa real sus pasos guía.
Allí cuenta al Marqués su trance duro,
y los planes munícipes confía,
y todo, en fin, lo dice y lo relata
al ilustre D. Diego de Zapata.

Abrázale el Marqués, y la milicia
de la ciudad en el momento junta;
y cuando el alba con su luz inicia
el nuevo día que Saturno apunta,
resplandece en la tierra la justicia.
¿Qué sucede? do quiera se pregunta,
y hay quien diga, (no faltan habladores),
que en la cárcel están los regidores.

Aquí doy punto á la presente historia,
y si ella te agradó, lectora amiga,
sólo te pido para mí la gloria,
(que ella será la sola que consiga),
de que la guardes fiel en tu memoria.
¿La moraleja? ¿Quieres que la diga?
No la violencia ni el rigor se ejerza,
que vale más la maña que la fuerza.

LOS HEROES DE TIHOSUCO.

EPISODIO DE LA GUERRA SOCIAL.

I.

ERA uno de los primeros días del mes de Agosto de 1851, día que se presentaba sombrío y tempestuoso. Oscuras y densas nubes se levantaban en el Oriente, precipitándose en los ámbitos del cielo, como apiñados escuadrones de enlutados gigantes impelidos por el soplo de la tempestad. Las primeras gotas de la lluvia caían sobre las hojas de los árboles, produciendo mil sonidos misteriosos, ó sobre la superficie de la tierra que las sorbía con deleitosa avidez.

Reinaba en el Cantón de Tihosuco el más absoluto silencio.

En una sala de regular extensión, perteneciente al convento, donde se hallaba instalada la Comandancia general, se veía, en los momentos en que comienza nuestro relato, á dos hombres departiendo amigablemente, aunque uno de

ellos daba al otro claras muestras de respeto y sumisión.

Era uno de ellos de estatura regular, grueso, de continente noble y majestuoso y cuyos blancos cabellos indicaban que muchos años habían pasado sobre su frente que se inclinaba ya hacia la tierra, aunque conservando aún ese aspecto de distinción que dan la costumbre del mando y el sentimiento del propio valer. Tenía el rostro completamente afeitado, y á través de los verdes cristales de sus gafas, se veía brillar la intensa luz de su mirada penetrante y enérgica, ante la cual los hombres más audaces se sentían sobrecogidos, á su pesar; más la benévola sonrisa de aquel anciano respetable, sus modales sencillos y su continente todo, en que se admiraba la distinción, unida en feliz consorcio con la modestia más natural, atraía las voluntades más rebeldes, vencía los ánimos más quisquillosos y levantiscos, é infundía la confianza, pero confianza respetuosa y deferente, en los corazones menos abiertos á los suaves sentimientos de la amistad.

Su interlecutor era mucho más joven que él: alto, bien formado, trigueño, de ojos y cabellos negros, era el tipo del soldado valiente, pero travieso y amigo de aventuras, activo y sereno en el momento del peligro, pero dominado por la desidia y la pereza durante la vida monótona é inactiva del cuartel. De pie frente al anciano, que ocupaba una mala silla y descansaba el bra-

zo derecho en los bordes de una mesa que júnto á sí tenía, el joven soldado se expresaba en estos términos, en los momentos en que nosotros hemos podido sorprender el diálogo animado que sostenían:

—La nueva organización de las tropas me parece, al par que buena y apropiada á las circunstancias actuales de la guerra, justa y necesaria; pero tiene, á mi juicio, el grave inconveniente de contentar á unos, que son los que se van, y descontentar á otros que son los que se quedan en el campo de batalla, los que tienen qué continuar en el servicio activo de las armas.

—Es verdad; pero fácil es hacer comprender á los que se quedan, que algunos habían de ser los primeros en disfrutar por algún tiempo de las ventajas del descanso temporal que se les concede y que todos gozarán, á su tiempo, de esa ventaja.

—Nada más lógico; pero haced, mi Coronel, que esta pobre gente que viste harapos, come tortas de maíz y se bate día y noche con un enemigo veinte veces más numeroso, se acuerde de tener lógica: sólo ve que sus compañeros de armas, que sus hermanos se van y sienten la desazón y la inquietud de una ausencia que, á su juicio, los expondrá á mayores peligros y fatigas.

—Teniente Coronel Cepeda, vos lo habéis dicho: la organización de las tropas en móviles y sedentarias no sólo es conveniente, en vista del

estado actual de esta guerra salvaje, que á Dios gracias, va tocando á su término, sino justa y necesaria, pues hay infinidad de esposos que hace muchos años están ausentes de sus esposas, hijos que suspiran por dar un abrazo á sus pobres madres.

—Es verdad; pero el caso es que la desanimación sienta sus reales entre nosotros; que el descontento cunde entre la clase de tropa y aun, necesario es decirlo, comienzan á sentirse esos vagos síntomas que preceden siempre á las insurrecciones y á las asonadas de cuartel. He observado durante la noche ciertas idas y venidas de unos reductos á otros, ciertas conferencias entre los cabos y los sargentos, y aun algunas palabras y frases de doble sentido, que me indican que algo se trama, ó cuando menos, que es grande el descontento que ha causado la salida de la plaza de la mayor parte de la fuerza que la guarnecía.

—Entonces vigilad, vigilad sin descanso, y á la primera señal de insurrección que se presente, si esto se verifica durante mi ausencia, pues sigo mi camino hacia Valladolid, obrad con energía, sin consideraciones á nada ni á nadie. Así he procurado obrar siempre y sabe Dios que, aunque me duele tener qué usar de severidad en ciertas ocasiones, no me ha faltado, sin embargo, la energía necesaria para reprimir los delitos.

—Sé muy bien, señor, que el Coronel Rosa-

do, al par que bueno y condescendiente, sabe ser enérgico cuando es necesario.—Sus órdenes serán cumplidas: se vigilará sin tregua ni descanso.

Así terminó este corto diálogo, saliendo en seguida el Teniente Coronel Cepeda á ocuparse en asuntos del servicio.

II.

Pocos momentos después de esta escena, el ruido sustituyó al silencio que hasta entonces había reinado, las guardias se relevaban unas á otras, se cambiaba á los centinelas, y la actividad y la animación del día sucedieron, en fin, á la tranquilidad de la noche.

Las nubes no se resolvían á descargar sobre la tierra los torrentes de agua de que estaban henchidas; pero el cielo permanecía oscuro y sombrío y los rayos del Sol apenas podían, de vez en cuando, abrirse paso trabajosamente á través de las brumas que lo cubrían, iluminando con escasa y fugitiva luz los estrechos huecos que entre nube y nube dejaban vislumbrar apenas algunos pequeños girones del manto azul del firmamento.

Hacia las nueve de la mañana, poco más ó menos, varios jefes y oficiales estaban reunidos en el mismo salón de que antes hemos hablado, en

los corredores que del convento conducen á la iglesia parroquial ó en una estrecha calleja, que á modo de garganta, une la plaza principal del pueblo, que está al Poniente de la Iglesia, con otra plaza que se halla situada detrás del mismo Convento. Allí estaban los Tenientes Coroneles Cepeda Peraza, Lázaro Ruz, Cándido González y Nicolás Barroso, campeones denodados; los Capitanes D. Felipe Navarrete, pacificador de los pueblos de las inmediaciones de Valladolid, D. Dionisio Valencia y D. Manuel Itugarán, modelos de patriotismo y abnegación ; los Tenientes D. Gregorio Medina, D. Froilán Ruiz, D. Leonardo Falcón y D. Miguel Espinosa, y el Subteniente D. Agustín Muñoz, fieles colaboradores en la gloriosa empresa de reconquistar el país del poder de los salvajes. Los escribientes de la Comandancia D. José E. Marín, D. Félix Arceo y D. Toribio Aguayo, se hallaban en sus puestos respectivos ocupados en sus labores, mientras el Coronel D. José Eulogio Rosado, el invicto campeón de la guerra social, que antes hemos descrito ligeramente, medía con pasos lentos en toda su extensión, la sala en que estaba instalada la oficina. Súbitamente vino á interrumpirle en las profundas reflexiones que lo embargaban, la voz de un oficial, que con acento respetuoso y dando muestras de temer ser importuno, dijo :

—Mi Coronel, la tropa repugna el rancho y un soldado se ha resistido á recibir el suyo, pro-

firiendo al mismo tiempo palabras inconvenientes.

—¡Cómo! ¿y qué tiene el rancho para que así lo repugnen?

—Mi coronel, creo que el rancho no es más que un pretexto, pues por lo que he podido comprender, la verdadera razón del descontento que empieza á notarse entre las tropas, es la de haber sido retirada á sus hogares una parte de la guarnición.

—Entonces, Capitán, si es así, mandad poner en la manta á ese soldado díscolo y que le den algunos palos para que el rancho le parezca menos repugnante.

—Está bien, mi Coronel, replicó el Capitán, que era Comandante de un cuartel, y saludando militarmente, fué á cumplir la orden que había recibido.

Pocos momentos después, se oía el ruido de las cajas y cornetas con que se intentaba ahogar, sin conseguirlo por completo, los lamentos que lanzaba el infeliz soldado, que había tenido la inoportuna ocurrencia de querer gozar de las dulzuras de un rancho menos mal condimentado y de olvidar las mejor guisadas prevenciones de la Ordenanza militar.

III.

Todavía el ruido de los atambores y cornetas

y los lamentos del soldado llenaban el aire, cuando se oyeron las detonaciones de varias armas de fuego, al mismo tiempo que voces confusas y gritos sediciosos en varios puntos de la línea. Algunos jefes y oficiales se dirigieron precipitadamente á la Comandancia, y llegaron jadeantes al mismo tiempo que el Coronel Rosado salía del convento y penetraba en la calleja de que antes hemos hablado, con el objeto de informarse de lo que ocurría. Uno á uno fueron llegando Cepeda, Ruz, González, Barroso, Navarrete, Valencia, Iturrarán, Medina, Ruiz, Falcón, Espinosa y Muñoz, uniéndose al grupo los escribientes de la Comandancia Marín, Arceo y Aguayo, el sargento D. Nabor Valencia y el asistente D. José Ma González (1). Informado el Coronel Rosado de que los cuatrocientos hombres que componían la guarnición se habían sublevado al grito sedicioso de ¡mueran los jefes y oficiales! mandó ocupar inmediatamente el cuartel de artillería, que estaba situado á pocos pasos de distancia del lugar en que se hallaban, y en el cual estaba cargada una pequeña pieza de artillería, pero sin su correspondiente dotación de artilleros, que estaban complicados en la revuelta.

(1). Además de estas diez y siete personas que permanecieron fieles al Coronel Rosado, había algunos otros sargentos y oficiales que no tomaron parte en la sublevación, pero que no tuvieron tiempo de unirse al grupo, quedando envueltos y confundidos entre los sublevados.

Antes de esto había mandado ya el mismo Coronel Rosado que varios jefes fueran á intentar que las tropas volvieran al orden ; pero aquellos habían vuelto precipitadamente declarando que no fueron obedecidos.—El último que llegó fué Cepeda, quien le dijo :—Señor, todo es inútil, esa gente no escucha razones ni demuestra temor á las amenazas: he pretendido hacerlos maniobrar y no han obedecido.

—Entonces no nos queda más recurso que morir matando: ocupad el cuartel de artillería y disparad en el momento en que se presenten esas turbas.

Así se hizo y ya era tiempo, pues en ese instante se dejaron ver en todas direcciones las guerrillas de los sublevados que avanzaban resueltamente haciendo fuego sobre aquel pequeño grupo de jefes y oficiales, compuesto solamente de las diez y ocho personas que antes hemos nombrado. Serenos ante aquel peligro inminente y que parecía imposible que pudiera ser vencido; resueltos á morir antes que dejarse intimidar por aquella turba de insubordinados, los jefes y oficiales contestaron el fuego de fusilería con un disparo del pequeño cañón y con los tiros del único fusil que portaba el sargento D. Nabor Valencia, quedando el grupo esperando la hora de habérselas cuerpo á cuerpo con los sublevados.

Los momentos eran solemnes.

El estampido del cañón contuvo por un ins-

tante á los agresores, mientras el humo de los disparos envolvía como en una nube á aquel grupo de valientes; pero la impresión producida por el rugido del cañón pasó bien pronto y el humo se desvaneció impelido por el aire húmedo y fresco que soplaba en aquel día de tormenta.

Los recursos se habían agotado por una y otra parte.

Los agresores, armando entonces bayonetas, se precipitaron como un torrente sobre el grupo de aquellos diez y ocho héroes.

El cielo dobló sus crespones, haciéndose más densa la obscuridad de la atmósfera.

Los relámpagos surcaron, como serpientes de fuego, la inmensa extensión del firmamento; se dejó escuchar el ronco estampido del trueno y las nubes dejaron caer parte del agua que contenían.

IV.

Poco mérito hicieron, sin embargo, los amotinados de las iras del cielo, pues continuaron avanzando hasta el instante en que el sargento Desiderio Huerta, que iba á la cabeza de la primera columna, dirigió la punta de su bayoneta contra el pecho del Coronel Rosado . . . Entonces éste, en vez de retroceder, avanzó con serenidad y, poniéndose la mano derecha sobre el corazón, exclamó:

—¡ Hiere aquí, si te atreves, insubordinado! Hiere . . . aquí esta mi pecho . . . aquí está mi corazón . . . ¿ Qué esperas ? ¿ Por qué vacilas? Hiere . . .

Y luégo, dirigiéndose á todos los amotinados continuó:

—Hieran, sí, aquí está vuestro Jefe; pero bien pronto se levantará el Estado entero clamando venganza por mi sangre derramada y recibiréis entonces el terrible castigo que merece vuestro crimen . . . ¿ Qué es lo que queréis ? ¿ qué es lo que pedís? ¿ la muerte de vuestros Jefes? Pues bien, aquí no hay más Jefe que yo . . . Me pongo en vuestras manos . . . Herid, matad, aquí está mi pecho, aquí está mi corazón.

Al escuchar aquella voz imponente que tantas veces los había conducido á conquistar los lauros de la victoria; al contemplar aquella figura majestuosa que se elevaba como la estatua del valor sobre su pedestal de granito, desafiando las iras del cielo y la cólera de los hombres, aquellas turbas se sintieron dominadas por una fuerza misteriosa. El sargento que había amenazado el pecho del Coronel Rosado, en vez de consumar su obra, se llevó el fusil al hombro, y los demás, como impelidos por una mano invisible, imitaron al sargento y fueron formando guerrilla tras guerrilla frente al grupo de los jefes y oficiales, hasta completar los cuatrocientos hombres que componían la guarnición.

Queriendo aprovechar el Coronel Rosado esta ventaja, dió la voz de descansar las armas; mandato que obedecieron los sublevados como movidos por un resorte. Su voz se dejó escuchar de nuevo mandando «armas al hombro,» y obedecieron de igual manera; pero al mandar «flanco derecho,» no se movió uno solo.

Entonces el Coronel Rosado mandó que sus diez y siete compañeros se distribuyeran á lo largo de la columna, para que si á la segunda orden volvían á desobedecer, obraran todos con la energía que era necesaria contra los que resultaran cabecillas de la rebelión. Así se hizo, y dada de nuevo la voz de mando, que volvieron á desobedecer, los diez y siete oficiales se arrojaron contra los que juzgaron cabecillas, y en el acto los desarmaron. Tanta resolución y energía intimidó al resto de las tropas que obedeció ya la voz del Comandante en jefe, dirigiéndose por fracciones á ocupar sus puestos y cuarteles.

El Sargento D. Nabor Valencia fué el único de los diez y ocho que resultó herido.

Temeroso el Coronel Rosado de que semejante hecho se repitiera, decidió pedir auxilio á los cuarteles de Peto y Valladolid y á los cantones más cercanos; misión que fué confiada al capitán D. Felipe Navarrete y al Teniente D. Miguel Espinosa.

En efecto, como á las cinco de la tarde del día siguiente, ya el Coronel Rosado contaba con los

auxilios necesarios para castigar á los delincuentes y para reorganizar la guarnición: el sargento Desiderio Huerta y seis individuos más sufrieron la última pena, castigo severo impuesto por el Coronel Rosado, á pesar de repugnarlo su noble corazón, porque era el único medio que podía emplearse para restablecer la disciplina y devolver á la autoridad el prestigio que se había amenguado considerablemente con los hechos escandalosos que acababan de tener lugar.

Así terminó aquella rebelión, que pudo causar al Estado grandes amarguras, ante la firme y resuelta actitud de diez y ocho hombres, diez y ocho héroes que se cubrieron de gloria inmarcesible en aquel día memorable!

LA REALIDAD DE UN SUEÑO.

TRADICION POPULAR.

(A JUAN F. MOLINA SOLIS.)

I.

MUCHOS años después de la fundación de Campeche, no existía aún la población que lleva el nombre de Hecelchakán, y en el lugar que ocupa, sólo se veía la falda de una sabana extensa, limitada desde el N. E. hasta el Sur por las ondulaciones de la sierra, y hacia los otros lados, por espeso bosque compuesto de árboles de talla gigantesca. El conjunto que formaban la cordillera, el bosque y la sabana, era de lo más agradable y pintoresco: la superficie inmensa de la última hallábase cubierta por la alfombra natural de verde zacatillo, en cuyas delgadas hojas veíanse brillar, como diamantes heridos por los rayos del sol, las blancas gotas del rocío; el bosque, limitando por algunos lados la sabana, se

extendía en ancha y dilatada curva luciendo la exuberante frondosidad de sus árboles, cuyas copas elevándose majestuosamente, se destacaban sobre el fondo azul de un cielo iluminado por los fulgores de un sol tropical, y la cordillera, en fin, cerraba el horizonte por otros lados, con la serie interminable de sus cerros y montículos. En el fondo de aquel hermoso bosque, hacia el norte de la sabana y en un espacio desprovisto de árboles, abría su ancha boca un cenote ó pozo natural, cuyas aguas cristalinas comunicaban mayor frondosidad y frescura á aquel paraje delicioso. El agua de la fuente subterránea y la sombra bienhechora de los árboles, cuyas ramas se entrelazaban formando bóvedas inmensas de verdura casi impenetrables á los rayos del sol, atraían constantemente aves de todas formas y colores que turbaban el silencio augusto de la naturaleza, con las melífluas notas de sus cantos y gorjeos. Esparcidas aquí y allá, sin orden ni concierto, veíanse en derredor del pozo grandes piedras de rara blancura y de variadas y distintas formas, bancos naturales que la pródiga naturaleza colocó allí para brindar con el descanso al fatigado peregrino. Natural era, pues, que aquel sitio ameno y delicioso sirviera, en efecto, de descanso y de solaz, en la época á que nuestro relato se refiere, á todos los viajeros que transitaban *el camino real*, como entonces se decía, que conduce de Mérida á Campeche; razón por la cual los

naturales del país le llamaron HELELCHAKÁN ò *X-helebchakán*, que en romance quiere decir: sabana del descanso.

Los viajeros que venían casi siempre á pie, á caballo ó en literas, venciendo largas distancias y sufriendo los rayos abrasadores de un sol canicular, hallaban en Helelchakán, como las caravanas que atraviesan los desiertos del Asia, un verdadero oasis con que en aquel sitio les brindaba la Naturaleza: ofrecíales la fuente sus aguas frescas y cristalinas para calmar las exigencias de la sed; el follaje su sombra misteriosa y protectora; los árboles del bosque que ahí crecían espontáneamente, sin necesidad de los cuidados del hombre, sus frutos tropicales; los pájaros, que anidaban á millares en las frondosas copas de los árboles, sus dulces y acompasados gorjeos, y la sabana y la cordillera, en fin, recreaban los ojos con agradables y sorprendentes perspectivas.

En este paraje ordinariamente solitario, en que tantas veces dieron descanso á sus fatigas los viajeros que iban á Campeche ó venían de esta ciudad y puerto, tuvieron lugar las tiernas y sencillas escenas que vamos á referir.

II.

Asegura la tradición que ya antes de la época en que fué fundada la hoy villa de Hecelchakán,

había comenzado á celebrarse en Campeche la fiesta del Santo Cristo llamado de Amor, fiesta que, como es sabido, tiene lugar anualmente en el mes de septiembre, en la Ermita de San Román, que se halla á extramuros de la ciudad. La tal fiesta, desde entonces, era motivo de religiosa peregrinación, como la antigua de Santiago de Compostela en la Madre Patria; y era de verse cómo afluían de todos los puntos de la Península, ora sacerdotes que iban á auxiliar á los del puerto en sus faenas religiosas, ora enfermos que iban en busca de la salud que esperaban obtener del Cristo milagroso, ora verdaderos peregrinos ó *romeros*, como hoy se dice impropiamente, que hacían el viaje con el objeto de cumplir una promesa, ora en fin, traficantes y mercaderes, tahures y desocupados y gentes de todas clases y condiciones que acudían á caza de utilidades y granjerías, al par que de zambras, cañas, toros y jaleos. Y como la mayor parte de los caminos públicos en esa época no alcanzaban la categoría de carreteras, quedándose modestamente en la de sendas ó simples caminos de herradura, estrechos, colmados de fango ó pedregosos, y por otra parte los carruajes andaban tan escasos como hoy las buenas intenciones, los concurrentes á la tal fiesta hacían su entrada triunfal á la hoy murada ciudad de los *pámpanos* y los *marañones*, ya en mulas, caballos y literas ó ya simplemente á

pie, que es el medio más natural, seguro y económico de locomoción terrestre.

Como el bosque de Helelchakán estaba situado sobre la única carretera que existía *in illo tempore*, casi todos los viajeros tenían qué reconocer aquel paraje, que se convirtió en punto de descanso; y á medida que iba acrecentándose la fiesta de San Román, y haciéndose, en consecuencia, más y más considerable el número de gentes que á ella afluía de todos los pueblos y ciudades de la Península, más y más visitada y concurrida se hallaba Helelchakán, de tal manera que, durante el mes de septiembre de cada año, el bullicio y la animación sucedían al silencio y soledad habituales del ameno bosque. Allí se reunían diariamente diez ó doce familias, con sus respectivas cabalgaduras, que convertían el bosque en fonda ó casa de posada, más agradable que otras muchas que aspiran á estos títulos, con muy escasos méritos para ello, á pesar, ó quizás por esto mismo, de que las sillas y las mesas de la tal fonda, los proporcionaban las piedras esparcidas en los alrededores del cenote, y el techo las copas sombrosas de los árboles. Tan numerosa concurrencia atraía, como suele suceder en tales casos, á los habitantes de los pueblos próximos á Helelchakán, entre los qûe se contaban ya, Pocboc, situado á una y tres cuartos de legua hacia el Norte y Pomuch, á legua y cuarto al Sur del mismo Helelcha-

kán; pero los habitantes de una pequeña aldea de indios ó naturales del país, situada á tres leguas, poco más ó menos al Oriente del bosque del descanso, llamada Xkalunkin, fueron los que mayores ventajas procuraron obtener de los viajeros. Más activos ó emprendedores los tales indios de Xkalunkin que los habitantes de las demás poblaciones cercanas, afluían al bosque en mayor número y mejor provistos de vituallas, levantando, al fin, algunas humildes barracas que los protejiera de las inclemencias del tiempo. Durante los días de la fiesta campechana, convertíase, pues, Helelchakán, en pequeña, pero animada población, en que ya no solo se escuchaban los alegres gorjeos de los pájaros y el blando susurro del terral entre los juncales de la sabana, sino también las voces, risas y canciones de los viajeros y las armonías de las bandolas y guitarras, que ora se mezclaban á los ruidos de la naturaleza durante el día, ora interrumpían el silencio imponente y misterioso que reinaba durante las altas horas de la noche.

III.

Aunque el manuscrito que tenemos á la vista fué escrito en Helelchakán, no consigna la época en que se realizaron los acontecimientos que vamos á referir y confiesa su autor, por el con

trario ,que á pesar de los esfuerzos que empleó para averiguarla, no pudo conseguirlo. La tradición oral, única luz que sirvió de guía al cronista mencionado para referir los hechos, se limita á consignar éstos sin precisar la época en que se verificaron. Así procederemos nosotros, pues no hemos sido más afortunados en nuestras indagaciones que el autor del manuscrito. (1)

Hacia fines de un mes de agosto caminaban rumbo á Campeche, caballeros en sendas mulas, un joven que frisaba apenas en los diez y ocho años y una señora de edad ya avanzada, que se detenían algunas veces para informarse de los viajeros que hallaban á su paso, de las distancias que mediaban entre unos pueblos y otros y de las jornadas que tenían aún qué hacer para llegar á Campeche. Era el joven de regular estatura, de color trigueño, aunque claro, de frente ancha y despejada y ojos garzos, grandes, expresivos y de mirada tranquila y apacible que revelaba los nobles sentimientos de su corazón y la dulzura de su carácter. Servía de marco á este rostro ovalado y correcto, una cabellera abundante y de color castaño que bajaba en largos rizos casi hasta tocar sus hombros, realzan-

(1) La fundación del pueblo de Helelchakán debió haberse verificado á fines del siglo 16 ó principios del 17, pues Cogolludo habla del Convento de dicha población como ya existente en 1621.

do en gran manera la hermosura varonil y aumentando la gentileza y gallardía de aquel joven, cuyo origen español era indudable. La salud y la vida manifestábanse en aquel cuerpo robusto y lozano, que hacía recordar la naturaleza privilegiada de los indomables conquistadores del país, de esa raza de héroes legendarios que produjo la noble tierra de los Cides, Alfonsos y Guzmanes. Era la dama, por el contrario, enfermiza y achacosa; y aunque podían descubrirse aún en su rostro las huellas de una hermosura que no debió ser despreciable, sus facciones, ajadas y marchitas como flores mustias, su mirada lánguida y triste, en la que no brillaban ya los fulgores de la juventud y su color cadavérico y amarillo, deslucían la regularidad de sus facciones y ocultaban la antigua gracia y gentileza que adornaron su persona. A pesar de estas circunstancias contrarias, revelábase en su semblante la exquisita bondad de sus sentimientos y admirábase en su porte cierta nobleza, cierta majestad que se imponían, haciéndola amable y simpática, al mismo tiempo que respetable.

Conocíase que ambos viajeros hacían por primera vez el viaje al puerto de Campeche, pues como antes hemos dicho, inquirían de cuantas personas encontraban por el camino las distancias que mediaban entre las poblaciones del tránsito y otras noticias relativas á la ruta que llevaban.

Iba la dama por delante y tras ella, á cierta distancia, el joven absorvido, al parecer, en profundas meditaciones que, al fin, interrumpió exclamando, al mismo tiempo que espoleaba su cabalgadura para alcanzar á su compañera :

—Si alguna vez llegases á la sabana de Helelchakán, situada en la carretera de Campeche, buscarás entre las piedras que están esparcidas en el bosque, dos letras grabadas en dos columnas. Esto me dijo muchas veces mi padre, madre mía, y repitiómelo pocos días antes de morir.

—¿ Dos letras ? ¡ ah sí, me parece recordar que tu padre me habló alguna vez de ellas. Esas letras . . .

—Son una A y una P, iniciales del nombre y apellido de mi abuelo, quien las grabó cierto día que, rendidos de cansancio y de fatiga y atormentados por el hambre y por la sed, acamparon allí los conquistadores.

—En efecto, tu abuelo se llamaba Alfonso Pérez.

—Y grabó sus iniciales porque encantado de la amenidad y belleza de la sabana y sus alrededores, concibió la esperanza de edificar allí una casa de campo en que pudiera pasar los últimos días de su agitada vida y dormir, después de ella, el sueño de la muerte.

—Esperanza que no pudo realizar : la vida de los conquistadores fué vida de continua agitación y de combate, y cuando tu abuelo comenzó

á gozar de paz y tranquilidad, cuando la conquista estaba ya terminada y afianzado por muchos años el dominio español sobre esta tierra, vino la muerte á poner fin á una vida consagrada siempre al servicio de su Rey y de su Patria.

—A. y P. Estas iniciales también son las de mi padre que se llamó Antonio Pérez y son las vuestras, madre mía, aunque en orden inverso, Petrona de Aguilar, y aun pueden indicar mis dos apellidos, Pérez y Aguilar. Esto me parece providencial, y no sería extraño que, andando el tiempo, viniera yo á ser poseedor de ese pedazo de tierra.

¡Tal era la secreta esperanza que abrigaba el corazón de nuestro joven viajero!

IV.

El bosque de Helelchakán estaba solitario.

El día se presentaba claro y sereno, el cielo estaba limpio y despejado y el sol, asomándose por encima de la hermosa cordillera, iluminaba aquel cuadro espléndido que era una de las más bellas manifestaciones de la naturaleza.

Las seis de la mañana serían cuando nuestros viajeros penetraron en la sabana del descanso. Ya que el joven pudo abarcar con la vista aquel panorama que ante él se desarrollaba, quedóse suspenso y maravillado gozando en su contem-

plación; mas al fijar sus miradas en los árboles gigantes del majestuoso bosque, no pudo dejar de exclamar:

—He aquí que llegamos al nuevo edén! Este es ¡oh madre mía! un paraíso terrenal que en nada debe envidiar al primero. ¡Qué hermosura! Durante todo el camino he venido pensando en la sabana; pero confieso que mi fantasía no pudo representármela tal como es. ¡Con cuánta razón pensó mi abuelo vivir y morir aquí, lejos de los hombres y entregado á la contemplación de esta naturaleza rica y exuberante!

Así exclamó el joven en tanto que, echando pie á tierra, se ocupó en detener la cabalgadura de su madre.

La señora, arrebujada en ancha colcha de algodón para preservarse del aire frío de la mañana, no se había fijado aún en las bellezas del paraje á que estaban arribando; mas excitada su atención por el entusiasmo de su hijo, dirigió sus miradas hacia el bosque y la sabana y hacia las crestas azules de la cordillera, iluminadas por los dorados rayos del sol saliente, y maravillada y sorprendida, como su hijo, se entregó á la contemplación de aquel hermoso espectáculo. Pero si la admiración del jóven Pérez Aguilar se manifestaba en ímpetus de alegría y en raptos de entusiasmo, la contemplación de la dama hallábase llena de sorpresa dolorosa que se revelaba en las contracciones de su semblante. La dama

no veía sino devoraba, por decirlo así, con dolorosa ansiedad las bellezas que se desarrollaban ante sus ojos.

—Este es, exclamó, éste el paraje que soñé ¡oh Dios mío!

Y desatáronse las fuentes de sus ojos, corriendo con abundancia el raudal de su llanto en sus pálidas y descarnadas mejillas. Hondos suspiros se escaparon de sus labios, y el eco de sus quejas, turbando el silencio que reinaba, llegó á ser escuchado por su hijo, que habiéndose apartado de ella después de haber detenido sa cabaldura, parecía buscar alguna cosa bajo los arboles del bosque.

Al escuchar los lamentos de su madre, corrió el joven apresuradamente hacia ella preguntándole la causa de su inesperado llanto; mas ella, procurando serenarse, le indicó que la apeara, lo que él hizo así, y ayudándola á dirigirse hacia una de las piedras más próximas del bosque, sentóla en ella.

El silencio reinó algunos minutos entre ambos personajes; la dama lloraba amargamente y el joven, de pie y á respetuosa distancia, la contemplaba con los ojos humedecidos también por las lágrimas y revelando en su semblante la honda pena que le causaba ver sufrir á aquella de quien recibió la vida. Como la aflicción de la señora, lejos de calmarse, cada vez crecía más, fué ya imposible que su hijo siguiera guardan-

do silencio; aproximóse, y sentándose junto á ella en la misma piedra, tomó una de sus manos, huesosa y fría, entre las suyas, ardientes y robustas, y con voz llena de suavísima ternura, voz entrecortada á veces por los esfuerzos que hacía para comprimir los sollozos, le dijo:

—No es bueno que os entreguéis así al dolor. Vuestra enfermedad no es incurable, y aliéntame la esperanza de que este viaje que hemos emprendido para buscar un alivio á vuestras dolencias, no será inútil ó infructuoso. Dios premiará, sin duda alguna, la gran fe que os guía al santuario del Cristo de Amor, y pues es todo amor y misericordia, os devolverá la salud que os falta.

—No quisiera afligirte, hijo mío; pero han sido vanos mis esfuerzos para contener y disimular las manifestaciones de este dolor profundo que me agobia. Veo con tristeza infinita que la vida se me escapa; que la muerte sigue mis pasos ya muy de cerca, y sólo falta que alargue la mano para apoderarse de su víctima; que mi último día, en fin, está muy próximo. Y no es precisamente la idea de la muerte la que me entristece y me acongoja, sino ¿por qué no decírtelo ya? la de dejarte solo en el mundo, sin un guía prudente y cariñoso que te dirija por sus ásperos senderos, guía que te es aún necesario, pues apenas estás franqueando las puertas de la juventud.

—No os entristezca semejante idea; soy hom-

bre ya, y vuestros consejos, que jamás olvidaré, serán la luz que me guíe, la fuerza que me aliente y el escudo que me proteja del mundo y de mí mismo. ¿ Pero á qué hablar de estas cosas que afligen y conturban vuestro ánimo? Hablemos de nuestras esperanzas en vuestra pronta y radical curación : el físico (1) de Mérida nos ha dicho que este viaje y las distracciones que proporciona, os serán muy provechosos.

—Hijo mío, siempre que los físicos quieren desembarazarse de los enfermos que no tienen remedio, les recetan viajes y peregrinaciones. Pero tienes razón: hablemos de otra cosa. ¿ Qué buscabas entre los árboles del bosque?

—Las iniciales de que antes os hablé. Allí están, efectivamente, grabadas en dos columnas que formaron parte en otro tiempo de algún suntuoso edificio construido por los antiguos moradores del país. A. P. — Alfonso Pérez, mi noble abuelo, el valiente soldado conquistador que duerme hoy el sueño eterno y cuya tumba he visitado tantas veces en Santiago de Mérida.

—Esas piedras servirán de tapa á mi sepulcro.

—Por Dios, madre mía, desechad, por fin. esas lúgubres ideas.

---

(1) Nombre que se daba entonces á los médicos y curanderos.

—Si no puedo, si me es imposible pensar en otra cosa. Escucha, pobre hijo mío, y comprenderás por qué razón estoy íntimamente convencida de que mi fin se acerca. Habrá cosa de un mes que cierta noche, en que pude conciliar el sueño después de largas horas de insomnio, causado por mis dolencias físicas y por el tenaz re cuerdo de tu padre, soñé que me hallaba en un bosque delicioso: árboles gigantes elevaban sus copas opulentas, cargadas de gotas de rocío; los pájaros retozaban alegres en las ramas saludando con sus cantos la aparición del sol; el cenote, abriendo su ancha boca en un espacio formado por la ausencia de los árboles, dejaba ver allí en el fondo semi-oscuro, la tersa superficie de sus aguas; la sabana inmensa, extendiéndose por un lado hasta confundirse con la línea lejana del horizonte, aparecía á mis ojos como un mar, cuyas ondas apenas eran movidas por el soplo de un viento suave, y la sierra, en fin, por otros lados, limitaba el horizonte sirviendo como de marco á aquel cuadro sorprendente.

—Pero me estáis describiendo, madre mía, el paraje en que nos hallamos.

—Precisamente. Aquel bosque era este bosque, aquella sabana esta sabana, aquella sierra, la sierra que vemos: yo soñé el paraje que estamos contemplando, yo soñé á Helelchakán. ¿Pero sabes en qué estado me hallaba cuando veía en sueños el bosque delicioso del descan-

so? ¡Estaba en agonía! Sí, yo he soñado morir aquí, aquí, hijo mío!

Y otra vez el llanto y los sollozos embargaron la voz de la afligida dama.

—¿Pero habíais visto alguna vez Helelchakán?

—Nunca, y esto te probará que mi sueño no ha sido más que un aviso de Dios.

—Los sueños nada significan.

—Algunas veces, sí. ¿No recuerdas que las Sagradas Escrituras refieren los sueños de Faraón, interpretados por José, y el de Nabucodonosor, interpretado por Daniel?

—Pues bien, madre mía, yo seré vuestro José ó vuestro Daniel. ¿Sabéis lo que vuestro sueño significa?

—Sí, ya te lo he dicho, que aquí he de morir.

—Pues bien, sí, así será; pero no en la época que vos creeis. Voy á deciros la causa de vuestro sueño y á daros en seguida su interpretación. Alguna vez oiríais de boca de mi padre la descripción de estos amenos lugares, mezclada con recuerdos de mi abuelo, y vuestra imaginación impresionable, retuvo las imágenes del relato, que borradas por el tiempo, volvieron á presentarse esa noche con motivo de los recuerdos que de mi padre habíais hecho durante vnestro insomnio. He aquí todo. Ahora ¿queréis la interpretación? Pues allá va. Cuando mi abuelo, rendido por el hambre y la fatiga, llegó á este bos-

que en que halló el descanso, que tanto ambicionaba, debióle parecer mucho más hermoso y agradable de lo que es en realidad, y natural fué, que tras el deseo de vivir y morir aquí, viniera la esperanza de fundar en estos lugares una nueva población formada por los hombres de su raza, poblada por sus descendientes. Mi padre alimentó igual esperanza, que tampoco pudo realizar, y en mí siento igualmente, madre mía, el mismo deseo, la misma aspiración : vivir y morir aquí, legando á mis descendientes este pequeño paraíso. Y si yo he de vivir y morir aquí, claro es que vos también viviréis en estos lugares y hallaréis, al fin, en ellos vuestra tumba; pero tal cosa no será sino después de largos años de vida, de salud y de felicidad.

V.

Dejaron, al fin, nuestros viajeros la sabana del descanso, continuando su camino rumbo á Campeche. Habían avanzado apenas como una milla por la ancha carretera, cuando hallaron á un anciano y tres mujeres de la clase aborigen, que regresaban de Campeche, á donde fueron á abastecerse de frutas, pescado y otras mercancías para vender á los viajeros que pasaran por la sabana del descanso durante la fiesta próxima de San Román. Detuvo el joven Pérez su cabalgadura, y como solía hacerlo con los tran-

seuntes que hallaba al paso, dirijióse al anciano interrogándole acerca de la distancia que les faltaba vencer para arribar al puerto. Detúvose el anciano, y después de saludar con respeto al joven español, como entonces se decía de todos los de este origen, fueran ó no nacidos en la tierra, informóle minuciosamente de cuanto saber quería. Aproximóse, mientras tanto, una de las tres mujeres ofreciendo á la señora pan de trigo y pescado, con tal naturalidad, despejo y cariñosa solicitud, que no pudo dejar de ser aceptada la oferta con sincero agradecimiento.

—Gracias, hija mía, dijo la dama, nunca olvidaré esta demostración de afecto. ¿Cómo te llamas?

—María, vuestra humilde servidora.

—¡María, bello nombre! ¿En dónde vives?

—Soy natural de Xkalunkin, pequeño pueblo situado poco más de tres leguas al Oriente de Helelchakán; pero empiezo á ser vecina de este último lugar, en el que os habréis detenido algunas horas.

—Sí, hemos descansado en la sabana cerca de dos horas, y por lo mismo, extraño oirte decir que habitas en Helelchakán. ¿Cómo puede ser esto? No he visto ahí habitaciones de ninguna clase y no creo que vivas bajo los árboles del bosque.

—En efecto, mi casa que es la vuestra, no se divisa desde el punto en que regularmente se

detienen los viajeros, pues se halla situada como á cuarenta *mecates* al poniente del cenote y del bosque que habéis visto. Ahí me está fomentando un paraje ó sitio ese anciano que veis departiendo con ese joven que, sin duda, es vuestro hijo.

—¡Cómo! ¿pues ese anciano no es tu padre?

—No, señora, ese anciano que veis es hermano menor de mi pobre padre, que pasó ya á mejor vida, contestó María. Es pues, mi tío,—añadió,—y recogióme en su casa, después de la muerte de mi padre, criándome, educándome y queriéndome como á hija propia suya.

—Pues bien, María, á mi vuelta de Campeche, que será inmediatamente después de la fiesta de San Román, tendré el gusto de visitarte en tu nueva vecindad y de llevarte algún obsequio, que aceptarás como una pequeña muestra de la simpatía que has sabido inspirarme.

—Gracias, señora, replicó María con sincero júbilo, os espero con impaciencia en esa que es vuestra casa.

—Me has preguntado si ese joven, que ves ahí, es hijo mío; sí, María, es hijo mío y vas á conocerle.

—Juan, dijo la señora alzando la voz, aproxímate, ven á compartir conmigo el obsequio de esta joven.

Aproximóse Pérez, acudiendo al llamado de su madre, quien le dijo:

—Quiero que conozcas á esta joven que me ha agasajado con tanta sinceridad como cariño y que participes de su obsequio.

—¿Quién es ella, madre mía.?

—Una paloma que está fabricando su nido en las cercanías del bosque de mi fatal sueño.

—Os suplico, madre mía, que olvidéis vuestro sueño, que tal idea, fija sin cesar en vuestra mente, puede influir de una manera dañosa en vuestra quebrantada salud.

—No os privéis, señora, de lo que os he dado, que me queda aún bastante para vuestro hijo, exclamó María, brindando al joven con otra porción de pan y de pescado. Y Pérez Aguilar, al recibir el obsequio con que se le brindaba finamente, fijó en la bella María una mirada indagadora con el fuego propio de su edad. Al sentirse María bajo la influencia de aquella mirada ardiente y profunda, emociones para ella extrañas y desconocidas, sentimientos que jamás había experimentado, alzáronse en el fondo de su inocente corazón como encendidas llamas, cuyo reflejo dejóse ver en sus mejillas que se colorearon con las tintas de la aurora. Bajó María la vista, y confusa y turbada, ni halló palabras qué decir ni postura qué tomar.

—María, díjola Juan, me alegro de saber que eres vecina del bosque delicioso del descanso: tal paraje cuadra perfectamente á su moradora. A nuestro regreso de Campeche, que será pron-

to, tendremos el placer de visitarte y corresponder á tu afectuosa solicitud. Y alargando la mano, estrechó tan fuerte y expresivamente la pequeña de María, que crecieron la emoción y el embarazo de la pobre joven, que no se daba cuenta de aquella demostración de afecto inusitada. Ella, sin embargo, sin saber lo que hacía, sin darse razón de su proceder y dejándose guiar únicamente de un secreto impulso de irresistible simpatía, de cariñoso instinto, correpondió á la presión con otra presión igual, nerviosa y elocuente. ¿Puede el cuerpo lanzado al espacio, dejar de caer sobre la tierra, solicitado por una invencible atracción? ¿Por qué el polen se levanta en alas del zéfiro y va á fecundar el seno de la flor? ¡Fuerzas misteriosas esparcidas en la Naturaleza, vosotras unís en íntima y secreta lazada á unos seres con otros seres, vosotros sois la cadena invisible, el lazo del amor, la fuerza incontrastable que confunde en un todo armónico las diferentes partes que componen el mundo natural y visible! Y así como en la Naturaleza corpórea existen esas atracciones, esas fuerzas invencibles que unen á unos seres con otros, así también existen en el mundo moral corrientes misteriosas que unen á las almas en eterno, en indisoluble consorcio! Esas corrientes se llaman el AMOR.

Pero el amor, diréis, puede nacer así de una manera súbita, al calor de una sola frase, bajo la

influencia de una sola mirada? ¿Podrá llamarse amor á esa emoción indefinida, á ese sentimiento vago é inexplicable afin, que se levanta en el corazón de dos personas que se ven por la vez primera? Y yo os diré que si no es un amor profundo, tal como suelen formarlo el trato íntimo y frecuente, sí son las primeras manifestaciones, los primeros brotes, los primeros estremecimientos del amor.

Sí, Juan y María comenzaron á amarse desde aquel momento feliz en que se cruzaron los rayos ardientes de sus miradas, comenzaron á amarse y ellos no lo sabían, ni podían explicarse la causa misteriosa de su turbación y sobresalto.

Despidiéronse, al fin, ambos grupos de viajeros, continuando cada uno la ruta que seguían.

VI.

Holgáranos de poder explicar y definir á nuestros benévolos lectores, las emociones, inquietudes y desasosiegos, que desde aquel instante, se apoderaron de los corazones de Juan y de María; pero ¿dónde está el lenguaje humano que dar pueda una idea exacta y precisa de ese estado indefinible del ánimo de quien comienza á sentir las misteriosas inquietudes del amor? ¿Quién puede explicar esas alegrías sin causa

aparente, esas tristezas sin motivo, esas emociones á veces dulces y halagüeñas, á veces amargas y dolorosas, esos ímpetus de alborozo y de entusiasmo, nacidos al calor de esperanzas vagas y lisonjeras, y esos momentos, en fin, de angustia, que sumergen al alma en mar infinito de dudas y temores? ¿Quién podría contar las vagas aspiraciones, los deseos ardientes, los anhelos infinitos de un corazón herido por vez primera por la aguda flecha del amor? Estado es ese del ánimo que no se puede definir: hay qué sentir esas emociones, hay qué escuchar esas voces misteriosas que nos hablan al oído un idioma hasta entonces ignorado, hay qué oír el rumor de los latidos del corazón, hay en fin, qué sentir el cerebro inflamado por ideas enteramente nuevas y ardorosas, por pensamientos deslumbradores, como ráfagas de vívida luz, para llegar á comprender la naturaleza de ese dulcísimo sentimiento que se llama amor, sentimiento que, partiendo del mismo Dios, como de su inmenso foco, se derrama en oleadas gigantescas, abrazando y confundiendo en ellas mismas á cuantos seres pueblan los espacios infinitos. Vana sería, pues, de nuestra parte, la pretensión de examinar el estado de ánimo de Juan y de María: nuestros lectores podrán imaginárselo, guiados por su exquisita sensibilidad, y tener de él una idea más exacta de la que pudieran sugerirles nuestras deficientes explicaciones. Nos

limitaremos, pues, á decir que la imagen hechicera de María no se apartaba ya un solo instante de la imaginación de Juan, quien mudo y absorto, seguía su camino hacia Campeche sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo, y que María no cesaba de recordar aquella mirada profunda, bajo cuya extraña influencia sentía aún agitarse dulcemente su corazón. Ni Juan ni María podían explicarse, sin embargo, la naturaleza de sus impresiones. Juan no había amado nunca. María era amada de un hombre de su clase; pero su corazón había permanecido enteramente virgen á las impresiones del amor.

Pero ¿quién era María? María era la mujer más hermosa y elegante de aquellos tiempos entre las mujeres de su raza: alta y esbelta, lucía la morbidez de su turgente seno y la suave ondulación de los contornos de su cuerpo; su rostro, de un óvalo perfecto, de color algo menos claro que el de Juan, lucía la redondez de sus mejillas sonrosadas, la admirable proporción de su nariz fina y recta y la graciosa pequeñez de su boca, entre cuyos labios, ligeramente entreabiertos, se adivinaba, más que se veía, la blanca hilera de sus dientes diminutos; pero lo que más realzaba la hermosura de aquel rostro interesante eran los ojos, de color pardo, cosa no muy común entre las mujeres de la raza indígena, ojos que eran grandes, rasgados, llenos de expresión, sombreados por largas pestañas y por

las dos curvas irreprochables de sus pobladas cejas. La abundante cabellera de María, negra y lustrosa como el ala del cuervo, que contrastaba agradablemente con el color de sus ojos, en vez de estar sujeta en forma de moño junto á la nuca, como es costumbre inveterada entre las mujeres de su clase, bajaba en dos largas trenzas, hasta cerca de las corvas. (1) .

En la época en que presentamos á María á nuestros amables lectores, contaba solamente de quince á diez y seis años. Fueron los padres de María dos indios de la clase noble: D. Isidoro Ɔul, que fué cacique de Xkalunkin, y la hija del cacique Zimá, de Pocboc, cuyo nombre de pila no ha guardado la tradición. Cuando María contaba apenas doce años, falleció su padre, dejándola de patrimonio una casa construida con piedras labradas, restos de edificios antiguos mayas, casa que existe aún en la plaza de Xkalunkin, aunque convertida en ruinas; algunos *mecates* de sementeras ó milpas de maíz; maíz entrojado en considerable cantidad; cuarenta cabezas de ganado vacuno y una piara de cerdos, de manera que todo esto, unido á las cantidades que adeudaban catorce sirvientes y algunas

(1) Traían cabellos muy largos y hacían y hacen muy galán tocado, partidos en dos partes y entrençávanselos para otro modo de tocado. *Relación de las cosas de Yucatán por Fr. Diego de Landa.*

prendas de plata y oro, constituía una fortuna superior á la de los demás habitantes de su pueblo natal.

A la muerte del padre de María, encargóse de ella y de la administración de su pequeña fortuna, su tío paterno D. Pedro Nolasco Ɔul, hombre rudo y de poca instrucción, pero de intachable honradez, dotado de gran tino y tal prudencia en los negocios, que era el constante consejero de sus conterráneos. La fortuna de María estaba, pues, bien administrada y la niña había recibido una educación muy superior á la de otras mujeres de su raza, pues había aprendido á leer, escribir y contar con mediana perfección. A estos conocimientos, juntábanse en María los de la religión cristiana, en la que estaba perfectamente instruida, así como en las labores propias de su sexo, en las que demostraba sus grandes habilidades, y además, tañía la guitarra y cantaba con primor.

Tal era María.

VII.

Séanos permitida una corta digresión:

Don Antonio de Herrera, en su "Historia general de Indias," y el inolvidable y célebre misionero y Obispo Don Fray Diego de Landa, en su "Relación de las cosas de Yucatán," precic-

so manuscrito hallado en Madrid por el ilustre Brasseur de Bourbourg, dicen que rota la unidad del Imperio Maya con la destrucción de Mayapán, quedó el reino dividido en varios señoríos independientes los unos de los otros; pero ninguno de estos escritores nos dice cuáles y cuántos eran tales señoríos, limitándose á nombrar los tres reinos principales de Izamal, Zotuta y Maní, en los que reinaban los Cheles, Cocomes y Tutul-Xiues. En cuanto á los reinos ó señoríos que existían al tiempo de la venida de los españoles, conocíamos dos documentos de los que se dedujo que eran siete los reinos principales en que se hallaba dividida la Península: las instrucciones del Adelantado Montejo á su hijo y el "Códice Chumayel," libro autógrafo hallado por nuestro ilustre Obispo Sr. Carrillo y Ancona, á quien tanto deben la historia y arqueología yucatecas; pero ninguno de estos documentos ha bla con la debida claridad y precisión acerca de este punto que vino á aclarar con luz meridiana el más moderno y exacto de nuestros historiadores yucatecos, D. Juan F. Molina Solís, en su magnífica "Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán."

"Al poner sus plantas en Yucatán los españoles, dice, encontraron el país dividido en diecinueve pequeños estados ó cacicazgos, que ellos denominaron provincias. Estos cacicazgos eran: 1 Ekab. 2 Chauac-ha ó Chikinchel. 3 Tazes. 4

Cupul. 5 Cochuah ó Kokolá. 6 Chetemal. 7 Akinchel. 8 Ceh-Pech. 9 Chakán. 10 Zipatán, 11 Acanul. 12 Kinpech ó Campech. 13 Chakanputún, Potonchán ó Champotón. 14 Tixchel. 15 Acalán. 16 Maní. 17 Hocabahumún. 18 Zotuta. 19 Cuzmil."

Los pueblos de Pocboc y Xkalunkín y la sabana del descanso, ó sea, Helelchakán, pertecían á la provincia de Acanul.

Hacia el año de 1531, cuando los españoles residieron por primera vez en Campeche, hicieron amistad con el reyezuelo de la provincia de Acanul; el cacique de Xkalunkín, que era entonces uno de los ascendientes de María, adicto al reyezuelo, siguió la política de éste aficionándose á los españoles; mas el cacique de Pocboc, de fiera condición, jamás transigió de grado con los conquistadores. Esto dió ocasión á que entre ambos caciques naciera tal enemistad, que no pocas veces ocurrieron á la fuerza de las armas para resolver sus diferencias. Uno de tantos combates tuvo por motivo la aproximación del joven Capitán D. Francisco de Montejo, primo del de igual nombre que consumó la conquista del país. Don Francisco de Montejo intentaba abrirse paso desde Campeche hasta T-Hó, ó sea, la moderna Mérida, para lo cual tenía qué atravesar la provincia de Acanul. Como el cacique amigo había muerto hacía ya algún tiempo, Montejo halló en la provincia de Acanul la mis-

ma resistencia que en Potonchán y en todo el resto del país habían hallado los conquistadores: los caciques de Calkiní, Pocboc, Pomuch y de otras provincias, juntaron sus fuerzas para oponerse al paso de los españoles, y como ɔul, el cacique de Xkalunkín, se mostrara frío y remiso en aquel empeño, atacóle el de Pocboc para obligarle á concurrir con sus vasallos á los combates diarios que se libraban. (1) Esta división intestina impidió que se presentara á los españoles en Pocboc una gran batalla, para la que los indios habían estado haciendo grandes preparativos desde la salida de Campeche de Montejo; pero el cacique Zimá, de Pocboc, ardiendo en ira por no haber podido dar la batalla, aproximóse, seguido de todos los suyos, al campamento español, y á favor de las sombras de la noche, lo incendió huyendo después á guarecerse en los bosques. Las llamas se levantaron amenazadoras en varios puntos del campamento y los españoles no tardaron en ver reducidos á cenizas sus tiendas, sus equipajes y sus víveres. Los conquistadores no se arredraron, sin embargo, y armándose violentamente, salieron al campo en busca de sus enemigos. Al día siguiente llegaron á Helelchakán, rendidos de hambre y

(1) **Los caciques principales que se opusieron al paso de los españoles se llamaban Naa-Poot Canché Canul y Na chán-Canché Canul.**

de sed, de cansancio y de fatiga: fué entonces cuando el abuelo de nuestro Juan Pérez de Aguilar, visitó por primera vez el bosque delicioso del descanso, grabando en dos columnas las iniciales de su nombre. En Helelchakán recibieron los españoles algunos auxilios de víveres que les remitió el cacique de Xkalunkín, y repuestos ya de sus fatigas, continuaron su camino hacia la provincia de Chakán, á la que pertenecía la ciudad importante y monumental de T-Hó, término suspirado de su viaje. En el bosque del descanso se estrecharon las manos por primera vez el cacique ɔul, ascendiente de María, y el soldado español Alfonso Pérez, abuelo de Juan. ¡Quién hubiera podido decir á esos dos hombres de distinta raza, que los corazones de sus nietos se habían de unir con los dulces lazos del amor! (1.)

La enemistad de los dos caciques de Pocboc y Xkalunkín se trasmitió á sus descendientes, durando hasta algunos años después de consumada la conquista del país; mas durante el gobierno del padre de María en Xkalunkín y el de su abuelo materno Zimá, en Pocboc, un Padre Franciscano, que administraba aquellas poblaciones, tomó vivísimo empeño en terminar

(1.) Todos estos hechos son históricos, con excepción de la causa del incendio del campamento español que, según parece, fué casual.

aquella enemistad y consiguiólo, al fin, enlazando á ambas familias por medio del casamiento de Isidoro Ɔul con la hija de Zimá, la madre de María. Refiere la tradición que todos estos hechos fueron consignados en su libro de memorias por el Padre Franciscano, verdadero pacificador de aquellos pueblos, y que aunque el manuscrito fué descubierto después de algunos años, hallábase tan ilegible, que no pudo averiguarse ni aun el nombre de su autor. ¡Cuántos manuscritos, cuántos monumentos de nuestra historia habrán desaparecido como estos apuntes del Padre Franciscano!

VIII.

A la muerte del Padre de María, el Gobernador y Capitán General de la Península, nombró para sucederle en el cacicazgo de Xkalunkín á un joven llamado Cayetano Caamal, que no era natural de dicho pueblo sino del de Potonchán; empleo que obtuvo en recompensa de los buenos servicios que había prestado á los españoles.

A pesar de que Caamal era de carácter amigable y complaciente, y procuraba sujetarse en sus decisiones á los principios de la equidad y la justicia, su nombramiento no fué acogido con beneplácito por los habitantes de Xkalunkín,

quienes habituados, como estaban, á ser gobernados por la familia ɔul, cuyos individuos fueron todos naturales del pueblo, mostráronse disgustados por tener qué sujetarse á la obediencia de un foráneo. La casualidad vino á aumentar el disgusto de los vecinos de Xkalunkín y su animadversión contra el nuevo cacique, pues durante los tres años que hacía que gobernaba al pueblo, las lluvias escasearon de tal manera, que las cosechas fueron de muy poco rendimiento y el agua para los usos diarios de la población escaseó igualmente, porque el único pozo que existía no daba la suficiente para las necesidades de sus habitantes. Las familias tenían, con tal motivo, qué ir en busca de agua á sitios lejanos á Xkalunkín, lo que les causaba grandes molestias y trabajos. Los intereses de María eran los más perjudicados, pues ella era la que tenía mayor número de animales de cría; por este motivo, tomó su tío Pedro ɔul la determinación de trasladar el ganado de su pupila y el suyo propio á las inmediaciones de Helelchakán, concibiendo después el pensamiento de radicarse en este punto, de una manera estable y definitiva, con toda su familia y sus sirvientes. Y como los vecinos de Xkalunkín, supersticiosos como buenos mayas, atribuyeran la falta de lluvias y demás calamidades de aquellos tiempos á su nuevo gobernante, fueron poco á poco abandonando su pueblo y radicándose en las inmediaciones de

Helelchakán, hasta quedar convertido más tarde Xkalunkín en lo que es hoy: campo solitario en donde sólo se miran la torre del antiguo templo y algunas casas en completa ruina.

Algunos días después del encuentro casual de Juan y de María en el camino de Campeche, empezó á poblarse con las familias de Xkalunkín la sabana y el bosque de Helelchakán: mayor número de barracas que otros años levantábanse aquí y allá sin orden ni concierto; veíanse por todas partes gentes que iban y venían conduciendo maderas, piedras, sacos de maíz y trastos de todas clases necesarios para las faenas domésticas; los hombres se ocupaban en la construcción de nuevas casas, y las mujeres y los niños en el arreglo interior de las habitaciones, notándose, en fin, por todas partes tal vida y movimiento, que era fácil comprender que se estaba fundando una nueva población.

Las casas, en efecto, estaban mejor construídas que las barracas endebles y provisionales que los años anteriores se habían levantado á la ligera, durante los días de la fiesta de San Román; el número de familias reunidas en Helelchakán era mucho mayor que otras veces, y los cercos y albarradas que rodeaban las habitaciones, indicaban el propósito que las familias tenían de trasladar ahí sus ganados y aves de cría. La sabana del descanso comenzaba á contarse en el número de los pueblos situados en la carre-

tera de Mérida á Campeche, y pronto su nombre de Helelchakán había de convertirse en el actual de Hecelchakán.

En medio de aquel pueblo reunido sobresalía la figura atlética de Pedro Ɔul: grave, enérgico y acertado en sus disposiciones, severo en los castigos que imponía y atento á remediar las necesidades y vencer los obstáculos y contratiempos que se presentaban, era obedecido sin réplica, como á jefe natural de aquellas gentes, á pesar de que no estaba revestido de carácter oficial alguno. El propósito de radicarse definitivamente en Helechakán y de eligir para jefe de la población á D. Pedro Ɔul, el anciano respetable que contaba con las simpatías de todos, era el único tema de las conversaciones en los corrillos que se formaban después de los trabajos. Luego que estuvieron casi terminadas las instalaciones, é informado Pedro Ɔul de que se le quería para jefe ó cacique de la nueva población, convocó á su pueblo á una asamblea que debía verificarse por la noche en el hermoso bosque, que ya conocemos, al pie de una ceiba frondosa, árbol sagrado de los antiguos mayas. Cuando las sombras de la noche se extendieron por la sabana, ocultando á las miradas los montículos de la sierra, comenzaron á verse por todas partes grupos numerosos de indígenas que, provistos de teas encendidas para alumbrar su camino, se dirigían hacia el bosque, reuniéndo-

se, al fin bajo las ramas frondosas de la ceiba. Aquella reunión tenía un aspecto que no dejaba de ser fantástico: multitud de hombres, mujeres y niños, casi desnudos, se hallaban, unos de pie, otros sentados en los troncos de los árboles caídos ó en las piedras del bosque, y los más en cuclillas, posición favorita de los mayas; la luz de las teas, que extendiéndose hasta cierta distancia, proyectaba las sombras prolongadas de los árboles y de los hombres, y el sonido lúgubre y monótono de los atabales, formaban un conjunto extraño y verdaderamente fantástico, capaz de infundir pavor á quien se encontrara inopinadamente con aquel cuadro de la vida semi-salvaje.

Elevóse, al fin, junto al tronco robusto de la ceiba, la figura majestuosa de Pedro ɔul; cesó el ruido de los atabales y el murmullo de las conversaciones, reinando por todas partes el más profundo silencio.

—"Compatriotas, dijo Pedro ɔul. Dios y la Santa Cruz (1) que gobiernan todas las cosas, parece que han dispuesto que la mayor parte de las familias de Xkalunkín, abandonen sus hogares para radicarse en Helelchakán: así, al menos, lo demuestra la escasez prolongada de las lluvias que ha causado la pérdida de las cose-

(1) Es muy antigua la devoción de los aborígenes á la Santa Cruz, á la que creen revestida de poder propio.

chas, la carencia consiguiente de las aguas que ya no se depositan en las *sartenejas*, y que tan necesarias son para nuestros animales y para nosotros mismos; la carestía de los granos, las enfermedades, y sobre todo, la voluntad que manifestáis unánimemente de radicaros aquí, en donde hemos levantado ya nuestras casas y aposentado á nuestras familias. Debemos acatar y obedecer la voluntad de Dios. Algunos de vosotros me habéis manifestado hoy vuestro deseo de que sea yo quien os gobierne y dirija en nuestra nueva población, que sea yo vuestro cacique; sabéis muy bien que en la actualidad este empleo es de nombramiento de Su Excelencia el Sr. Gobernador y Capitán General de la Península, á quien daré cuenta de vuestro deseo, y en el caso de que sea agraciado con dicho nombramiento, aceptaré gustoso, siempre que os sujetéis á las siguientes condiciones: la población se trazará de la manera que yo lo disponga; os obligaréis á prestar toda clase de auxilios á cuantas personas deseen radicarse entre nosotros, ya sean de nuestra raza ó ya españoles, tratando á éstos con respeto y consideración; que á los primeros se les concedan dos años libres de toda contribución y tequio vecinal y aun algunos auxilios personales para la construcción de sus viviendas; que no haya entre vosotros riñas, odios ni escándalos de ninguna clase, porque de lo contrario me veré precisado á castigarlos con energía, y

por último, que inmediatamente que se termine la construcción de todas las casas, contribuyáis todos con vuestros recursos y trabajo personal á la construcción del templo en que hemos de adorar, como cristianos que somos, á Dios y á la Santa Cruz." Cuando el anciano Ɔul terminó de hablar, levantáronse todos los circunstantes y manifestaron á una voz su conformidad con las condiciones que se les imponía, juraron obediencia y respeto al que ya reconocían por cacique de hecho, y de uno en uno, se aproximaron á besarle la mano en señal de vasallaje, disolviéndose en seguida la reunión y tomando cada uno el camino de su casa.

IX.

Terminaba ya la fiesta de San Román. La sabana del descanso comenzaba á llenarse de nuevo de viajeros que, en vez del sitio agreste y solitario de costumbre, hallaban en su lugar una nueva población, y en consecuencia, casas en qué albergarse, lechos en qué descansar y alimentos sanos, abundantes y baratos. Diariamente llegaban á Helelchakán hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones que regresaban á sus hogares cargados de escapularios y reliquias del Santo Cristo de Amor y conduciendo sus baules henchidos de telas de algo-

dón y de seda, zapatos, sombreros, prendería de oro y de plata y otros muchos efectos de que se habían provisto durante los días de la fiesta. Arribaban también, de vez en cuando, á la sabana numerosas partidas de mulas cargadas de maíz, arroz, pescado salado, canastas de mangos, piñas y *marañones* y otras mercancías; mulas que eran guiadas por un capataz ó jefe para cada partida y un arriero para cada cinco mulas. Muchas literas, algunos carruajes y numerosos caballos, más ó menos lujosamente equipados, deteníanse diariamente en la plazoleta de la nueva población, descendiendo de ellos en busca de descanso y refrigerio, ora bellísimas damas y apuestos y garridos mozos, ora ancianos respetables, militares, sacerdotes, niños y alguno que otro fraile franciscano que, con la cuerda atada á la cintura y el breviario en la mano, hacía su camino á pie ó en mansa mula, incapaz ésta por su propia voluntad, de dar en tierra con el cuerpo, ordinariamente voluminoso, de su paternidad seráfica. Eran de verse y oirse el tráfago y el bullicio que animaban de una manera extraordinaria la sabana pintoresca del descanso: los arrieros, sucios y polvorientos, cargaban ò descargaban sus mulas, á las que dirigían, durante estas operaciones, ora algunos enérgicos y nada limpios epítetos é interjecciones, ora algunas palabras cariñosas, acompañadas de suaves palmaditas en el cuello ó en los

lomos; los aurigas y conductores de carros y demás vehículos enganchaban sus mulas ó rocines, sosteniendo con estos breves y enérgicas pláticas no menos sazonadas de picantes frases que las de los arrieros; á las puertas de las casas, bajo los árboles del bosque ó cerca de la ancha boca del cenote, reuníanse los viajeros en numerosos grupos en que se comía con apetito, se bebía más de lo regular y conveniente, y sobre todo, se hablaba, se reía y se cantaba con desusado alborozo, viéndose, por último, á los antiguos vecinos de Xkalunkín, ir y venir por todas partes conduciendo jícaras de agua, de leche y de *pozole* y frutas y viandas de todas clases. Todo era animación y contento: sólo una mujer, joven y hermosa, aunque ocupada como las demás en prodigar á los viajeros sus cuidados y atenciones, parecía ajena á la común alegría. Triste y pensativa, obraba casi maquinalmente sin darse, muchas veces, cuenta de lo que pasaba á su alrededor. Dos círculos ligeramente morados rodeaban sus ojos, tristes y melancólicos, haciéndolos aparecer más grandes y más bellos que de ordinario. La palidez desusada de sus mejillas daba á su rostro más interés, mayor encanto que nunca. Esta mujer era María. Desde su encuentro casual con Juan en la carretera de Campeche, la salud de María se había desmejorado notablemente: largas horas de insomnio, días y noches llenos de extrañas inquietudes, de inmotivadas zozo-

bras, de vagos anhelos y quiméricas visiones, habían despojado á sus mejillas de su juvenil color y había apagado la brillante luz de su mirada. Impelida por la fuerza misteriosa de una esperanza tan vaga como sus propios pensamientos, solía emprender todas las mañanas, al tiempo de levantarse el sol sobre el horizonte, un largo paseo por el bosque ó por la sabana, acompañándola ordinariamente la que fué su nodriza y era entonces su inseparable y cariñosa compañera, su segunda madre. Esta mujer se llamaba Paula y había sido, más que sirvienta, amiga íntima de Juana, la madre de María. Todos estos paseos terminaban en los sitios más cercanos á la carretera de Campeche, y aun á veces en la misma carretera, en donde Paula y María, deteníanse mucho tiempo, distraídas en ver á los viajeros que, como en interminable procesión, regresaban de la fiesta de San Román; pero era María la que muy especialmente se fijaba en todos los viajeros, escudriñándolos con mirada anhelante é indagadora. Cuando el sol ostentaba su disco esplendoroso en un punto del cielo ya lejano de los montículos de la sierra y hacíanse sus rayos más ardientes y calurosos, emprendían las dos mujeres su vuelta á Helelchakán. María caminaba entonces con la frente inclinada, con las lágrimas en los ojos, más triste y más abatida que nunca. Paula iba á su lado grave, silenciosa y fijando de vez en

cuando en María una mirada inquieta é indagadora.

Una de esas mañanas, ya cerca de la hora en que debían regresar á casa para disponer el almuerzo, hallábanse Paula y María sentadas en un sitio muy próximo á la carretera de Campeche. Súbitamente María se puso en pie prestando atento oído. Escuchó largo rato, fijando sus miradas, con anhelosa insistencia, hacia el Sur de la carretera de Campeche; pero no habiendo visto nada que llamarle pudiera la atención, volvióse á dejar caer con desaliento en la piedra que le servía de silla.

—Parecióme, dijo á Paula, haber oido voces y pisadas hacia ese lado.

—Algo esperas, sin duda alguna, respondióla ésta sonriendo maliciosamente, cuando te llama la atención y te sobresalta aun el ruido de las ramas de los árboles.

María sobresaltóse más aún con la observación de su compañera, é inclinando ruborizada la frente, no halló palabras con qué contestar.

—Vamos, hija mía, continuó Paula tomando entre las suyas una mano de María, ha llegado el momento de las confidencias: necesario es que hablemos con toda franqueza, con absoluta confianza; preciso es que me abras tu corazón, que me permitas leer en tu pensamiento. Desde la muerte de tu santa madre, quedéme á tu lado, por recomendación suya, para suplir su falta en

todo cuanto sea posible, y como casi al mismo tiempo de su muerte, tuve el dolor de perder á mi adorada Juana, á mi hija única, tú eres quien llena en mi corazón ese vacío que en él dejó su muerte, de manera que tú sin mí, sentirías más la falta de tu madre y yo sin tí, me hubiera entregado á un dolor tal, que me hubiera causado ya la muerte. Debo, pues, cuidarte y dirigirte como si fuera tu misma madre, alegrarme con tus alegrías y consolarte en tus penas; este mismo deber me da cierto derecho á inquirir y averiguar el motivo de tus alegrías y la causa de tus tristezas. No es, pues, vana curiosidad la que me guía.

Hace algún tiempo que noto con dolor que tu salud comienza á quebrantarse: estás pálida, triste y ojerosa; padeces frecuentes distracciones, muy frecuentes, cosa rara en tu carácter antes alegre y bullicioso; durante largas horas de la noche, te agitas inquieta en tu hamaca sin poder conciliar el sueño, y observo, en fin, que no eres hoy la misma de antes. Pero lo que me causa mayor desazón, es que ya no me confias tus penas, no me haces conocer tus impresiones ni me revelas el motivo de tus inquietudes, lo que me hace comprender que no soy dueña de tu confianza, que ya no poseo tu cariño.

—¡Cómo, Paula, ¿qué dices? ¿qué motivos te he dado yo para que así dudes de mi cariño? Como hija te quiero, y siempre así te he querido,

sin que me crea digna de amargo reproche que me diriges.

Así dijo María y rompió á llorar, pues tal era el estado de su ánimo, que una frase, una palabra cualquiera bastaba para hacer que las lágrimas brotaran á sus ojos. Estrechóla Paula entre sus brazos, y enjugando sus lágrimas con el extremo de su toca,

—No te aflijas, dijo, no llores, hija mía, que no ha sido mi objeto causarte mortificación alguna, sino proporcionarte la ocasión de desahogar tus penas, porque indudablemente algunas tienes.

—Pero si no estoy triste, si no tengo penas, ¿qué penas puedo tener? soy rica, mi tío me quiere como si fuera mi padre, y tú eres tan buena como solícita y cuidadosa conmigo, ¿qué, pues, puedo desear? ¿qué me puede hacer sufrir?

—Y sin embargo, hace algún tiempo que la tristeza se ve clara y manifiesta en tus ojos, en tu semblante, en toda tu persona.

—¿Pero desde cuando has notado en mí semejante tristeza?

—¿Desde cuando? Desde nuestra llegada de Campeche; y como á los pocos días de esto dejamos á Xkalunkín para radicarnos en Helelchakán, he atribuido la causa de tu tristeza á la ausencia de tu pueblo natal. Si es así, nada más fácil que volver á Xkalunkín.

—Eso, no: me moriría de tristeza si tal hicié-

ramos, porque no podría soportar la ausencia de tantas personas que han emigrado á Helelchakán y á otros pueblos comarcanos.

—Entonces, hija mía, sólo hay un motivo á qué atribuir tu tristeza.

—¿Qué motivo?

—El amor,

—¡ El amor !

—Sí, hija mía, tú amas, tú estás enamorada.

—Yo . . . enamorada . . . ¿eso quiere decir que yo ame á un hombre que no sea mi tío Pedro?

—Que tú ames á un hombre de la misma manera que un hombre, á quien yo conozco, te ama á ti.

—¡Un hombre! ¿y quién es ese hombre?

—Cocom.

—¡Cocom! exclamó María sorprendida. ¡Oh, jamás! añadió con invencible repugnancia.

—¿No le amas?

—No, no le amo.

—Perdona, como hablabas con tristeza de los que se han ausentado de Xkalunkín y como Cocom, que hace algún tiempo anda prendado de ti, se fué á Campeche . . .

—No, jamás, no amo á Cocom ni podré amarle nunca.

Y María permaneció largo rato muda, absorta, como si allá dentro de sí misma, hubiera algo que absorviera de una manera absoluta su

pensamiento, como si allá de lo más hondo de su alma hubiera surgido una visión deslumbradora, una imagen iluminada por los diáfanos rayos de una luz divina y misteriosa.

Las palabras de Paula habían sido una revelación. Descorrióse ante los ojos de María el velo que le ocultaba un mundo para ella hasta entonces desconocido, el mundo del amor, y fué entonces cuando vino á su memoria, una vez más, la mirada de Juan, cuando sintió en su mano la dulce presión de la de éste, cuando escuchó la melodía de su voz, y rompiendo á llorar, echóse en brazos de Paula, exclamando:

—Sí, eso es, eso debe de ser; amo, mi querida Paula, amo con todo mi corazón.

—Ya lo había adivinado y sólo por eso me resolví á hablarte por primera vez de estos asuntos. Pero dime, si no es Cocom el objeto de tu amor, ¿quién puede ser? ¿Quién entre los naturales de nuestro pueblo reune las condiciones de Cocom? ¿Quién como él une á juventud y gallardía, amor al trabajo y valor, nunca desmentido, en los trances más serios y peligrosos? No hay tronco, por robusto que sea, que resista mucho tiempo al hacha de Cocom ni hay fiera que en los bosques no caiga herida ó muerta por la bala de su fusil ó por el filo de su machete. Además, aunque no es rico, desciende, á creer lo que dice, de los antiguos reyes de Zotuta.

—No, Paula, no amo á Cocom; y ya que me

has hecho comprender lo que yo misma ignoraba, voy á revelarte con toda franqueza el estado de mi corazón. ¿Recuerdas á aquel joven español que hallamos en el camino de Campeche? Iba acompañando á una señora anciana y enferma.

—Sí, en efecto, un joven á quien oí llamar Juan.

—Juan Pérez y Aguilar: ese es el hombre á quien amo.

X.

Al escuchar la revelación de María, quedóse Paula triste y pensativa: su primer impulso fué condenar enérgicamente un amor que no hallaría, á su juicio, honesta correspondencia y que sería fuente copiosa de amarguras y desengaños; pero guardó silencio porque temió afligir á María, arrancándole bruscamente las flores de la esperanza que comenzaban á germinar en su alma de virgen. Transcurrieron algunos minutos hasta que, al fin, levantóse Paula exclamando:

—Ya es hora de partir, vámonos, que tu tío estará aguardándonos con impaciencia.

Incorporóse también María y ambas emprendieron su vuelta á casa. Caminaban las dos mujeres sin desplegar los labios, Paula tristemente impresionada por las revelaciones de María, y María inquieta y desasosegada por el silencio de

Paula. Caminaron así durante algún tiempo, hasta que María, no pudiendo soportar las dudas que la asaltaban, dijo á su compañera:

—¿Te ha disgustado, acaso, mi revelación? Paula, por Dios, háblame con franqueza.

—Temo disgustarte, herir tu corazón.

—No, no, nada temas: háblame francamente, dime todo lo que piensas.

—Pues bien, María, con entera franqueza te hablaré, porque nada deseo tanto como tu bien, tu felicidad. ¿Tienes noticia de algún español que se haya casado con una mujer de nuestra raza?

—He oido contar que ha habido algunos.

—Muy pocos. Suelen los españoles prendarse de las indias; pero el desenlace de esos amores, raras veces es el matrimonio.

—¿Luego tú crees que D. Juan no se casaría conmigo?

—No, no puedo asegurarlo; pero de todas maneras temo que haga él lo que tantos otros: engañarte con promesas que nunca cumplirá y abandonarte luego sin piedad ni compasión. Necesario es que procedas en este asunto delicado, con la mayor prudencia. Si Don Juan vuelve, cuida de no manifestarle tus sentimientos ni aun con una simple mirada, guarda tu amor en lo más hondo de tu pecho, hasta que él dé á conocer sus verdaderas intenciones. ¡Cuánto mejor sería que no participaras de su amor, si es que

alguno siente por ti! ¿No sería mejor que te enlazaras á un hombre de tu raza? Los matrimonios desiguales suelen ser funestos.

—¡Paula, cuánto daño me están haciendo tus palabras!

—Lo siento, hija mía, lo siento con toda mi alma; pero quiero prevenirte contra las asechanzas de esos hombres blancos que, creyéndose superiores á nosotros, nos desprecian y nos humillan.

—Paula, tú odias á los españoles.

—No, pero les temo. Y si hoy manifiesto con más energía mi temor, desgraciadamente muy fundado, es porque se trata de ti. Sin embargo, no te afljas, no llores, consulta á tu tío, que él sabrá aconsejarte y dirigirte mejor que yo. Hablemos de otra cosa. Si tú me has hecho una revelación, también yo voy á confiarte un pequeño secreto.

—¿Un secreto? dijo María deteniéndose.

—Sí, pero continuemos caminando, que ya llegarémos al punto en que debo revelártelo.

Cuando las dos mujeres estaban próximas á la improvisada población, oyeron la voz de Pedro Ɔul que las llamaba: apresuraron el paso, y cuando estuvieron ya cerca de Ɔul, éste les ordenó que se ocuparan en preparar lo necesario para alojar, con la mayor comodidad posible, á una viajera enferma que debía llegar á Helelchakán en breves horas. Dirigióse luego Pedro

ɔul hacia la sabana, y Paula y María penetraron bajo los árboles del bosque: allí al pie de un árbol frondoso, se veía una piedra enorme; llegóse á ella Paula, removióla con pasmosa facilidad, y de un hoyo practicado en la tierra, extrajo una esfera ó bola formada de hojas de roble y de jabí, liadas con un largo y delgado bejuco; deshizo la bola y de su centro sacó un objeto que entregó á María. Era el tal objeto, un rosario de grandes cuentas de coral, engarzadas en cadena rica de oro.

—He aquí mi secreto, dijo á María, entregándole el rosario.

—¡Un rosario! ¿y dónde hallaste esa rica joya?

—Allí, bajo los árboles de este mismo bosque.

—¿ Cuándo ?

—El mismo día que regresamos de Campeche.

—¿El mismo día que regresamos de Campeche? Ah! este rosario es de la señora Aguilar, de la madre de Juan. Es necesario devolverlo, Paula, ¿por qué razón lo has escondido? ¿por qué no lo entregaste á mi tío Pedro el mismo día que lo hallaste?

Había cierta severidad en el tono con que María pronunció estas palabras. Sonrojóse Paula, y confusa y turbada, replicó:

—No ha sido mi intención apropiarme lo que no es mío: escondí esa prenda para evitar que

me fuera robada durante estos días en que tantas gentes, de todas clases y condiciones, visitan á Helelchakán.

Paula era buena; pero no estaba libre de ciertos defectos ní podía resistir á las inclinaciones naturales de las gentes de su raza. Cuando el maya encuentra un objeto de valor, la primera idea que se le ocurre es la de sustraerlo á las miradas de los demás, con la intención, por supuesto, de empeñarlo ó venderlo en la primera ocasión que se le presente; y tal idea, no había dejado de presentarse en la imaginación de Paula, aunque justo sea decir, que desde el día en que halló el rosario, empeñóse en su pecho recia y tenaz batalla entre su avaricia y la bondad natural de su carácter.

—Este será, entonces, continuó Paula, el regalo que te ofreció la señora Aguilar. Creo que ya debes considerar tuyo este rosario.

—Aunque así fuera, nuestro deber es entregárselo. Vamos á preparar la casa para recibirla, porque el corazón me dice que ella es la enferma que espera mi tío.

Y Paula y María dejaron el bosque y tomaron el camino de su casa.

XI.

Cuando Paula y María penetraron en la pequeña plazoleta de la aldea, se oyeron pisadas de

caballos y voces rumbo al camino de Campeche. Breves instantes después apareció, en efecto, en la plazoleta un joven español, caballero en arrogante alazán, que detuvo su carrrera no lejos de Paula y de María.

Volvió María el rostro hacia el que llegaba, y una exclamación indefinible de sorpresa y de alegría se escapó de sus labios, cayendo luego, cual masa inerte, en los brazos de Paula.

—¡María, María! exclamó Juan, que él era el caballero, aquí estoy ya de vuelta . . . ¿pero qué tienes? ¡por Dios! ¿qué te pasa? añadió sobresaltado, apeándose precipitadamente de su cabalgadura, y lanzándose hacia María, le hizo aspirar el eter de un pomito que extrajo de la faltriquera. María fué volviendo lentamente de su desmayo, y abriendo los bellos y expresivos ojos, fijólos en su amado con ternura infinita.

Sintió Juan que su alma se bañaba en los límpidos reflejos de la luz que aquellos ojos despedían, y fuera de sí, tomó entre las suyas una mano de María y llenóla de besos y de lágrimas.

Un momento después, llegó la señora de Aguilar conducida en una litera, y todos los personajes de esta sencilla historia, tomaron el camino de la casa de Pedro ɔul.

XII.

Serían las seis de la tarde de aquel mismo día. El sol casi tocaba la línea del horizonte, y sus últimos reflejos teñían las nubes de ese color rojizo que suele observarse en Yucatán, durante las puestas del sol, en ciertas épocas del año; color que extendiéndose como un manto de escarlata en la bóveda del cielo, parece incendiar la atmósfera comunicando á la naturaleza cierto aspecto melancólico no desprovisto de misterioso encanto. Luz y resplandores era todo hacia el Ocaso, mientras que las sombras de la noche comenzaban á avanzar con timidez por el Oriente. Brotaban las sombras bajo los árboles frondosos del bosque de Helelchakán, y sólo las copas elevadas de los mismos árboles y la sabana del descanso, aparecían aún iluminadas con los últimos reflejos de la luz. Sobre las cimas lejanas de la sierra veíanse flotar, como grandes jirones de púrpura y oro, algunas nubes de formas extrañas y caprichosas. Entre las ramas de los árboles se escuchaba el rumor del aleteo de los pájaros que se acondicionaban en el caliente fondo de sus nidos; las aves nocturnas comenzaban á aparecer, unas cerniéndose sobre los aires ó deteniéndose sobre los parajes más elevados, dejando oir sus graznidos estridentes, y otras emprendiendo á intervalos su

corto y extraño vuelo, casi al ras de la tierra; los grillos saludaban la aproximación de la noche con sus agudos y desapacibles chirridos, y las vacas de cría encerradas en sus improvisados corrales, aumentaban con sus mugidos la solemnidad y tristeza de las postreras horas de aquel día.

La casa de Pedro Ɔul se hallaba, en tales momentos, henchida de hombres y mujeres, en cuyo porte se advertía el más raro contraste: parecían dominados por la solemnidad de un acontecimiento triste y funesto, á juzgar por sus rostros serios y sus graves continentes; y sin embargo, en las manos de todos se veían grandes ramos de flores que indicaban el propósito, pues tal era la costumbre que se observaba en aquellos tiempos, de honrar y cumplimentar á algún elevado personaje.

En uno de los extremos de la sala levantábase un pequeño y rústico altar, sobre el que se elevaba una cruz de madera adornada de flores silvestres, y en el otro extremo, en una hamaca de hilo de henequén, se veía, envuelto en blanca sábana, el cuerpo de una mujer, cuyo rostro pálido y demacrado, indicaba que sufría una grave dolencia. De rodillas junto á la hamaca, y sosteniendo con el brazo izquierdo la cabeza de la enferma, veíase á un joven que fijaba en ésta una mirada llena de ternura, y con el timbre de voz más dulce que hallar podía, la

instaba á tomar un calmante, que con la mano derecha aproximaba á sus labios secos y ardientes. Nuestros lectores habrán conocido ya en la enferma á la Sra. Aguilar y en el joven á su hijo Juan. María se hallaba de pie hacia el otro lado de la hamaca, alumbrando con la luz de una vela de cera virgen aquel triste cuadro. Levantó Juan cuidadosamente la cabeza de su madre y pudo tomar ésta, á duras penas, algunos sorbos del brebaje.

—¿Cómo os sentís, madre mía? preguntó Juan. Alzó los ojos la enferma al oir la pregunta de su hijo, se vió que sus labios se movieron como para formular una respuesta, pero no pudo articular una palabra.

Juan sintió que una mano de hierro comprimía fuerte y cruelmente su corazón; que un sollozo inmenso se levantaba del fondo de su ser y que un torrente de lágrimas pugnaba por abrirse paso entre sus párpados ;pero quedóse el sollozo detenido, sin estallar en su garganta, y las lágrimas apenas pudieron humedecer sus ojos. Era necesario no afligir á aquella pobre madre que luchaba con las ansias de la muerte. Juan dejó descansar de nuevo la cabeza de la enferma sobre las almohadas, se levantó, enjugóse el sudor que inundaba su rostro, y se dirigió hacia la puerta de la casa. Allí de pie en el umbral, se hallaba Pedro Ɔul, impresionado ante aquella escena de dolor.

—Mucho se deja esperar Fray Alonso (1) y temo que llegue tarde, díjole Juan.

—Debe estar al llegar, respondióle Pedro. Como os dije, ya desde ayer mandé á suplicarle que viniera para tener con él una conferencia acerca de asuntos importantes relativos á esta nueva población, y además, al llegar ustedes, he mandado salir violentamente para Pocboc á un mensajero que apresure su viaje.

—Mi pobre madre se muere, Pedro.

—No perdáis la esperanza: Fray Alonso es, además de sacerdote, un gran físico á quien he visto realizar maravillas en todos los pueblos de esta comarca. Pero me parece que es él quien viene ahí . . .

En efecto, algunos indios, provistos de antorchas, avanzaban hacia el camino carretero, en donde se divisaba un grupo de seis indígenas que traían en hombros una camilla. Entonces Pedro Ɔul, seguido de todos los hombres y mujeres que llenaban su casa, salió al encuentro de la camilla, que llegó pocos momentos después, saliendo de ella un franciscano venerable. Avanzó Pedro Ɔul hasta llegar junto al sacerdote, y besándole la mano con religiosa humildad, le entregó su ramillete. Acercáronse, en seguida, todos los demás hombres y mujeres que allí es-

(1) En el manuscrito que nos sirve de guía, no se dice cómo se llamaba este franciscano.

taban, y uno en pos de otro, fueron saludando al Reverendo Padre, besándole la mano y entregándole los ramilletes, que siendo ya muchos, encomendaba á las personas que se hallaban más próximas á él.

—¿Y la enferma en dónde está? preguntó á Pedro Jul, pues ya por el mensajero tenía noticias de ella.

—Aquí en mi casa, señor: podéis entrar desde luego á verla.

Juan, que como hemos dicho, estaba en el umbral de la puerta, avanzó al encuentro del sacerdote, y saludándolo y besándole la mano.

—Señor, le dijo, mi pobre madre, postrada en el lecho del dolor por una grave enfermedad, necesita de los consuelos espirituales de la religión; pero sé, que además de Ministro del Altísimo, sois físico insigne, y así os ruego, que al par de atender á sus necesidas espirituales, veáis de volver á su cuerpo la salud que le falta, ó cuando menos, prolongar su vida cuanto sea posible.

—Haré, hijo mío, lo necesario para atender á sus necesidades corporales y espirituales, y aunque no soy insigne en el difícil arte de curar, poseo algunos conocimientos y no dudéis que haré todo lo posible, (aunque los elementos con que contamos en estas comarcas, son bien reducidos), para tornarla á la salud ó para prolongar su vida.

Penetró, en seguida, el Padre hasta donde la enferma estaba, y sentándose en rústica silla de madera, comenzó á examinarla atentamente; el pulso, la lengua y el pecho, fueron las regiones principales de su minucioso examen, terminado el cual, preparó él mismo una poción compuesta de medicamentos que traía entre su reducido equipaje, poción que le administró en el acto, personalmente. Dos ó tres horas después se presentó el alivio, y la señora, aunque con penoso esfuerzo y voz apenas perceptible, pudo hacer su confesión general y recibir el sagrado Viático. Durante estas últimas ceremonias, Juan estuvo de rodillas, anegado en llanto, que le era ya imposible contener; á cierta distancia del lecho de la enferma, para evitar que ésta advirtiera su aflicción, cubríase el rostro con un pañuelo, dando rienda suelta á sus lágrimas y curso libre á sus sollozos.

Terminadas las sagradas ceremonias, el franciscano se aproximó á Juan, y estrechándole cariñosamente la mano, le dijo:

—Hijo mío, cristiano sois, y como buen español, tendréis entero y firme corazón. Vuestra madre está grave, tan grave, que creo difícil que vea la luz del día de mañana. Sabéis, hijo mio, añadió, al ver que la aflicción de Juan crecía, que la muerte no es más que el tránsito de esta vida llena de miserias y amarguras á otra mejor, preparada para las almas de los justos.

Cumplid vuestros últimos deberes de hijo y de cristiano: haced que preparen un sepulcro conveniente, y estad pronto á recibir la última bendición de vuestra madre. Yo estaré junto á ella hasta que exhale su postrer suspiro.

Transcurrieron algunas horas. Fray Alonso rezaba algunas veces, y otras, ayudado de Juan y de María, administraba á la enferma el medicamento por él preparado, que sería quizás un calmante enérgico. Hacia media noche el alivio era más notable: después de un sueño largo y profundo, abrió los ojos la señora Aguilar, y con voz más perceptible que antes, llamó á su hijo Juan. Aproximóse éste junto al lecho, é hincando en tierra una rodilla, tomó una mano de su madre.

—Hijo mío, dijo ésta, mi sueño está próximo á realizarse: siento que la muerte se va apoderando de mí paulatinamente; que el frío que entumece las extremidades de mi cuerpo va subiendo, subiendo, y que pronto llegará á apoderarse de mi corazón, que es el centro de la vida. Voy, pues, á dejarte para siempre: te quedas sólo en la tierra, sin más compañía que mis restos mortales que te suplico no abandones jamás. Prepárame un sepulcro en el bosque del descanso, que será para mí del descanso eterno. Condúcete siempre como buen español, y sobre todo, como buen cristiano, y cuando sientas que tu virtud vacila ó cuando te atribulen los sinsabores

y las angustias de esta vida, ve á orar á mi sepulcro, que allí estaré yo para darte, con el permiso de Dios, la fortaleza que te falte, ó para infundirte la esperanza y la conformidad que te sean necesarias. Recibe, hijo mío, mi bendición, añadió la anciana, extendiendo sus flacas manos sobre la cabeza de Juan.

En este momento solemne se aproximó María, llevando en la mano un rosario.

—Señora, dijo, ya que el alivio que sentís os permite escucharme, perdonad que os moleste entregándoos este rosario que hemos hallado bajo los árboles del bosque.

—Yo lo perdí el día de nuestro paso por Helelchakán, dijo Juan.

—Me alegro, mucho me alegro de que haya parecido. Este es, María, el obsequio que quería hacerte; y volviéndose á su hijo,—

—Juan, dijo, coloca este rosario en el cuello de María.

Juan obedeció. Cuando María sintió en el cuello el contacto de las manos de Juan, vivo rubor tiñó sus mejillas y apenas pudo balbucir una corta frase de agradecimiento á la señora de Aguilar.

Juan volvió á arrodillarse, y aproximándose á su madre, díjola en voz muy baja, de manera que no pudiera ser oído por los demás:

—Madre mía, no quiero ocultaros por más tiempo un secreto, pues jamás los he tenido pa-

pie junto á él, casi estrechándolo entre sus brazos, se veía al venerable sacerdote, confortándolo con el bálsamo consolador de su palabra encendida en el fuego de su ardiente caridad.

Después de larga plática, y cuando la resignación había caído gota á gota sobre aquel corazón lacerado, rogó Juan á Fray Alonso que lo dejara á solas un momento. Accedió el franciscano á las súplicas de Juan y se retiró á una casa próxima en que se hallaban reunidos casi todos los nuevos pobladores de Helelchakán: oyó allí las pretensiones de éstos, de erigir en pueblo la deliciosa sabana del descanso y de tener por jefe al anciano Pedro ɔul, aprobó aquella decisión, y ofreció escribir á Mérida en solicitud de la licencia necesaria para fundar la nueva población y de los títulos del nuevo Cacique, terminando por excitar á todos á que levantaran un pequeño templo en donde pudieran verificarse los oficios divinos y las prácticas de la Religión cristiana, colocándose la población y el templo bajo el patrocinio del glorioso San Francisco de Asís.

Juan Pérez de Aguilar seguía, entretanto, embargado por la fuerza incontrastable de su dolor junto á la tumba de su Madre; y cuando se hallaba más abstraído en sus tristes meditaciones, una mano se posó blandamente sobre sus espaldas: volvió la vista sorprendido y halló junto á sí la blanca figura de María.

—¡ María, exclamó, María de mi alma, esposa mía! ven, ven á llorar conmigo la muerte de nuestra Madre.

—Rato hace que te espero: no haces bien en entregarte así al dolor, pasándote largas horas sin dormir ni alimentarte. Vamos, la cena te espera.

—Vamos, María, vamos; pero antes necesito que aquí, junto á la tumba de mi madre, me jures que me amas, que me amas como yo te adoro, con toda el alma, con todo el corazón.

—Español, has pensado ya seriamente en lo que dices? ¿No te arrepentirás mañana de haber unido tu suerte á la de una pobre india que no puede llevarte nombre, posición social, riquezas ni honores de ninguna clase?

—¡ Calla, María, por Dios! ¿qué estás diciendo? ¿qué me importan á mí los honores ni las riquezas? Sin mi Madre y sin ti, el mundo me parecería vacío: tú eres la vida de mi vida, el alma de mi alma, tú la flor codiciada cuyo suave perfume ha de embalsamar el aire que respire, tú, en fin, el Angel de mi guarda, la dulce compañera que ha de ayudarme á sobrellevar la carga de la vida y el peso de mi dolor, tú la que vendrá á llorar conmigo junto á la tumba de mi madre. Ya verás: cerca de aquí edificaremos una casa modesta que pueda servir de santuario á nuestro amor . . .

María reclinó la frente, sollozando de alegría,

sobre el pecho de Juan, y no pudo, durante largo rato, pronunciar una sola palabra. Juan enlazó con sus brazos el talle de María, estrechóla convulsivamente contra su corazón, y tomando después, con ambas manos, aquella cabeza adorada, estampó sobre sus labios un beso ardiente . . . María se estremeció, apartó dulcemente á Juan y calló de rodillas frente á la tumba que se levantaba iluminada por los rayos de la luna.

—Pues bien, exclamó, yo te juro por la memoria de mi Madre y de la tuya, que te amo y que te amaré hasta el último instante de mi vida. Sí, Juan de mi alma, yo te amé desde el feliz momento en que te ví, por vez primera, en el camino de Campeche. Ninguna mirada antes de la tuya había logrado conmover mi corazón ni agitar mi alma tan dulcemente con sensaciones hasta entonces, para mí, desconocidas. Yo te amo, Juan mío, yo te adoro, y como estoy ya firmemente persuadida de que tú también me amas, seré tu esposa.

—Gracias, María de mi alma. Este es el momento más feliz de mi vida. Vamos, vamos, quiero pedir tu mano hoy mismo á tu tío Pedro.

—Puedes hacerlo confiadamente: todo se lo he revelado, y después de consultar con Fray Alonso, me ha manifestado que accedería con gusto á nuestros deseos.

Y enlazadas las manos cariñosamente, tomaron Juan y María el camino de la casa de Pedro Ɔul.

En la noche del 24 de Diciembre de un año que se ignora, fué inaugurado el pequeño templo de la nueva población, que fué edificado en el ángulo S. O. del hermoso bosque, concurriendo á la ceremonia muchos vecinos de los pueblos de Pocboc, Pomuch, Xkalunkín y otros de la comarca. A las tres de la madrugada de ese mismo día, Fray Alonso unió para siempre, con los lazos del matrimonio, los destinos de Juan y de María, quienes fueron enteramente felices en aquel hogar levantado por la mano caprichosa del amor, en medio de la sabana deliciosa del descanso. Allí, junto á la tumba de su Madre, se deslizó la vida monótona pero feliz de Juan y de María, que fueron así los primeros fundadores de la nueva población.

Han pasado ya muchos años.

El tiempo ha borrado casi todas las huellas de estos sencillos acontecimientos: el improvisado templo ha sido sustituido por la actual iglesia parroquial, de sólida construcción, y las pobres casuchas y barracas primitivas por edificios de mampostería, más ó menos amplios, y por casas de palmas mejor construídas.

La pobre aldea de Helelchakán, se ha convertido en la Villa de Hecelchakán, una de las

poblaciones más importantes del moderno Estado de Campeche. (1)

¿Qué se hizo del hermoso bosque? ¿qué de las piedras labradas? ¿qué de los frondosos árboles que prestaban su sombra bienhechora á los fatigados caminantes? Nada de esto existe ya. Los árboles y las piedras sirvieron para la fabricación del nuevo templo y de la casa cural, que hoy existen lejos del paraje en que se edificó el templo primitivo, y por último, aun la fuente de agua cristalina, que durante tantos años calmó la sed de los viajeros, fué cegada, por orden del Ayuntamiento de la Villa, el 27 de Marzo de 1874!

Sin embargo, la mano del tiempo, de suyo implacable y destructora, no ha podido lograr que desaparezca una de las columnas que cerraron la tumba de la Madre de Juan; columna que, conservando una de las iniciales del nombre de Alfonso Pérez, la letra P, existe aún en el claustro de la Casa Cural, como única huella, como único recuerdo de la fundación de Hecelchakán y de los sucesos que acabamos de narrar y constituyen el sencillo argumento de *La Realidad de un Sueño.*

---

(1) El pueblo de Hecelchakán fué erigido en Villa, con el distintivo de *patriota*, por Orden de 19 de Junio de 1833.

SEGUNDA PARTE.

ENSAYOS LIRICOS.

ALBORADA.

DE su lecho de perlas y de flores
sonriendo levántase la Aurora,
placer llevando á los mortales pechos
henchidos siempre de letal congoja.

Con sus rosados dedos entreabre
las puertas del alcázar en que mora
el padre de la luz, y es su sonrisa
mensajera feliz que al Sol pregona.

Las impalpables sombras de la noche,
del dulce y blando sueño protectoras,
huyendo van camino del Poniente
indecisas, fugaces, temerosas.

Ya la niebla recoge apresurada
sus largos velos y sus albas tocas,
y de la abrupta cumbre de los montes
baja huyendo á la vega encantadora.

Las aves en sus nidos se rebullen
ensayando sus arias cadenciosas,
y se escucha el suspiro de la brisa,
y se escucha el gemir de la paloma.

Entreabre su broche la azucena;
la perla del rocío brilladora
de los pétalos tiernos se desliza
y en el cándido seno se aprisiona.

En la playa desierta emprende el vuelo
el cisne airoso ó la gentil gaviota,
y va rizando con sus blancas alas
del mar movible las inquietas ondas.

El gallo canta aleteando alegre
y á su familia en derredor convoca,
y se escucha en las torres de la aldea
la voz de las campanas sonorosa.

Himno solemne, universal, inmenso,
naturaleza al Creador entona,
y los ecos sublimes de su canto
hasta al pie de su trono se remontan.

Ya el astro de la luz en el oriente
con majestad descubre esplendorosa

la enrojecida faz, lanzando al mundo
rayos de fuego que los campos doran.

Y como invade el infinito espacio
el éter en sus alas misteriosas,
así la luz en ondulantes giros
veloz se extiende por la tierra toda.

Las sombras huyen con la negra noche
y á las miradas del mortal atónitas,
cual sublime visión que el alma embarga,
la tierra se descubre arrobadora.

En panorama espléndido se miran
altos montes, campiñas deliciosas,
y arroyos murmurantes y torrentes
que se derrumban desde la alta roca;

los ríos caudalosos, cuyas márgenes
plantas y flores enlazadas bordan,
y el resonante mar que embravecido
lanza á los cielos sus hirvientes olas.
. . . .

¡Señor, Señor! el alma te contempla
en la luz indecisa de la aurora;
mi espíritu tu espíritu adivina
al través de las nieblas y las sombras.

La mirada de luz del sol radiante
es, Señor, tu mirada poderosa:
las líneas refulgentes de sus rayos
oceanos de mundos eslabonan.

El viento que resuena en la montaña
y quiebra su furor sobre las rocas;
el céfiro que vaga en las campiñas
y se queja y suspira entre las hojas;

el río sonoroso y la cascada,
cuyas voces solemnes, majestuosas,
elévanse á la par que el dulce arrullo
del lago y de la fuente bullidora;

el poderoso mar que ruge fiero,
si la tormenta sin piedad lo azota,
y coronadas van de blanca espuma
á morir en sus márgenes las olas;

naturaleza, en fin, alborozada
tu santo nombre sin cesar pregona,
y en su concierto universal eleva
hasta ti sus plegarias fervorosas.

Átomo yo que vaga á la ventura,
grano de polvo que huracán arroja

al abismo insondable de la vida,
sombra vana que cruza vaporosa;

uno también mi acento á la plegaria
que entona con amor la tierra toda,
y al débil eco de mi humilde lira,
yo canto á tu poder, canto á tu gloria!

LUMEN IN CŒLO.

BROTA á raudales de tu labio augusto
la poesía, la verdad, la ciencia,
y el mundo aprende humilde en tu presencia
á conocer y amar lo bueno y justo.

El campo alumbras del error vetusto
con la luz de tu clara inteligencia,
y á su benigna y suave refulgencia
el mundo serenó su rostro adusto.

La fe y la libertad armonizaste
y la paz opusistes á la guerra,
cortando á la impiedad el raudo vuelo.

Entre los grandes, grande te elevaste,
y si tu genio es luz aquí en la tierra,
luz ha de ser tu espíritu en el cielo.

DESVARIO.

Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Gutierre de Cetina.

POR qué me miras, Elena?
No me mires, si en tus ojos
sólo he de ver los enojos
que te causa mi pasión.
No me mires, que al mirarme
siento en el alma la muerte,
y quisiera no quererte
mi angustiado corazón.

No me mires, no me mires
si has de mirarme enojada,
si en tu límpida mirada
sólo desdén he de hallar.

Mas ¿qué digo? ¡loco estoy!
Perdona mi desvarío,
mírame, dulce amor mío,
no me dejes de mirar.

¿Qué importa que esté la muerte
en tu mirada escondida,
si es muerte que da la vida
á la llama de mi amor?
Cuando en tus pupilas arde
el odio implacable y fiero,
de la muerte es mensajero;
presa de la muerte soy.

Y si dejas de mirarme,
vuelvo á sufrir cruel tormento,
y otra vez la muerte siento
en mis venas circular.
Si he de morir por no verte,
por no gozar tu mirada,
prefiero la muerte airada
en tus ojos encontrar.

Si en ellos hallo la muerte,
esta muerte apetecida
es para mí dulce vida,
es para mí grato Edén.

Muero porque no me adoras,
y vivo porque te adoro;
¡ unas veces triste lloro
y otras río, dulce bien!

Y así viviendo y muriendo,
porque me mires airada
ó la luz de tu mirada,
se aparte esquiva de mí,
entre la vida y la muerte
vivo y muero agonizando,
y muero y vivo gozando,
ya desdichado ó feliz.

¡ Qué dulce muerte es la muerte
que causan tus bellos ojos!
¡ Qué dulces son los enojos
que al alma suelen causar!
Perdona mis tristes quejas,
perdona mi desvarío;
¡ mírame, dulce amor mío,
no me dejes de mirar!

A PEDRO I. PÉREZ,

con motivo de la función dedicada á honrar su memoria.

El cielo tropical prestó fulgores
á tu mirada límpida y ardiente,
fúlgida aureola á tu espaciosa frente,
do el genio concentró sus resplandores.

Dióte la selva mágicos rumores,
su voz el trueno, su gemir la fuente,
y un ángel del Señor, resplandeciente,
el arpa de oro en que cantaste amores.

Y pulsaste el laud del sentimiento;
brilló tu genio como el sol fecundo,
y cantaste, poeta, y de tu acento

el eco dulce, armónico y profundo,
á la altura se alzó del firmamento,
y una corona arrebataste al mundo!

A CRISTOBAL COLÓN.

Composición leída en una velada
que en el teatro "Peón Contreras," celebró la
Colonia Española.

I.

NO hay grandeza, Colón, cual tu grandeza,
ni humana gloria se igualó á tu gloria;
no buscaste el laurel de la victoria
y él ciñó inmarcesible tu cabeza.
No quisiste el poder ni la nobleza,
y el genio te otorgó su ejecutoria;
no ambicionaste el lauro de la historia,
y su libro mejor contigo empieza.
Fijos los ojos, con amor profundo,
siempre en Jesús, tu místico modelo,
si un pensamiento, para el bien fecundo,
tu mente concibió, no fué tu anhelo
alzarte grande ante la faz del mundo,
sí conquistar un mundo para el cielo.

II.

Una noche, quizás, cuando el planeta
de la argentada luz se sumergía
del proceloso mar en la onda fría,
la inspiración sentiste del profeta.
Y sabio nauta, soñador, poeta,
tu genio poderoso concebía
germen de luz que allá resplandecía
en el abismo de tu mente inquieta.
Y fijas tus miradas hacia donde
se une el mar con el alto firmamento,
viste crecer en luz tu pensamiento,
y anheloso exclamaste: "allí se esconde;"
y al mirar tu secreto sorprendido,
el orbe se detuvo estremecido.

III.

Y te lanzas al mar: tus carabelas
en las ondas movibles se deslizan,
y el glorioso pendón que en ellas izan,
en mundos nuevos desplegar anhelas.
Hinchan los vientos prósperos las velas
que los cristales de las ondas rizan,
y tu fe y tu valor se vigorizan
en la espuma fugaz de las estelas.

Alza la rebelión su adusta frente;
crece tu fe; tu genio soberano
la rebelión domina, y de repente,
del fondo del Atlántico profundo,
se levanta ante ti, resplandeciente,
sol de tu gloria, el anhelado mundo.

IV.

De pie en la cumbre de elevado monte,
que de la tierra al cielo se retira,
el Genio de la América te mira
la línea trasponer del horizonte.
Contempla que tu barca ya remonte
el mar inmenso que á sus pies expira,
y con creciente sobresalto admira
que el tenebroso mar audaz afronte.
A la cumbre más alta se avalanza,
con el mazo golpea el fuerte escudo,
y con voz estentórea al aire lanza
grito de alerta pavoroso y rudo;
y dos mundos, al eco estremecidos,
se levantan y miran sorprendidos.

V.

¡Allí América está! Ella es tu gloria,
ella el rayo de luz de tu talento,

ella la hija feliz del pensamiento
que el Ángel te inspiró de la victoria.
Emblema que en el libro de la historia
señala el triunfo de tu audaz intento,
inmenso pedestal del monumento
que alza la tierra á tu ínclita memoria.
¡Salve, Colón, espíritu fecundo,
loco inmortal que en místico delirio
soñaste hallar el ignorado mundo!
Si España te premió con el martirio,
hoy España y el mundo te coronan
y tu renombre, sin igual, pregonan.

JUNTO Á LA TUMBA

DE LA NIÑA

MARIA ROSADO LIZARDI.

> **Morir siendo una niña todavía;**
> **Tocar la excelsa cumbre sin caer,**
> **Morir tan ángel como tú, María,**
> **¡ Esto es nacer !**

NACE el sol á la mañana
de la aurora en el regazo,
y desata el áureo lazo
de sus fulgores de grana.
Brota á la vida, lozana,
entreabriendo su corola,
la azucena ó la amapola,
y velada por la bruma,
nace rizada de espuma
en el mar gigante la ola.

Apaga el sol sus fulgores
haciendo expirar el día,
de la mar en la onda fría.
A sus tenues resplandores,
marchitos ya sus colores,
cae al suelo deshojada
la flor que fué celebrada
cual reina de la hermosura,
y va á morir la onda pura
sobre la orilla apartada.

¡ Oh fugaz y breve historia
del ser que á la vida nace,
y cual niebla se deshace
sin dejar una memoria
de su vida transitoria !
¡ Oh fiero implacable sino !
¡ Oh cruel y triste destino !
El alma gimiendo advierte,
que la vida sólo es muerte,
burla del hado mezquino.

Héme al caer de la tarde
junto á tu fosa sombría,
perla de la patria mía !
Siento el corazón, que alarde
hacía de valor, cobarde.
Y es que miro frente á frente
á la muerte sonriente

gozar en su triunfo loco;
es que el frío mármol toco
que oculta á un ser inocente.

Esta lápida mortuoria,
y el sauce triste y sombrío
de funeral murmurío,
traen hoy á mi memoria
cuán fugaz y transitoria
fué tu existir en la tierra,
y el alma mía se aterra
pensando en tu desventura,
al pie de la sepultura
que tus despojos encierra.

Àngel fuiste que en el mundo
apenas huella dejaste,
porque estrecho le encontraste,
árido, triste, infecundo.
Y libre del lodo inmundo
de tu corteza hechicera,
cruzaste la azul esfera,
el infinito que asombra,
y tuviste por alfombra
á la inmensidad entera.

Dichosa fuiste, María,
que en el fúnebre ataúd,

el puerto de la salud
hallaste en temprano día.
Libre de mundana orgía
tus vestiduras dejando,
vas en el éter flotando,
cual flota la blanca nube,
y tu alma de niña sube
la gloria de Dios buscando.

Dichosa tú, que encontraste
en el infinito espacio,
el espléndido palacio
que tantas veces soñaste.
Dichosa tú que dejaste
pompas del mundo mezquinas,
y en las regiones divinas,
que con tu presencia encantas,
miras rodar á tus plantas
mil esferas peregrinas.

Dichosa tú ! que el morir
de la vida en los albores,
sin angustias ni dolores,
no es morir, sino vivir.
Dichosa tú, que al partir
no tuviste qué temer,
y partiste sin caer.
¡ Llegar á la excelsa cumbre

do irradia divina lumbre,
siendo un ángel . . . es nacer!

. . . .

Sauces de triste murmullo,
prestad al sepulcro sombra;
violetas, servid de alfombra
á una violeta en capullo.
Prestad, aves, vuestro arrullo
á la paloma inocente
que el vendaval inclemente
azotó al tender el vuelo;
venid, ángeles del cielo,
cantad su gloria esplendente.

EL TIEMPO.

AL SEÑOR DON VICTORIANO AGÜEROS.

UN año más, un año
su frente encanecida
del tiempo en el abismo
ya triste sepultó!
¡Un año más, un año,
suspiro de la vida,
lamento doloroso
que el aire se llevó!

Un año, sí, ¿qué importa?
decidme, ¿qué es un año?
Palabra que pronuncian
los siglos al pasar;
sonido misterioso
que vaga en giro extraño,
y apenas si percibe
la inmensa eternidad.

Es nube voladora
que allá en el firmamento
va alígera arrastrando
su manto de oro y tul,
y mírase indecisa,
veloz cual pensamiento,
su sombra dibujarse
del lago en la onda azul.

Del mar de nuestra vida
espuma que levanta
del tiempo fugitivo
la airada tempestad,
y lleva de ola en ola,
con rapidez que espanta,
cabe la blanca orilla
su triste fin á hallar.

¡ Detén tu vuelo, oh sombra
que cruzas el espacio,
detén tu vuelo, escucha
mi grito de dolor !
Tu vida es cual mi vida,
magnífico palacio
forjado por la mente
de pobre soñador.

Detén tu curso eterno,
pues siento que la vida

fugaz y deleznable
contigo huyendo va;
que pronto mi cabeza
veráse encanecida,
y siento que mi sangre
tu soplo helando está.

Mas ¡ ay ! en vano, en vano
pretendo, que es locura,
tu raudo torbellino
momentos detener;
mis ojos verán siempre
tu negra vestidura,
cual sombra vana ante ellos
pasar, desparecer.

Tras ella va mi vida
cual rápido torrente
que cae de la cumbre
con ruido aterrador,
y extiende por el valle
su límpida corriente,
que muere entre las ondas
del mar atronador.

En vano será ¡ oh tiempo !
que siga tu camino,

y en vano que procure
tu curso detener.
Tu ruta es ruta eterna,
correr es tu destino
sin un instante solo
tu viaje suspender.

Al soplo de tus labios
mil seres se levantan
do quiera que tú posas,
huyendo, el leve pie;
con vida se extremecen,
palpitan, giran, cantan,
mas huyes y los dejas
en breve perecer.

Si tú nos das la vida,
bien pronto la arrebatas;
¡ser eres caprichoso,
creador y destructor,
avaro de la dicha
que das y luego matas,
fuente eres bienhechora,
torrente asolador!

Arco iris que en el cielo
de Dios la mano traza,
si calma sus furores
la fiera tempestad:

sus prístinos cambiantes
reviven la esperanza
que el corazón abriga
del mísero mortal.

Mas ¡ ay ! cuán pronto extingue
la noche con su manto
los fúlgidos reflejos
del arco bienhechor !
¡ Cuán presto la alegría
conviértese en quebranto !
¡ Cuán presto la ventura
tornarse vi en dolor !

El día es hijo tuyo,
la vida simboliza ;
el sol, tu fiel ministro,
derrámala do quier ;
mas tú también produces
la noche que horroriza,
la noche que semeja,
fatídica, el no ser.

Y así la noche al día
va siempre sucediendo,
que en pos de la ventura
camina el cruel dolor,

y rápidos van ambos,
tu impulso obedeciendo,
á caer en honda sima
do nunca luce el sol.

¿Quién eres, ser extraño,
que naces cuando mueres,
y mueres cuando naces,
que siempre vivo estás
y siempre estás muriendo?
Mi afán alivia, ¿qué eres?;
¿de dónde vienes?, dime,
responde, ¿á dónde vas?

¡Enigma misterioso
que el alma mía asombra
y en vano comprenderte
procura la razón!
Ni espíritu, ni cuerpo,
ni luz, ni aun vana sombra;
no existes y en ti existen
los mundos, la creación.

Tú vives porque vivo,
no mueres porque muera,
que mientras seres haya
tú siempre vivirás.

Tú marcas de mi vida
la noche pasajera . . .
La eternidad sin límites
de Dios no marcarás.

Tu curso sigue ¡ oh tiempo !
tu raudo torbellino
yo en horas de locura
quisiera detener ;
tu ruta es ruta eterna,
correr es tu destino
sin un instante solo
tu viaje suspender.

ROSA MÍSTICA.

Rosa en el campo de David brotada,
del jardín de los cielos desprendida,
tú embalsamas el aura de la vida
por el negro pecado envenenada.

Rosa que fuiste reina proclamada
de las rosas de Sion, y enaltecida
hasta el trono de Dios, estás circuida
de soles, y de estrellas coronada.

De tu aroma divino se llenaron
cielo y tierra, y tu cándida hermosura
símbolo es fiel de angélica pureza.

Y la tierra y los cielos te aclamaron
de las flores, la flor más bella y pura,
mística rosa de gentil belleza.

DE VERACRUZ Á MÉXICO.

A MI INOLVIDABLE AMIGO

FRANCISCO SOSA.

YA la luz de la mañana
vaga y tímida alborea,
y en disipar se recrea
la blanca niebla liviana.
Se escucha de la campana
la voz pausada y sonora,
y la gran locomotora,
que ruge, tiembla y se agita,
ya rauda se precipita
y ya la vía devora.

Del monte tras la cortina
se oculta, al fin, Veracruz,

y va creciendo la luz
sobre la enhiesta colina.
En la montaña vecina
un mar de nubes se mece . . .
tras ella luego aparece,
entre mares de arrebol,
la encendida faz del sol,
y á su luz el mundo crece.

. . . .
. . . .

¿ Es un sueño ó es verdad ?
¿ Es acaso devaneo
ó es ilusión que el deseo
disfrazó de realidad ?
¡ Qué imponente majestad !
¡ qué regia naturaleza !
Brilla en ella tu grandeza
¡ oh Señor ! arrobadora,
y en ella el alma te adora,
y en ella te mira y reza.

Baja del sol el torrente
de los rayos tembladores,
y la luz en mil colores
pinta un cuadro sorprendente.
Mares de oro reluciente,
lagos de zafir y gualda,

océanos de esmeralda,
de púrpura y de topacio,
apenas tienen espacio
de los montes en la falda.

¡Qué hermosura!, qué portento
de creación jamás soñada!
¡Qué realidad ignorada
por el audaz pensamiento!
¿Qué bardo en el ardimiento
de sublime inspiración,
pudo gozar tu visión,
¡oh mundo, cuya belleza
hace pensar que en ti empieza
del mismo Dios la mansión?

¿Qué pintor lograra tanto
que fiel pudiera copiarte
y á sus lienzos trasladarte
con tus bellezas y encanto?
¿Qué cielo tiene tu manto,
que del sol los rayos doran
y ricas tintas coloran,
¡oh espléndido cielo azul?
¿Qué tul se parece al tul
de las nubes que en ti moran?

Rueda en sus rieles de acero
la gentil locomotora,

que las distancias devora
y yo detenerla quiero.
Todo es aquí pasajero;
fijarlo ansío un instante,
y miro absorto, anhelante,
cómo indeciso y fugaz,
va huyendo siempre hacia atrás,
y yo siempre hacia adelante.

El extenso llano miro
cercado por altos montes,
¡qué espléndidos horizontes!,
¡qué panoramas admiro!
Do quiera la vista giro
sin dejar de contemplar
este que parece un mar
de no soñada belleza:
ó aquí el Paraíso empieza,
ó voy el cielo á escalar.

Sobre el viaducto atrevido,
que en pies inmensos descansa,
la máquina se avalanza
como león perseguido.
Cruje el hierro estremecido,
que en los rieles se golpea,
y lanza la chimenea
su cabellera que sube

á confundirse en la nube
que en la montaña rastrea.

Roncos bramidos lanzando,
su carrera audaz y rauda
contiene, y su extensa cauda
lentamente va arrastrando.
Y á la alta cumbre trepando,
que sobre cumbres se extiende,
un mar infinito hiende
de nubes y de celajes . . .
¡ son divinos cortinajes
que el cielo, á su paso, prende !

Baja luego majestuosa
y entra en el túnel oscuro,
con paso firme y seguro,
con la altivez de una hermosa.
¡ Allí está la portentosa
obra del genio : es el puente
de Metlac, férrea serpiente,
que sobre montes descansa,
y sobre honda sima lanza
su media luna esplendente.

De espanto y admiración
un grito del pecho arranca,
ya la profunda barranca,
ya del hombre la creación.

¡ Qué inefable sensación !
¡ qué dulce encanto, Dios mío !
á mis pies el hondo río,
sobre mí los altos montes,
más allá los horizontes
y do quier tu poderío !

Huye este cuadro grandioso,
que en el vacío se mece,
y pronto desaparece
cual ensueño vaporoso.
Luego el valle delicioso
de Orizaba se presenta
que mil primores ostenta.
¡ Cuánta luz y cuántas flores !
Del Pico los resplandores
tanto primor acrecienta.

Huye el Valle de Orizaba
y con él su manso río,
la ciudad, su caserío
que la montaña ocultaba.
Mas luciendo continuaba
Citlaltepec su belleza,
su gallarda gentileza
y sus faldas espaciosas,
que ha esmaltado con sus rosas
la rica naturaleza.

Sube rugiendo otra vez
el férreo monstruo de fuego,
se detiene y sigue luego
corriendo con avidez.
Pasa pronto la estrechez
de otro túnel y otro puente,
y sube y sube rugiente
á las cumbres de Maltrata,
desde donde se retrata
un panorama esplendente.

Del valle en el ancho seno,
como búcaro de flores,
duerme su sueño de amores
de Maltrata el pueblo ameno.
De templos y casas lleno
se le ve desde la altura,
como un pueblo en miniatura
que regio altar embellece;
y á veces desaparece
tras la revuelta espesura.

¡ Cuán gentil y primorosa
te hizo Dios, oh patria mía !
¡ Jamás loca fantasía
soñó mansión tan hermosa !
¿ Mas por qué en el alma ansiosa,
al contemplar tu hermosura,

surgir vi la imagen pura
de otra apartada región,
que adora mi corazón
con frenesí, con locura?

¿Por qué á mi mente acudió
la memoria no borrada
de la tierra idolatrada
do mi cuna se meció?
¿Por qué el alma suspiró,
con tristeza y desconsuelo,
por contemplar otro cielo,
do entre nubes de arrebol,
más brillante luce el Sol
sobre el infecundo suelo?

¿Por qué vi mecerse ufana
sobre la playa arenosa,
la palma gentil y airosa
que mi verjel engalana?
¡No lo sé, patria itzalana!
mas tú brotaste á mi mente
cual visión resplandeciente;
y mi inquieta fantasía,
con las galas te vestía
de esta tierra sorprendente.

Envidiaba sus colinas
para ti, sus altos montes,

sus lejanos horizontes
y sus nieblas opalinas.
¡ Cómo las manos divinas,
¡ oh México !, te adornaron,
y en tu seno derramaron,
colmándote de ventura,
los dones de la hermosura
que otras tierras te envidiaron !

. . . .
. . . .

Mucho tiempo ya ha pasado,
y aún grabada está en la mente
tu hermosura sorprendente,
tu encanto nunca soñado.
Pretendo hoy, loco y osado,
mis canciones entonarte,
y en mis versos retratarte . . . .
¡ vano esfuerzo que me abruma !
¡ Rompo ya la tosca pluma
que no ha podido pintarte !

LLANTO DEL CORAZÓN.

¿ Y eres tú la que un tiempo me decía
que con el alma entera me adoraba ?
¿ Y eres tú la que amante me juraba
mil veces que jamás me olvidaría ?

¿ Por qué hoy te miro indiferente y fría ?
¿ Dónde está de tu amor la ardiente lava ?
¡ Tú, pérfida mujer, eres ya esclava
de una loca pasión, que no es la mía !

Corre ciega y cautívente los lazos
á que ese afecto criminal te lleva ;
de mi fe rasga el velo en mil pedazos ;

no mi recuerdo á compasión te mueva . . .
¿ qué te importa mi amor ? ¡ Olvida y goza
mientras mi pobre corazón solloza !

EL NADADOR Y LA CORRIENTE.

Mucho de audaz y poco de prudente
tuvo seguramente
un ágil nadador que pretendía,
en no lejano día,
cruzar un río contra la corriente.
Y aunque no le faltó quien le dijera
que el riesgo no corriera,
él, obstinado y loco,
de su fuerza y valor no desconfía.
Se desnuda, se lanza á la onda fría,
en donde se le ve luchar á poco.
Y lucha con valor y con pujanza,
con tan raro denuedo,
que llega á sonreirle la esperanza
de salir victorioso en la ardua empresa.
Ya la orilla contraria á ver alcanza
y de nadar no cesa;
mas la fuerza le falta, al fin, y el brío,
y aunque sin tregua lucha
con creciente valor y sin descanso,

la corriente le arrastra y en el río
húndese hallando inevitable muerte.
Un instante después, su cuerpo inerte,
que la corriente azota,
sobre las ondas turbulentas flota,
y empujado del río hacia un remanso
parece que navega
y á deterse entre los juncos llega.
Esta historia demuestra solamente,
que es inútil audacia y grán locura
con la fuerza luchar de la corriente.

EL SÁBADO DE GLORIA.

SOBRE la línea azul del horizonte,
que en curva inmensa extiéndese lejana,
del sol de la mañana
la nave esplendorosa,
á navegar comienza majestuosa
con sus velas de fuego sacudidas
por impetuoso viento,
el infinito mar del firmamento.
Las nieblas impelidas
de la alta cumbre del Calvario monte
por el aire sutil en que se mecen,
bajan del valle hasta el risueño fondo,
y al fin desaparecen
del barranco profundo en lo más hondo.

¡ Qué esplendoroso el luminar del día
sus rayos lanza en la azulada esfera,
llevando la alegría
y la luz por doquier, como si hubiera

llegado á la mitad de su carrera!
Torrentes de armonía
se escuchan resonar, cual himno santo
que alegre coro angelical alzara
y al Creador del mundo dedicara.

Abren las flores su nevado broche
luciendo en sus corolas,
que del río en las linfas se retratan,
lágrimas que virtió la tibia noche.
Y surgen de sus cálices las olas
de los perfumes suaves
que en las ondas del aire se dilatan.
Y sonríe feliz Naturaleza
llena de puro y cándido alborozo
al contemplar su mágica belleza . . .

Mas súbito temblor conmueve al mundo,
cual si un astro, saliendo del camino
que señalado entre los orbes tiene,
rozado hubiera el eje diamantino
en que el orbe terráqueo se mantiene.
Y allá del cielo en la azulada altura,
surgir se ve un querube
de luz vestido y nítida blancura,
y la extensión del cielo
cruzando en manso vuelo,
al sitio llega donde en pobre fosa

del Hombre-Dios la humanidad reposa.
Suave perfume, como flor divina,
de Cristo el cuerpo exhala . . .
y apenas con el ala
el Ángel del Señor la piedra toca,
se abre la tumba y derribados caen,
de súbito pavor sobrecogidos,
como las cañas que doblega el viento,
los soldados de Herodes escogidos
para guardar de Cristo el monumento.
Con suaves y aromáticas resinas
llegaron las mujeres
que las huellas divinas
siguieron hasta el monte del Calvario,
y grande fué su asombro cuando vieron
vacía ya la tumba,
en que el cuerpo de Cristo hallar creyeron,
y en el suelo el blanquísimo sudario.

La triste Magdalena
deja, entonces, correr acerbo llanto;
ante el sepulcro póstrase, y la pena
y el hondo desconsuelo y el quebranto
en sus sombras amargas la envolvían...
Mas de pronto escuchó que le decían:
—"Di, mujer, ¿por qué lloras?"
Al oir tal acento, con presteza
tornando la cabeza,
ve entre mares de luz arrobadoras,

con majestad augusta destacarse
de su Jesús la imagen bendecida,
y absorta y sorprendida,
arrójase á sus plantas ;
mas extiende Jesús las manos santas,
las aún heridas y sangrientas manos,
—"Y no me toques, dice, soy el Cristo,
voy á mi Padre aún ; á mis hermanos
di que á Jesús resucitado has visto."
Pronto la extraña nueva,
como la luz que los espacios hiende,
por la ciudad se extiende ;
la fe de los dicípulos renueva,
y corre el pueblo en grupos afanoso
á contemplar á aquel Crucificado
á la vida inmortal resucitado.

Predicho estaba así. Las escrituras
tuvieron ya su exacto cumplimiento.
El Hombre-Dios desde elevada roca
álzase majestuoso al firmamento,
y cual radiante alígero querube,
desaparece, al fin, en las alturas
entre el fúlgido albor de tenue nube.

EL RELOJ.

Máquina eres portentosa
en la que juzgo reside,
genio que del tiempo mide
la carrera presurosa.
¡ Invención maravillosa
del humano pensamiento !,
tú nos marcas el momento
breve y fugaz de la vida,
que es estación de partida
en el valle del tormento.

Escucho absorto, anhelante,
el sonido acompasado,
siempre igual, siempre pausado,
de tu péndola oscilante.
¡ Oh qué breve es un instante !
Los segundos sólo son
tu rápida oscilación,
instantes fugaces, leves,
como los latidos breves
del reloj del corazón.

Llevo la mano abatido
al corazón palpitante;
si tú marcas un instante,
en este siento un latido.
Tú, corazón dolorido,
sus pasos vas señalando,
y estáis los dos revelando
el triste fin de la etapa:
tú, reloj, que el tiempo escapa;
corazón, que vas pasando.

Un artífice divino
parece que te formó,
y el tiempo medir te dió
como tu único destino.
Sigue, reloj, tu camino,
no interrumpas tu carrera,
que al detenerse, creyera
que el corazón dejaría
de latir, y que sería
ley forzosa que muriera!

JULIO CESAR.

En consorcio feliz al genio aduna
valor y audacia : al templo de la gloria,
por la senda florida de la historia,
en sus alas le lleva la fortuna.

Su genio resplandece en la tribuna,
y consigue el laurel de la oratoria ;
en la guerra le guía la victoria,
y es su fama inmortal como ninguna.

De su rival la estrella fulgurante
á la luz de la suya palidece,
y hasta el trono se acerca vacilante.

Mas cuando el mundo absorto le obedece.
brilla el puñal de Bruto, y el gigante
en brazos de la gloria se adormece.

CONTRARIEDADES.

SILVIO su pasión declara
á la gentil Magdalena:
él urge y ella resiste,
y al fin le dice risueña:
—"Juras que me quieres, Silvio,
¡ y ojalá no me quisieras !
pues no pudiendo quererte,
tu pasión me causa pena.
¿ Cómo fué que resolviste
combatir mi resistencia,
y quererme, á pesar mío,
contra el viento y la marea ?
Tu ardiente amor importuno,
es un amor que, por fuerza,
lejos de causarnos dichas
sólo desventuras crea.
Me quieres, y te parece
natural que yo te quiera,
y al verte desengañado
sueltas al dolor las riendas.

No te quiero, y tu cariño
sólo á sufrir me condena
desazones, inquietudes,
contrariedades perpetuas.
Amor es nota sublime
que en el alma nace y suena,
y en las ondas de la dicha
hasta los cielos se eleva.
Esto es amor, si la nota
con otra armónica suena,
y ambas unísonas vibran
y en el espacio se elevan.
Mas ¡ ay ! si la pobre nota
solitaria gira inquieta,
sólo es ingrato sonido,
áspera voz pasajera.
Esto es amor, no lo dudes,
si en un solo pecho reina,
si en un corazón anida
y no hay otro que lo sienta.
Quien ama, sufre tormentos
porque su pasión desdeñan ;
sufre la persona amada
que no quiere que la quieran.
Todas son contrariedades,
zozobras, disgustos, penas . . .
Conque así, mi caro amigo,
no te quiero, aunque me quieras."

PROBLEMA.

VIRTUD, eres un nombre, exclamó Bruto,
cuando en Filipos el amargo fruto
de su traición á César recogía;
y pudo la osadía
de tan procaz discurso, en su derrota,
conquistarle el dictado de patriota.
Vende á su maestro Judas Iscariote,
y de traidor el pavoroso mote,
vibrando en su conciencia, le intimida
y le acosa sin tregua y se suicida.
Aquí para dar punto
á la cuestión, pregunto:
¿ven en Judas y en Bruto mis lectores
un traidor y un patriota, ó dos traidores?

Ovidio Zorrilla.

SOLUCIÓN PROBLEMÁTICA.

Con musa filosófica,
formulas un problema,
adoptando por tesis ó por tema:
si en Judas ven y en Bruto tus lectores,
un traidor y un patriota ó dos traidores.
Al criterio común tal cosa ataca,
pues á Bruto han tenido por patriota,
¡cosa extraña! á pesar de su derrota.
Suele olvidarse el crimen, si á él se aduna
el vencer, con provecho, á la fortuna.
Mas si se rinde á la razón tributo,
si patriota, además, traidor fué Bruto;
y si traición se llama su delito,
pues fué desleal á la amistad de un hombre,
ahora necesito
que des al crimen de Iscariote nombre.
Y será cuando sepan tus lectores
si ambos no fueron más que dos traidores.

ELEGÍA.

En la llorada muerte del inspirado poeta
Presbítero
Lic. D. Francisco Vadillo Argüelles.

ROMPES, al fin, la arcilla deleznable
que entre sombras tu espíritu eclipsaba,
y alzando el vuelo, en majestuoso giro,
á las regiones de la luz te lanzas.

Desde la cárcel en que triste moro,
cárcel del mundo en que se asfixia mi alma,
envidioso contemplo cómo subes,
agitando feliz las níveas alas.

Ya el suave resplandor de luz divina
te circunda do quier, tu rostro baña,
y la nube luminosa que te envuelve,
más la luz de tu espíritu agiganta.

Se oye del coro angelical el himno,
y se escucha el rumor de los *hosannas*,
y abre sus puertas de diamante y oro
la celeste mansión de venturanza.

Torna los ojos hacia mí un momento,
no te ocultes sin dar una mirada
al sepulcro sombrío donde vive,
esta vida, que es muerte, el alma esclava.

Mas en vano mi acento entre gemidos
á ti se eleva y afanoso clama,
que ni escuchas mi voz desde la altura,
ni ves correr mis abundosas lágrimas.

¡ Felice tú que tras de corta brega
saliste vencedor en la batalla,
y hoy ciñes á tu frente la corona
de siempreviva y de laurel formada !

¡ Dichoso tú que á la región sublime
que tu estro de poeta adivinaba,
donde la dicha y la verdad imperan,
arribas libre de mortales ansias !

¡ Dichoso tú, mientras que yo, infelice,
atado al poste de la vida humana,

siento cómo se clavan en el pecho
las flechas del dolor envenenadas.

Surgid, surgid de mis cansados ojos,
¡ oh perlas del dolor, jugo del alma !
Cual torrente en su curso detenido,
hervorosas brotad como cascada.

No lloréis por la muerte del poeta,
que esa muerte es la vida que no acaba ;
llorad por mí que vivo agonizante
sombra de vida, cual la muerte amarga.

Llorad la ausencia de mi tierno amigo
que con mano piadosa os enjugaba,
cuando al embate del dolor un día,
de mi angustiado corazón brotabais.

Jamás le olvidaré . . . ¡ bendito sea !
el consuelo llevó con fe cristiana,
al lecho del dolor en que mi madre,
¡ madre del corazón ! agonizaba.

Surgid, surgid de mis cansados ojos
¡ oh perlas del dolor, jugo del alma !
y no os sequéis jamás, si no he de verle ;
si no he de verle ya, corred, ¡ oh lágrimas !

IMPOSIBLE.

Yo quisiera que tu alma, prenda mía,
con lazo eterno á mi alma se estrechase,
místico lazo que jamás lograse
alevosa romper la parca impía.

Y del espacio á la región vacía
el delirio de amor nos transportase,
y tu espíritu en mí se recrease
como el mío en el tuyo se extasía.

Y enlazados, mi bien, estrechamente
y en uno confundidos, cual si fueran
los dos un solo ser, eternamente

gozaran de una vida inmarcesible
y de amor en el éxtasis vivieran . . .
¡ Triste de mí, que sueño un imposible !

ANTE UN CRUCIFIJO.

Y ese Aleluya que do quier retumba,
Ya al Universo redimido advierte,
Que eres entrada de los cielos ¡ tumba !
Que eres ministro de la vida ¡ oh muerte !
Gertrudis Gómez de Avellaneda.

QUÉ es el hombre ? sombra vana
que en el cielo de la vida,
va por un soplo impelida
en deleznable mañana.
Celaje orlado de grana
que leves formas adquiere,
débil sonido que hiere
las ondas raudas del viento,
y como triste lamento
nace, crece, vaga y muere.

Desde la cuna al panteón
¡ cuántos amargos dolores !
¡ Cuán escasas son las flores
que alegran el corazón !

¿ De qué sirve la ambición
en este mar de tristeza?
¿ De qué sirve la riqueza?
¿ De qué el poder y la gloria?
¡ Todo es sombra transitoria,
ruindad, miseria, flaqueza!

¡ Y hay quien se empeña en amar
esta vida que no es vida!
¡ Y hay quien la senda, florida,
de la tierra quiere hallar!
¡ Y hay quien se afana en gozar
toda suerte de dulzuras,
cuando están las sepulturas
y los féretros abiertos,
siempre recibiendo muertos
en sus entrañas oscuras!

Vuelvo á ti, ¡ oh Jesús!, los ojos
y también en tu semblante,
miro á la muerte triunfante
causarte crueles enojos.
Miro tu frente de abrojos
y de espinas coronada,
y por sangrienta lanzada
miro tu costado abierto,
y te miro, ¡ oh Cristo!, muerto,
y á la muerte alborozada.

¿ Mas qué dice el labio impío,
presa el alma de amargura ?
¡ Perdona, ¡ oh Dios !, mi locura,
perdona mi desvarío !
De la muerte el poderío
tú para siempre humillaste,
y á los hombres libertaste
de una eterna maldición :
puerta es ya de salvación
la muerte de quien triunfaste.

La muerte en la Cruz libró
cruel batalla con la vida,
y allí la muerte vencida
por su contraria quedó.
Y pues la vida alcanzó
esa espléndida victoria,
ya, muerte, es vana, ilusoria,
la fuerza de tu poder ;
y tu cetro viene á ser
tan sólo insignia irrisoria.

Ya jamás la estirpe humana
sufrirá tu poderío,
ni sujeta á tu albedrío
será tu presa mañana.
Tu victoria es pompa vana,
que tras el triunfo aparente,

vuelve á surgir sonriente,
naciendo de ti, la vida;
y al fin doblegás vencida,
la adusta y soberbia frente.

Cese de correr el llanto,
vuelvan los ojos al cielo,
que es vida, luz y consuelo
el Señor tres veces santo.
No es himno triunfal tu canto:
si tu voz do quiera zumba
y en los espacios retumba,
que eres el hombre ya advierte,
sierva de la vida, ¡oh muerte!,
puerta de los cielos, ¡tumba!

DIOS.

SER cuyo ser de nadie has recibido
y eres el mismo ser por excelencia,
ni ha tenido principio tu existencia,
ni llegará jamás al fin temido.

Cuanto vive por ti sólo ha existido,
que es madre universal tu Providencia:
vivir ó ser sin ti fuera demencia,
y tú, no más de ti, siempre has vivido.

Tú eres el Sumo Bien, la Vida misma,
de la Verdad impenetrable Arcano,
Fuente de luz y esplendoroso Prisma,

del Universo Padre Soberano
y cuanto creó tu omnipotente mano
como en mares de luz en ti se abisma.

QUERELLAS.

(Capricho arcaieo.)

TIEMPO, que vas presuroso
como la sombra pasando,
escucha las mis querellas
que del corazón exhalo!
Ayer, alegre e risueño
corría por estos prados
sin pesares nin dolores,
sin amargos desengaños.
Estonce diez e ocho abriles
auian sobre mí pasado,
e era tierno en pensamientos
assí como en los mis años.
De la mocedad el fuelgo
estaba de mí adueñado,
e en mis ojos se plazían
muchas damas contemplallo.

Fué gentil la mi apostura
e el mi talante gallardo,
ansina como la caña
que ostenta el fruto dorado.
Fuerte el cuerpo resistía
la armadura, e lanza, e casco,
e la mi espada filosa,
terròr de bandos contrarios.
Mi negro potro regía
muchas vegadas mi mano,
ya en las cañas e torneos,
ó ya de Marte en los campos.
Terror de los perros moros,
espanto de los christianos,
por las mis muchas fazañas
inuencible fuí llamado.
¡ Ay de mí ! ¿ Qué se ficieron
la mi apostura e mi garbo,
de los mancebos enuidia,
de las doncellas encanto ?
¿ Qué el mi coraje e fiereza,
qué del mi fuego e sus rayos ?
¿ qué fué de la fermosura
de los mis años pasados ?
¡ Ay de mí !, de tantos bienes,
de esas prendas e regalos,
solamente finca agora
el placer de recordallos.
¡ Remembranzas falagüeñas
como las flores del campo !

¡ Las mis muertas alegrías,
los mis amores pasados !
Non fabléis al alma agora,
ca está el alma agonizando.

***

Ansina se querellaba
un pobre viejo fidalgo,
del Guadalquiuir fermoso
las claras ondas mirando.

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice:	Léase:
IX	23	Adoljo	Adolfo.
15	13	Jnan	Juan.
16	14	El	Él.
35	1	Nunez Melian	Núñez Melián.
36	8	vneltas	vueltas.
43	27	inporta	importa
57	2	Tradicion	Tradición.
63	2	Tradicion biblica.	Tradición bíblica.
65	7	Jose	José.
76	15	piés	pies.
87	3	aqui	aquí.
87	12	ví	vi.
93	1	funebre	fúnebre.
94	5	ataud	ataúd.
95	8	tí	ti.
97	2	Tradicion	Tradición.
99	21	ruido	rüido.
102	15	Tuvo razón	Razón tenía.

Pág.	Línea	Dice:	Léase:
105	1	heroes	héroes.
106	14	más	mas.
116	14	de-sobedecer	des-obedecer.
119	2	Tradicion	Tradición
124	14	solo	sólo
126	26	alpuerto	al puerto.
130	12	sa	su
160	6	tí	ti.
182	15	ví	vi.
185	2	liricos	líricos.
190	4	oceanos	océanos.
201	3	Maria	María.
229	12	per	por.
232	1	Cesar	César.





ÍNDICE.

Segunda Parte.

ENSAYOS LÍRICOS.





